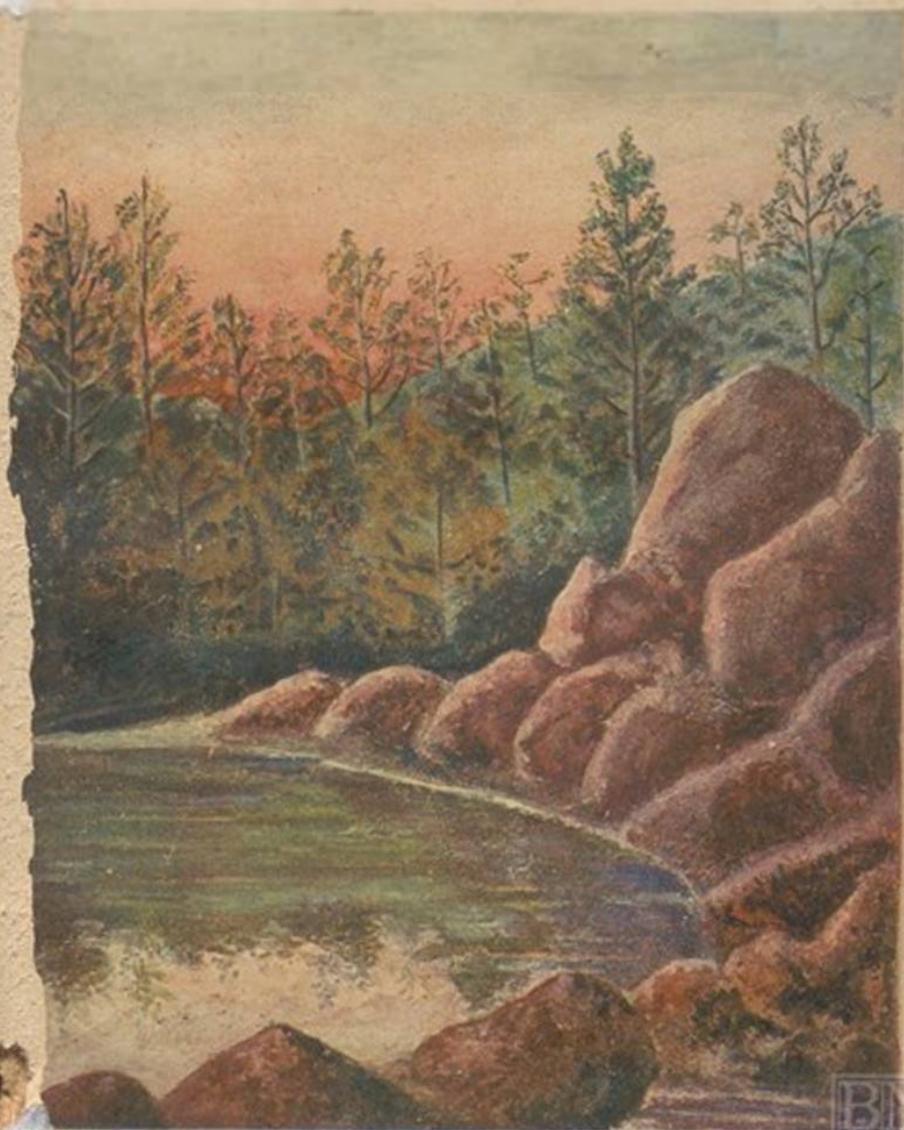


PEDRO M^o ARCHAMBAULT

PINARES ADENTRO

NOVELA DOMINICANA



Al Sr D. Fed. Rodriguez y
Cavajal, eminente patriota
nacionalista y hermano de Mar
tí, distinguido poeta, escritor
y jurista y modelo de republicos

Homenaje al Maestro.

Pedro M. Cuchambault

Sto Domingo 12 agosto 1929

PINARES ADENTRO

PRINTED IN SPAIN

027751





PEDRO M. ARCHAMBAULT



PINARES ADENTRO

NOVELA CRIOLLA

POR

PEDRO M. ARCHAMBAULT

CON UN PROLOGO

DEL

DOCTOR AMÉRICO LUGO



BARCELONA

CASA EDITORIAL MAUCCI

Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910

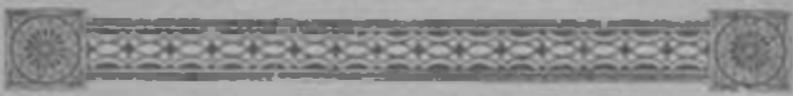
Calle de Mallorca, núm. 168



17283-10

BNPHU
PD
RD 863.44
A669p

Imn 2017/37



BN
20/2/11
113

PROLOGO

En unas *Notas sobre nuestro movimiento literario*, publicadas en 1906 (1), yo decía: «El presente desmayo de las influencias sociales es señal implacable de que no se forjarán, por el momento, obras literarias de empeño ni de aliento... Si los jóvenes, menos divididos por sus opiniones políticas, creasen otra «Amigos del País» si estudiasen mejor a nuestros antiguos escritores y poetas: si al par del influjo literario contemporáneo sintiesen, con igual devoción, el de los clásicos, clara y eterna fuente de belleza, las letras patrias obtendrían, en breve, admirable desarrollo, y nuestra poesía lírica volaría ligera a ocupar el primer puesto en el Parnaso hispano-americano.» Reanudaré esta nota para señalar que ese «momento» se está convirtiendo en época. ¿Qué ha producido el numen literario nacional en estos últimos veinte años? Poca cosa, en efecto.

El desmayo de las influencias sociales es hoy más completo que nunca. El ateneo, restaurado por mí, se extinguió durante mi larga ausencia del país. Los jóvenes están cada día más divididos o más empequeñecidos por sus opiniones políticas, y sienten

(1) *Bibliografía*, págs. 114 y 115.



ahora tan poca devoción por los buenos escritores contemporáneos como por los clásicos. Las causas de este lamentable estado son graves y profundas. A la caída del presidente Cáceres, la República entró en el período de anarquía revolucionaria en que la sorprendió la Ocupación militar americana, la cual acabó de trastornarlo todo, familia, escuela, costumbres, leyes. De este horrible tormento, sufrido durante ocho años, hemos salido sin un sólo hueso sano, perfectamente mudados en modelo de colonias del capitalismo yanqui.

Desaparecidos Emiliano Tejera, publicista excelente (*Los restos de Colón en Santo Domingo, Los dos restos de Cristóbal Colón*); Rafael A. Deligne, crítico (*En prosa y en verso*); Gastón F. Deligne, poeta notable (*Galaripsos*); Arturo B. Pellerano Castro, el celebrado poeta de las *Criollas*; José Ramón López (*La Alimentación y las Razas, Cuentos Puertoplateños*); Juan Antonio Alix, el regocijado cantor del Yaque (*Décimas*); Eugenio Deschamps, orador y publicista; Federico García Godoy, crítico y novelista (*La Patria y el Héroe, Bajo la dictadura, Impresiones, Perfiles y Relieves, Páginas efímeras. De aquí y de allá, La Hora que Pasa, La Literatura Dominicana, Rufinito, Guanuma, Alma Dominicana*); Apolinar Perdomo (*Cantos de Apolo*); Manuel Arturo Machado (*Prusas escogidas, La Cuestión Fronteriza*); José Lamarche, publicista; Casimiro N. de Moyn (*Bosquejo Histórico del Descubrimiento y Conquista de la Isla de Santo Domingo*); Apolinar Tejera (*Literatura Dominicana*); Bernardo Pichardo (*Historia Patria, Reliquias Históricas, Instrucción Moral y Cívica*); Víctor M. de Castro (*Del Ostracismo, Cosas de Liliis*); Lorenzo Despradel (*Verdades amargas, Páginas*); Fidel Ferrer (*Introducción a la Historia de Santo Domingo*) y otros, nuestro actual movimiento literario podría comprenderse en el siguiente cuadro,

salvo aquellos nombres que por ventura escapen a la frágil memoria en un recuento tan rápido, y sin que la mención implique necesariamente afirmación de notabilidad: Federico Henríquez y Carvajal, publicista, poeta y periodista (poesía: *Juvenilia, Guarcuya, Album de sonetos*; prosa: *Nacionalismo, Páginas selectas*); Francisco Henríquez y Carvajal (*Cayacoa y Cotubanama*); Enrique Henríquez, poeta; Pedro Henríquez Ureña, crítico eminente (*Ensayos Críticos, Horas de Estudio, El Nacimiento de Dionisos, La versificación irregular en la poesía castellana, Seis ensayos en busca de nuestra expresión*); Max Henríquez Ureña, Camila Henríquez Ureña, pertenecientes todos a la distinguida familia Henríquez; Tulio Manuel Cestero, prosista notable (*El Jardín de los Sueños, Sangre de Primavera, Del Amor, Notas y Escorzos, Por el Cibao, Ciudad Romántica, La Sangre, Hombres y Piedras*); Isabel Amechazurra, viuda Pellerano, poetisa; Emilio Prud'homme, poeta; Amelia Francasci, novelista; Fabio Fiallo, cuentista y poeta notable (*Primavera Sentimental, Cantaba el Ruiseñor, Cuentos frágiles, Canciones de la tarde*); Andrejulio Aybar, uno de nuestros mejores líricos y ensayista (*Propos d'amour ou de dépit*, poesías en francés; *Epístola a Juan Pablo Duarte, Epístola al Presidente Bordas*, prosa); Ricardo Pérez Alfonseca (*Oda de un yo, Finis-Patria, Mármoles y lirios, Palabras a mi madre*, poesía; *El último Evangelio*, prosa); Félix E. Mejía, publicista; Gustavo Adolfo Mejía (*Mi libro de cuentos, Acuso a Roma, La Caída de las Alas*); Aristides García Mella (*Tiempo perdido, Gramática Castellana*); Rafael Damirón (*Del Cesarismo, Monólogo de la Locura, La sonrisa de Concho, ¡Ay de los vencidos!*); Enrique Deschamps (*La República Dominicana*); Augusto Franco Bidó (*Ideal*); Pedro María Archambault; Ramón Emilio Jiménez (*Al Amor del Bohío*); Joaquín Balaguer; Andrés Ju-

lio Montolío (*Resumen de una Cuestión*); Emilio A. Morel, poeta y periodista (*Lucérnulas, Romance Heroico, Puñados de Simientes, Alas abiertas*); Jesusa Alfau (*Los Débiles*); Abigail Mejía (*Por entre Frivolidades, Sueña, Pilarín..., Brotes de la Raza*); Vigil Días, impresionista (*Góndolas, Galeras de Pasos, Del Sena al Ozama*); Domingo Moreno Jimenes, poeta (*Promesa, Vuelos, y Duelos, Psalmos, Del Anodismo al Postumismo, Mi vieja se muere, El Diario de la Aldea, Decrecer*); Andrés Avelino (*Fantascos, Cantos a mi muerta viva, poesía; Panfleto Postumista, prosa*); Valentín Giró (*Ecos Mundanos, Clemente, etcétera, poesía*); Osvaldo Bazil (*Rosales en Flor, Arcos Votivos, Las campanas de la Tarde*); Porfirio Herrera; Juan Tomás Mejía (*Pro Fide*); Arístides Fiallo Cabral, publicista (*Código de Educación Común*); C. Armando Rodríguez (*Geografía de la Isla de Santo Domingo*); Rafael Justino Castillo; Manuel Ubaldo Gómez (*Resumen de la Historia de Santo Domingo*); Arturo Logroño (*Compendio Didáctico de Historia Patria*); Ulises Hereaux hijo, dramaturgo y cuentista (*En la Copa del Arbol, Amor que emigra, novelas; Consuelo, Genoveva, Lo Inmutable, Alforro XII, dramas*); José M. Pichardo (*Pan de flor, De pura Cepa, cuentos; Tierra adentro, novela*); Armando Rodríguez V.; Luis Armando Abreu; Francisco Prats Ramírez (*Discurso de Cuba, Por mi raza, Bajo la fuerza yanqui, Rutas, Voces de adentro*), Cristián Lugo (*Una jira en Boca Chica*).

Es obvio que aquí no hay sistemas ni escuelas, aunque es verdad que, bien mirado, tampoco los hay en España, cuyo individualismo no retrocede ante preocupaciones e influencias sociales. Sin olvidar a italianistas y conservadores, una lucha entre clásicos y románticos, por ejemplo, como la habida en Francia en el primer tercio del siglo XIX: la formación de cenáculos (sentido gálico) como el impresionismo en la misma

Francia, tras los morbosos excesos del naturalismo, son impropios de la vida literaria española. Valera rompió una lanza contra el naturalismo cuando éste hubo impresionado el ánimo, femenil al cabo, de Emilia Pardo Bazán, la escritora más apreciable que España ha producido, según un eminente crítico inglés, durante el siglo XIX. No era necesario. No es ajena al naturalismo nación cuyo realismo potentísimo ha producido la *Celestina* y *Trotaconventos*; sólo que, felizmente, la crudeza española contiene la sal con que a sí misma se cura.

No quisiera decir que no hay interés entre nosotros por el pensamiento español, al revés de lo que en todo Hispano-América, aun a nuestras mismas puertas, sucede. Hace pocos días busqué en vano alguna obra de Valera, Menéndez y Pelayo, o Unamuno, en una de nuestras librerías capitaleñas. Nadie se acuerda de los clásicos de Rivadeneyra. ¿Quién lee aquí a Fernán Caballero, al gran Galdós, a la Pardo Bazán, a Pereda?

Unamuno, el más español de los ensayistas españoles, cuya obra artística, en cierto respecto, podría compararse con el bello vaso ateniense, lleno de flores del calvario, de que habla Laprade; el «enorme y delicado» Valle Inclán, que con su invisible brazo abraza al pueblo español mientras escribe prestando atento oído a todas las armonías del mundo; *Azorín*, gran pintor de las cosas pequeñas y retratista admirable de los antiguos clásicos, el elegantísimo Pérez de Ayala, poeta lírico, novelista, ensayista, y en todo, sumo y primoroso; *Andrenio*, que entre sus contemporáneos es tal vez quien escribe con más claridad la lengua castellana, son punto menos que desconocidos por nosotros.

Nuestra ignorancia de los altos valores intelectuales de la España actual, quedó de resalto en ocasión de la visita con que espontáneamente nos honrara Ara-

quistain, ensayista reputado, cuya obra *La Agonía Antillana* es la defensa más valiente, noble y serena de cuantas sobre las Antillas han hecho plumas españolas en lo que va de siglo. Finalmente, acaban de regresar a su patria, de su segundo viaje a América, Ortega y Gasset y Américo Castro; éste último estuvo en Cuba y Puerto Rico, y en ambas partes dió cursos y conferencias. A derramar generosamente la cultura española, además del filósofo y del filólogo citados, han venido a América pedagogos como Zalueta, filólogos con Montoliu, Millares y Navarro Tomás, matemáticos como Julio Rey Pastor, médicos como Marañón, Del Río Hortega, Casares Gil. Pijoan da conferencias en Cuba; Angel Valbuena da cursos en Puerto Rico... De todos ellos, sólo uno, Navarro Tomás, ha arribado a nuestras playas. Nada hemos hecho por atraer a Castro, a Fernando de los Ríos, a su paso por las Antillas.

Pero volvamos a los escritores dominicanos contemporáneos nuestros. Su obra, en parte dispersa y aun perdida en periódicos, y generalmente olvidada al día siguiente de su aparición, abarca poesía, ensayo, crítica, novela, cuento, teatro, historia... El parnaso, sobre todo, llama la atención: Deligne, Pellerano Castro, Fiallo, Aybar, sufragan por el incomparable valer de nuestra Salomé Ureña de Henríquez. Ellos sostienen honrosamente el pabellón poético dominicano en la empinada cima en que lo colocara esta mujer insigne, criatura peregrina y genial, espíritu excelso, cuya mente es la más alta de cuantas ha producido hasta ahora la República Dominicana.

No cabe hablar, en la brevedad y presura de un prólogo, de todos los géneros cultivados durante los veintitrés últimos años. Durante ellos ha florecido en el ensayo y la crítica Max Henríquez Ureña; tal vez Andrejulo Aybar y yo sólo sabemos de la gran estimación que Rubén Darío sentía por su talento. Su

hermano Pedro (ambos son hijos de nuestra Salomé), es uno de los más celebrados críticos de América.

En cuanto a la novela, género hoy el más cultivado e importante de la literatura propiamente dicha, hemos producido en poco tiempo poco, si bien Hispano-América entera es bastante estéril al respecto, a pesar de que en la expresión estética de la vida, acaso no tenga par España, en quien el pueblo mismo parece ser el verdadero creador y artífice de las obras de arte, y los artistas meros definidores. ¿Cuáles y cuántas son nuestras novelas? Ante todo, *Enriquillo*, de castizo y noble clausular, y que es, por lo primero y por lo óptimo, nuestro pequeño *Quijote* en nuestro pequeño mundo. Cuba, natural término de comparación, con haber dado a la literatura universal el segundo gran prosista de América, no tiene, desde la *Cecilia Valdés* del costumbrista Villaverde, hasta *Juan Criollo*, por el malogrado Loveira, nada que lo supere. Luego, *Bani o Engracia y Antoñita*, por Francisco Gregorio Billini; *Ciudad Romántica*, *La Sangre*, por Tulio M. Cestero; *Rufinito*, *Alma Dominicana*, *Guanuma*, por F. García Godoy; *En la Copa del Arbol*, por Ulises Hereaux hijo; *Inexorable*, por A. Freites Roque; *Madre culpable*, *Francisca Martinoff*, *Cierzo en Primavera*, por Amelia Francasci (Amelia Marchena de Leyba); *La Caída de las Alas*, por Gustavo A. Mejía; *Del Cesarismo*, *Monólogo de la Locura*, por Rafael Damirón; *Los Débiles*, por Jesusa Alfau y Galván; *El Canto del Cisne*, por Manuel F. Cestero; *Tierra adentro*, por José M. Pichardo. A esta lista incompleta hay que añadir ahora *Pinares adentro*, por Pedro María Archambault.

Pinares adentro es una novela criolla cuyos principales sucesos pasan en Rincón de Piedra, que es el más lindo rincón del planeta; y siendo así, dicho se está que ese rincón es un pedacito de esa región

del Cibao de esta maravillosa isla Española, cuya Vega Real es el más auténtico y divino Paraíso Terrenal conocido de los hijos de Adán, y de la cual dice Las Casas: «cosa que creo yo, y que creo no engañarme, ser una cosa de las admirables cosas del mundo, y más digna, de las cosas mundanas y temporales, de ser encarecida con todas alabanzas: la vista della es tal, tan fresca, tan verde, tan descombrada, tan pintada, toda tan llena de hermosura, que así como la vieron les pareció que habían llegado a alguna región del Paraíso, bañados y regalados todos en entrañable y no comparable alegría».

Escritor descriptivo, el autor se complace en describirnoslo en el capítulo segundo. *Cantaba el tuiseñor*, que es una pequeña obra maestra dentro de la obra, y que termina con un juicio sobre el campesino en la soledad. Es una delicia descender con él la cuesta de Bajamillo, subir la empinada loma de Los Flaires para ver el vallecito; contemplar el grandioso panorama que ofrece la altura de la Sierrecita; e ir, un poco más abajo del Derrumbadero, a la catarata del Bao, «el río más poético del mundo»...

En todo el libro flota un ambiente de égloga; mas debo advertir que los campesinos hablan, en general, en un lenguaje criollo, que no hay irrealidad en su conducta ni en sus afectos, ni inverosimilitud en el argumento. Lo eglógico resulta de la naturalidad del estilo, de la pintura de los paisajes, de las escenas campestres. La limpieza del colmenar y el trabajo de esas «modelitos de virtud y de orden»; las décimas que los labradores cantan durante la faena, «al compás de sus Aceros»; el baile de los merengues cimarrones, de los sarambos repicados, «que tan bien expresan la lucha eterna del amor», de los zapateos, guarapos y callaos, a los enloquecedores sonos del acordeón, de la tambora y la güira africanas; las

primitas de Santica, «las dos niñas de color de rosa», encarnaciones típicas de las campesinitas cibaenas, son cristalinas notas de naturalismo encantador. Leyendo *Pinares adentro*, se oye romper el broche de las flores, y el paso menudito de la aurora que baja de la colina, y la rápida corriente de los ríos que pasan con el lomo tatuado de cielo y el vientre destrozado por la pedriza fangosa.

Pedro María Archambault es un escritor realista, conocedor profundo del corazón humano, y muy especialmente de nuestras costumbres campestres y de la región en que sus personajes se mueven. Esta es su primera novela y por ello podría considerarse como ensayo. Es, sin embargo, una de nuestras mejores novelas, y compite ventajosamente con esa joya que se llama *Bani o Engracia y Antoñita*, la cual, por ello también, puede calificarse de ensayo y ha sido juzgada por la crítica como «nuestra más rica obra en fantasía y en naturalidad». Francisco Gregorio Billini, el autor de *Bani o Engracia y Antoñita*, es inferior a Archambault, como novelista, en técnica; es algo desmañado y sus personajes son un tanto inacabados; revela artificio, fuera de sus descripciones directas de la naturaleza; menciona mucho a Chateaubriand, a Tasso, a Rousseau. En su novela, en cambio, el marco es más amplio, el cuadro tiene más luz, y resplandece el mérito de utilizar la guerra civil, una de nuestras pocas formas características de vida, como fuente de arte y no, como Archambault, como motivo de mera narración. Como pintores del sitio donde se desarrolla la obra, ambos son igualmente notables; pero Billini, antes que novelista, es banilejo, «y como tal, ha llenado el libro superabundantemente, tal vez con mayor profusión que lo que el rigor de la novela consiente, de pinturas animadas del monte, del llano, del arroyo, con todo lo que

en ellos bulle, canta o llora»; mientras que Archambault, al contrario, pinta el Cibao a fuer de novelista. Su pincel es impersonal, sobrio, magistral.

AMÉRICO LUGO

Santo Domingo, Febrero de 1929.

NOTA.—La acuarela de la cubierta de este libro, representa «La Angostura del río Bao».





CAPITULO I

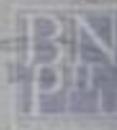
Amor dichoso

El temporal había pasado; mas el viento silbaba a ratos, como aúlla la fiera harta pero no satisfecha. La noche había llegado, ocultando no solamente la poca luz que el ventarrón dejó, sino cubriendo de una negrura pavorosa el cielo, mudo y sin estrellas.

Santica estaba sufriendo mucho moralmente. El temporal se había llevado también sus esperanzas de ver al amado de su corazón, a Miguel, que acostumbraba llegar todos los sábados por la tarde, desde Navarrete, y que esta vez no podría pasar con ella el domingo, en los dulces delirios de los novios.

Y como le anaba a fondo y su corazón era generoso, estaba triste; mas concluyó por consolarse un tanto, durante el último soliloquio, pensando así: «Mamá tiene razón en decir que vale más que no haya venido, porque se hubiera expuesto a los peligros de un río hondo, a los azares de un viaje largo durante el hosco temporal; sí, tendré paciencia, ¿qué hacer?»

Y buscando alguna distracción abrió al azar un libro que halló sobre la mesa. Los perros de la estan-



cia ladraron para anunciar a alguien que llegaba: era un peón del vecindario que traía la noticia de que llegaba Miguel.

Y no pudiendo contenerse, ella replicó:

—Pero, muchacho, habla claro, ¿qué Miguel ha llegado a esta hora?

—Adió, Miguey, ei que se va a casa con uté, su enamora.

Y un aura de olímpica alegría brilló sobre la frente de Santica. Sin embargo, preguntó:

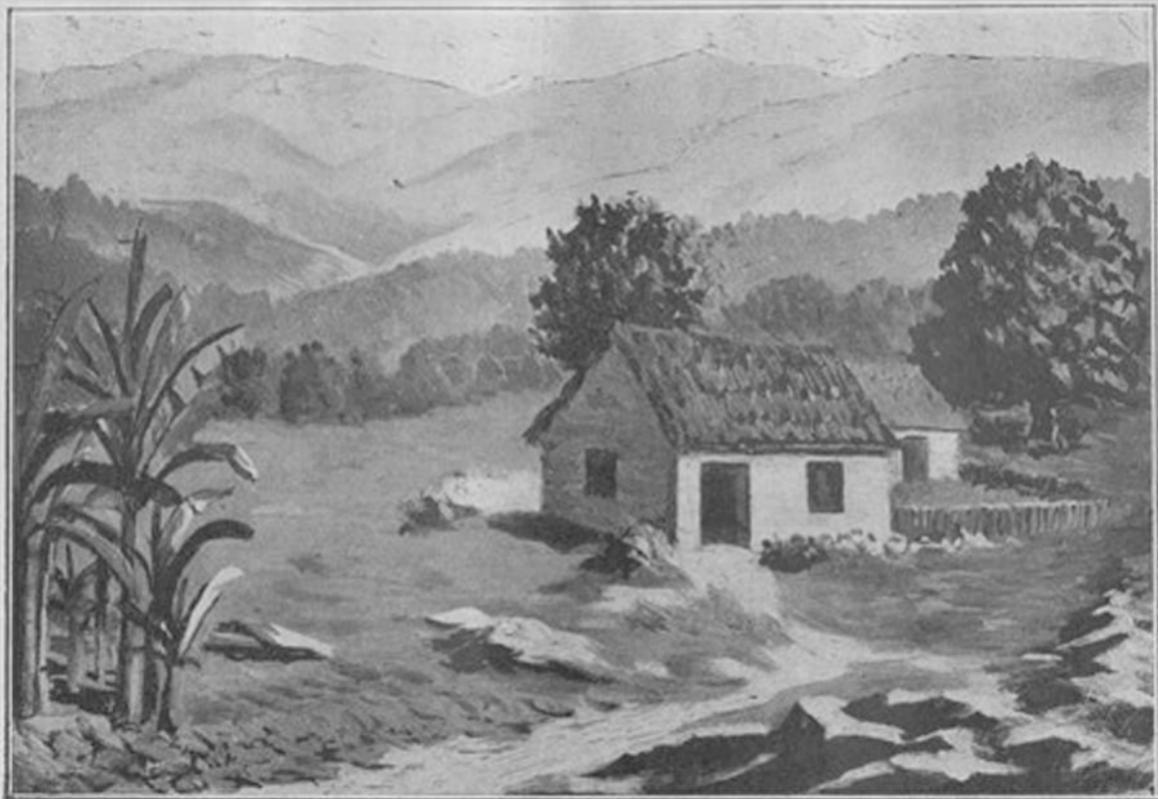
—¿Y no le ha pasado nada?

—¡No, qué va! Está lo ma buen inoso, pero atoyao de ló. Le oí decí que le bucan su múa seca poi que se iba a betí pa viní a daile un epanto a uté; pero yo bine a que me pagara la saibricia.

No había terminado este diálogo, cuando los perros volvieron a anunciar al bien venido. Esta vez fué Santica quien voló a la puerta de campo a acallarlos y a colgarse del cuello de Miguel, a quien estrechó contra su pecho en una explosión de entusiasmo, sin recordar que su madre no consentía esas costumbres del pueblo que permitían hasta besar a los novios. ¡Jesús, qué inmoralidad!

—Pero tú estás loco, Miguel—dijo Antona, la vieja madre de Santica—, ¿cómo has podido caminar con este tiempo? ¿Cómo pasaste el Yaque, a Dicayagua, Inoa y tantas quebradas peligrosas?

—Ah, muy fácil—dijo al cabo de tantas preguntas el novio feliz que realizaba tal proeza—, yo tenía que pasar... y pasé. Salí de madrugada de mi casa y atravesé el Yaque cuando todavía no estaba crecido; traía mucha espuma, por lo cual comprendí que traería mucha agua; a Dicayagua lo deseché por La Lomota y pude seguir mi viaje, ¡soy práctico!; y así me fuí bandeando en los ríos con mi caballo, acostumbrado a nadar. En donde estuve al perder la vida fué en la quebrada de «Las Piñas», aquí mismo, en



Casa de Santica.—Do derecha a izquierda, los picos Yamamú, los Limones y Pico de Yaque (4.125 metros)

Los Montones, en donde la barranca no me dejaba poner pie de este lado; la corriente era muy fuerte y un árbol grandísimo se disparaba sobre mí al doblar una curva; vi el peligro con tiempo, me tiré del caballo y nadando bastante volví a aquel lado del torrente; el caballo se ahogó, ¡tan buena bestia!... Entonces volví a un bohío vecino y pedí que me ayudaran a pasar a nado el torrente por otro sitio más practicable; nos tiramos por un monte de pinos un práctico y yo, y salimos a un conuco de este lado. Allí logré, por fin, conseguir un caballo alquilado para seguir el viaje, y amasando mucho lodo, es verdad, aquí estoy, Santica, aquí estoy y pasaré el día de mañana sin cuidado, porque al llegar a Las Matas puse un telefonema a mi casa dándole mis órdenes para el lunes y el martes. Conque, vida mía, ahora me toca a mí preguntarte: ¿cómo has pasado la semana? ¿Te ha gustado mucho el libro de «Los Civilizados»?

—Ah, sí, como tú decías, es muy interesante; pero a mamá no le gustan esas novelas modernas; ella las encuentra todas inmorales. Ella no lee más que sus novenas y sus recetas del *Vademecum*, y los libros de su tiempo: «Don Quijote», «Los Tres Mosqueteros», «Gil Blas», las obras de Víctor Hugo... Pero dejemos la literatura y hablemos; que tenemos mucho, mucho que hablar, de mí, de ti, de nosotros, de papá, de mamá, de nuestro matrimonio, que yo quisiera fuera antes de los seis meses que nos faltan. Tenemos que hablar de un sueño muy desagradable que tuve la otra noche, que me hizo llorar mucho todo el día, en que tuviste la crueldad de romper el compromiso por causa de un chisme colosal. ¡Ay, Miguel!, sufrí tanto, que todavía me entristece el recordarlo.

Entre tanto, Antona había estado por la cocina preparando una abundante cena de huevos, plátanos

amarillos y batatas fritas, con añadidura de queso fresco y de leche fría.

—Vayan a cenar—dijo la buena señora—, y tú también, Santica, come algo, que en todo el día no has hecho más que rezar por Miguel y no has comido casi nada.

—Es verdad; sí, maná, tengo hambre; no lo había pensado en todo el día.

Sentóse enfrente de su amado y charlaron tanto como el apetito alegraba la copiosa cena campesina.

Para terminar, el viejo don Luis García, respetable tronco de la familia, que acababa de llegar del vecindario, después de abrazar a su futuro yerno, para mostrar su contento, sacó de una alhacena una botella de vino, ¡un gran lujo por aquellas latitudes!, y se tomó sin brindar. Cada cual pensó en lo que mejor le acomodaba. Los novios, en que se acortara la fecha de las bodas; Antona, en que su hija asegurara el buen partido que se le había presentado, y don Luis, un tanto egoísta en ceder a su querida prenda, dijo así:

—Gracias a Dios que ha llovido mucho. La tierra principiaba a sufrir la sequía; aunque el viento ha hecho algún daño tumbando muchos plátanos, lo más que han caído son pinos, y con eso no tenemos que tumbarlos. Los sobrinos míos que son los que se ocupan en el trabajo de aserrarlos se alegran de que el viento les ayude a echar abajo los troncos grandes, que el hacha con trabajo aterra.

Y después de una pausa reflexiva, prosiguió:

—Todas las cosas tiene uno que aceptarlas como Dios las ha hecho, no como uno quisiera. El viento se ha llevado algunos ranchos de algunos pobres y nos ha llevado también bastantes frutos; pero queda la tierra fresca por un tiempo; ahora volveremos a sembrar, seguros de una buena cosecha, y nuestro ganado correrá alegre de gordura y de aumento por las saba-

nas. ¿No es verdad, Miguel? ¿Cuántas veces amarras tú ahora en Navarrete?

—Como treinta; pero con este buen tiempo del cielo, creo que dentro de tres meses amarraré como cuarenta y cinco. Los sitios están ahora de provecho; malas son las leyes que en vez de ayudar al campesino lo revientan.

—Ah, siempre ha sido lo mismo—intervino Antona—, los Gobiernos no se ocupan más que de vivir ellos, y la tierra que produzca para mantenerlos. Según las gacetas que vienen de las otras tierras, veo que en todas partes todo el mundo vive de lo que produce el campesino.

La conversación no duró mucho. Don Luis se fué a la enramada a ayudar a los peones que estaban desgranando unos fríjoles, y los animó a levantarse a las cuatro de la madrugada, para recorrer un poco los criaderos a ver los daños del viento que había que reparar, y además, las rachas que sonaban de tiempo en tiempo indicaban que seguiría lloviendo por varios días; noticia muy buena, en verdad, en donde los baches de los caminos señalan el contento del vecindario.

Antona se fué al aposento y requirió el rosario que acostumbraba desgranar todas las noches, y de vez en cuando, entre dos hostezos, pensaba en dos o tres enfermos graves que tenía en el vecindario, pues también era curandera, y no mala; en su juventud había estado empleada en una clínica en Santiago y tenía bastante práctica empírica para ayudar a recobrar la salud a los que sabían menos que ella y vivían a largas distancias de los médicos titulares.

«Tenía muy buenos aciertos», decía el vulgo.

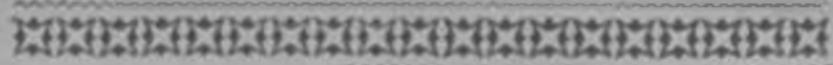
Santica y Miguel sí hablaron largo y tendido; los deliquios de un amor sólido y puro brotaban de sus labios con la naturalidad que fluye el agua cristalina de un manantial.

El reloj sonó las nueve; la hora temible de los novios en el campo. Miguel se retiró. Apretó la mano de su amada con las dos suyas y, poniendo toda la efusión de su alma en los labios y en los ojos, le dijo pausadamente:

—¡Hasta mañana, vida mía!

—Adiós, Miguelito: me has hecho feliz con tu visita; te lo agradezco y te quiero más por ello. Por la mañana, al rayar el alba, te espero; no tomaré café hasta que llegues, para tomarlo conmigo.

Miguel salió, cerró la puerta de la empalizada y se esfumó en la impenetrable obscuridad de la noche.



CAPITULO II

«Cantaba el ruiseñor»...

Las cinco de la mañana.

Miguel, acostumbrado a estar a esa hora en sus corrales, se había levantado, aguardando la hora de ir donde Santica.

También su tío José, en cuya casa se hospedaba, dirigía en ese momento a los peones que ordeñaban las vacas para que sear.

Varios mozos, en cuclillas, extraían el blanco jugo de las vacas; otros transportaban las latas llenas de leche a la canoa de la enramada, y las vaciaban y volvían a llevarlas a los ordeñadores.

Una espuma blanca mate que flotaba dentro de la canoa reflejaba en sus burbujas la naciente luz del día. Las mujeres sacaron la leche del consumo y tiraron dentro del recipiente un pedazo de cuajo, para cortarla.

Más tarde, durante el día, procedería toda la tropa del hato a la trabajosa faena del amasado, y luego a salar y moldear.

Miguel vió sin interés el meneo de los queseros y sa-

lió hacia afuera del hato, dirigiéndose a casa de Sanctica.

Amanecía. El espectáculo era magnífico. La lluvia había reverdecido el mundo; el cielo no estaba diáfano del todo, pero el rosicler daba sus tintas delicadas al oriente.

El sol no asomaba todavía; estaba oculto detrás de las montañas, y sólo por los picos se veía la dorada claridad, precursora de los esplendores del gran rey.

Cantaba un ruiseñor entre las altas frondas. Es el cantor genial que supera a los jilgueros. Pues era para Miguel una delicia oír a un pájaro cantar, se detuvo a escuchar la música divina.

El ruiseñor entonaba el himno de la alegría, y feliz también Miguel, su alma estaba a tono con aquel canto supremo.

El ruiseñor tocó dos notas de su flauta, se afirmó en la tónica y emprendió una serie de escalas ascendentes de complicaciones weberianas, trinoó una fermata cristalina, luego hizo una pausa; cambió la clave y volvió a trinar.

Ensayó una gama cromática, brillante, y después un calderón; explayando su fantasía sobre la tónica, en dos arpeggios ascendentes cayó a una nota grave, prolongada, plena.

¡ Divino cantar el de los pájaros de Dios !

Terminada la alborada del brillante músico de las selvas; Miguel cruzó el arroyo, saltando sobre unas piedras, subió una pequeña cuesta y contempló el horizonte.

Rincón de Piedra es un pedazo cualquiera de aquella región de paisajes pintorescos.

Por todas partes lo circundan las montañas.

Hacia el sur se hunde la redonda cima de Pico de Yaque o La Rucilla, entre las nubes. La interminable sucesión de las cumbres de la Cordillera Central señalan de ese lado la loma de los Limones y Jamamú; y

más allá, a largas distancias, la loma del Oro, el Peñón, el Tambor, la Medianía, divisorias de San Juan.

Por el norte, la vista se pierde en los picos de El Barco, Lope y Dicayagua, y termina en las lomas de Santiago, en que se veía un cortinaje de brumas prometedor de lluvias bonancibles.

Por todas partes los collados verdes y las manchas de pinares, inclinadas a favor de las pendientes, velan las distancias muy lejanas.

Sólo se veía cerca la alta montaña conocida por el «Cerro de Angola», que nace en la misma orilla del vecino arroyo Bajamillo. Se yergue el monte esbelto y grande por el oeste, formando parte de la cadena que pasa al sur de Las Matas y forma los picos de Higua, del Rubio y otros muchos.

Angola es la obra maestra de la belleza clásica de aquel paisaje.

Cubierto en parte de una alba nube, indicaba la continuación de la estación lluviosa.

En día más claro se hubieran visto mejor los detalles agrestes de sus flancos: en veces altísimos acantilados de peña oscura le cierran el paso a los montes. En los demás sitios las selvas vírgenes de arboledas vigorosas y los bejucales impenetrables que cruzan sobre los precipicios y ocultan los torrentes, acusan una fertilidad asombrosa.

Y arriba, en el moño empinado y recto, comienza otra vez la región de los pinos, coronada por la cima llana, blonda, silenciosa.

El sol en tanto ascendía lentamente sin ser visto, mientras los cambiantes del cielo tomaban tintas amarillas: y rápidamente, como si un viento breve y fuerte se llevara los colores, desapareció la fantástica paleta de los cielos.

Miguel dobló el camino y vió de lejos a Santica frente al portal, alargando el cuello y aguardándole. En cuanto lo vió agitó en alto la mano para saludar a

su amado, salió corriendo a alcanzarlo, y casi se arrojó en sus brazos diciéndole :

—¿A que no te soñaste conmigo, como yo contigo?

—No, al contrario, dormí demasiado; no pude soñar.

—Porque no me quieres, ingrato—dijo haciendo con los labios un gesto de fingido disgusto—. ¿Y cómo me sueño yo contigo?

—¿Y qué soñaste?

—A la verdad no fué muy grato, aunque sí; pero, ya verás: estábamos en vísperas de ir al altar, cuando se presentó un tremendo ciclón de chismes contra mí; tú vacilaste; pero, por fin, venció mi amor y mis tormentos concluyeron por un beso en que echaste por tierra a mis enemigos. Triunfé, pero sufrí un rato, Miguel. ¡Ay, cuánto lloré!...

—Los sueños no dicen nada, Santica; son disparates...

—Sí, pero nos hacen sentir una realidad a veces muy tremenda.

—Pues yo, cuando me sueño contigo, es siempre adorándote; te quiero tanto, Santica, que hasta durmiendo...

Interrumpió la vieja Antona trayendo féndas tazas de café, y dirigiéndose a su futuro yerno:

—¿Cómo has amanecido? Supongo que dormirías como una piedra, después de tan cansado.

—Así mismo; me tiré en la hamaca durmiendo y no me desperté en toda la noche.

—¡Edad feliz! Nosotros, lo viejos, nos acostamos a pensar y a sentir los dolores de nuestros hijos.

—Ya vienes, mamá, con tus sermones—dijo Santica—. Es muy temprano, y como no tenemos por qué sufrir, vamos a inventar un paseo a Los Cortes, que Miguel desea ver eso, y después iremos al Agua Caliente a bañarnos. Tú irás también con nosotros.

—Yo no puedo, tengo que limpiar las abejas en la mañana, y tu papá estará muy ocupado.

Se convino, pues, en que fueran al paseo dos muchachas del vecindario y dos hermanos de Santica.

Antes de seguir, será bueno explicar los caracteres de nuestros personajes.

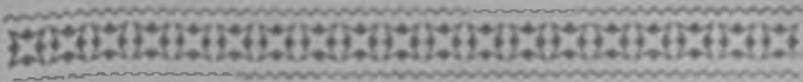
La familia García era, como casi todas las de esa región privilegiada, gente honrada a carta cabal; estaban un poco sobre el nivel común del lugar en materia de cultura; Antona había estado en la escuela de Santiago. Más tarde, cuando la pobreza vino en la familia de Antona, tuvo ésta que volver a Santiago a trabajar costura; el oficio no producía; tuvo que aceptar una plaza de enfermera en una clínica y sintió allí el atractivo de la vocación.

Tenía grandes disposiciones para la medicina, y cuando tuvo que volver a la sierra a cerrar los ojos de su madre, quedó muy pobre y se dedicó a curar. Tuvo suerte en su nueva profesión, y como era bien parecida, pronto fué solicitada en matrimonio por don Luis García, joven serio y de buena posición, que procreó con ella una buena familia: siete hijos varones, algunos ya casados, y dos hembras, de las cuales quedaba Santica todavía soltera.

Don Luis, que ya contaba sus sesenta y siete inviernos, era de la escuela vieja de los campos y no sabía leer; pero, eso sí, un razonamiento y buen juicio que quisieran los muchos tontos que se creen potencias porque escriben en periódicos.

La costumbre del campesino de estar solo frente a la naturaleza brava o risueña, desarrolla en él grandes fuerzas de meditación. Y ese ejercicio mental, el más poderoso de todos, le da al labriego de la naturaleza salvaje no comunes virtudes de carácter, de resolución y de prudencia. Es, por lo tanto, desconfiado, y huye del desconocido, mientras quiere a su perro como el compañero más fiel; su valor para arrostrar

los peligros corre parejas con su costumbre de jugarse la vida a cada rato, ya avezándose a nadar contra una avenida impetuosa, ya a parar en redondo a un toro bravo, ora peleando con la fiera, que es un verraco cimarrón, horrible demonio que, amolando sus defensas elefantinas, abre a dentelladas los vientres de los perros y faja luego al montero, obligándole a defender la vida a punta de colín. El campesino es, desde luego, profundamente religioso y humano, por el hábito mismo de la soledad y la meditación. Don Luis era un ejemplar excelente de este tipo montañés tan conocedor de la naturaleza como ignorante de las mentiras convencionales del salón.



CAPITULO III

Delicias del campo

Después del desayuno, cuando estaban listas las monturas para ir a la fuente termal de Agua Caliente, se presentó un alguacil a buscar a don Luis, para ir a la Alcaldía a dar una declaración testimonial. En el campo se les tiene terror a la justicia y a la autoridad. ¡Están tan acostumbrados a ser esquilados! Era natural, en consecuencia, conforme al uso en tales casos, que no saliera nadie a diversiones mientras no se supiera en qué paraba el enigma de la llamada.

Se barajó, pues, el paseo, y fué pospuesto en otra fecha.

La mañana se gastó entonces en ir todos a ayudar a Antona a la limpieza de los barriles del colmenar. Los nietos de Antona y toda la muchachería de los peones se fueron a una cerca vecina, en donde debajo de los árboles había un centenar de colmenas. Éstas eran unos tubos de troncos ahuecados montados sobre horquetas de palos de calidad. Las abejas volaban poco fuera de sus colonias, en busca del polen de los flores, porque sabían muy bien que iba a llover.

Pronto quedaron limpias las colmenas, que en veces

son atacadas por el petirre y otras por un gusano de seda enemigo; es preciso destruir a ese enemigo y cubrir las del sol y de la lluvia. En otros países se cuidan estas con esmerada atención y se les siembran flores en profusa cantidad. Nuestros labriegos se conforman con que las abejas busquen, por la amplitud del mundo, las flores que hay en el jardín de Dios. Los árboles en flor, la lianas de las mayas, las plantas de los prados dan material para una miel muy rica. Y allá van las obreritas de las fábricas del monte, con sus diminutas alas transparentes, cruzando distancias prodigiosas, a buscar el polvillo perfumado y el agua clara que convierten, por misteriosa labor, en la miel dulcísima y en la valiosa cera. Allá van, modelitos de virtud y de orden, enseñando al hombre las excelencias del deber, del trabajo y del amor.

Para terminar la labor de la mañana se determinó escatrear una colmena. Un chiquillo trajo un trapo encendido de la cocina y Miguel lo situó cerca del barril. Pronto salió en rápida fuga el enjambre y se asentó en un árbol de guama; entonces fué fácil transportar en bateas a la cocina los oscuros panales chorreando una miel madura llena de perfume.

Después, los peones se encargaron de rescatar el enjambre, haciéndolo entrar en un barril vacío.

Cuando volvieron a la casa, Santica hizo notar que el sol pálido y el cielo plasmado de nubes que cabalgaban en tropel, los «gigantes» que llaman los del campo, anunciaban otra vez la lluvia.

¡Enhorabuena! ¡Que llueva más! El ganado corriendo alegre parecía desearlo. Las guineas alzadas chirrean en los boscajes, los perros inquietos alargan el lomo, las gallinas sacuden su plumaje y se tienden al sol; parecen sentir de antemano la voluptuosa caricia de la lluvia.

—Muchachos—le dice Antona a los queseros—, prepárense, que ahorita llueven «burros aparejados».



CAPITULO IV

Lluvia renovadora

En efecto, durante la comida se vieron muchas golondrinas que volaban bajo; un calor creciente pesaba sobre el ánimo; una rana graznó en su lengua de contento, mientras una nube negra se presenta por entre el núcleo de los pinos hacia el sur.

Y, en tanto que los novios ríen su alegría de vivir, un trueno lejano y prolongado anuncia el cambio de decoración. Un viento fresco de humedad lejana acaricia las frentes. Y a continuación la artillería de los cielos rompe sus salvas de ecos formidables. Las nubes se funden en la nube negra; y allá en el horizonte, por entre dos pinares, se vislumbran velos de rayas luminosas que unen la tierra al cielo. Es la lluvia cayendo en Jamamú.

Otro trueno arrastrando su fragor, y una serie de relámpagos dan el aviso último. Y rompe el aguacero sus caudales.

Las techumbres parecen zozobrar; llueve muy recio; ya las flores del jardín se ahogan. ¡Mas, no importa! resurgirán más bellas y lozanas. Después de

dos horas, la lluvia disminuye, pero el cielo está negro todavía; la cúpula del mundo sigue oscura.

De pronto la explosión de un rayo tremebundo estalla: el espanto cunde en los pechos humillados. Es la voz de Júpiter tonante que se impone. Y Antona corre al altar, reza el trisagio y cuelga de las gargantas de sus hijos palmas benditas que al hombre libren de la cólera celeste.

Después del rayo, reduplicó la lluvia. Una hora más de diluvio y otra detonación medio apagada puso el cese a la deflagración del cielo.

En lagos convertida la pradera, los niños descalzos juegan en el agua. La naturaleza está nueva. Un paño de cielo rasga las nubes, mostrando su más puro azul, mientras algunas garzas felices vuelan muy bajo, tocando casi con sus alas la linfa impetuosa del arroyo.

Las gentes del vecindario se van al río, y los novios también; las mujeres, a ver la creciente; los muchachos, a pescar jaibas y camarones y a recoger, entre los remansos de la orilla, nueces y zamos, que a profusión trae, de las lejanas cumbrea, el oleaje color de barro. El aire está fresco... ¡Qué delicia!

Cae la tarde; bandadas de cotorras vuelan alto gritando su charla muy contentas, y las ciguas chillan gozando del fresco y de la luz; en las coronas del palmar se escucha la risa musical del perico de manaca o papagayo.

Todo invita al amor. La naturaleza infiltra a las almas su alegría. Los novios, sin hablar, se sienten sobrecogidos de algo extraño. Santica se siente turbada sin saber por qué; y reparando Miguel, al regreso del río, que estaban solos, que se habían quedado muy atrás en la vereda, díjola presto:

—Santica, mi bien, la ocasión es propicia: hace tiempo que me has ofrecido un beso; ¡dámelo ahora!

—¡No, Miguel, no; eso será cuando nos casemos!

Pero la mirada fogosa de la joven traiciona la pala-

bra. Un aire de sensualidad flota en la atmósfera... no hay fuerzas para resistir a la voz imperativa de la naturaleza.

Y al pasar sobre un tronco derribado que cerraba la vereda, Miguel, fuera de sí, acoge a su amada entre sus brazos; ella se abandona a su contacto, y él, en arrobamiento pasional, sobre sus labios posa, furtivamente, un beso. ¡Vislumbre del cielo, en un segundo, instante de felicidad nunca sentida, afán y realidad en los ensueños, avance del deseo sobre el placer: eso es un beso!

Santica, radiante de amor, miró asustada hacia todas partes, y emocionada dijo:

—Miguel, no vuelvas a hacer eso. Pueden vernos y mi conciencia no está tranquila. ¿Qué diría mamá si tal cosa supiera...? No, Miguel; seamos prudentes.

Miguel sonrió, asintiendo; pero le había rozado la gloria con sus alas...

Volvieron a la casa cuando el sol ya se ocultaba. Se sirvió la cena de costumbre: huevos, arroz y plátanos fritos, y para completar este ágape frugal, un coco de boruga se agotó.

Don Luis había regresado sin tropiezo de Las Matas; refirió las noticias de Santiago, y cuando Miguel dijo que saldría de madrugada para Las Matas, Santica, algo contrariada, le rogó que se quedara otro día más.

—Imposible, mi vida: tengo muchas ocupaciones y compromisos. Amaneceré en Las Matas, y después de arreglar un negocio con Montalvo, pienso llegar hasta Jánico, para evitar el mal camino; allí tomaré un auto que me llevará a Santiago y a Navarrete, y me economizaré tiempo y dificultades. Y como lloverá, estaré a cubierto.

—Bien pensado—dijo don Luis—; es el camino más corto. Ahora, si Santica lo aprueba, prefiero que

lleves su caballo y me dejes el que trajiste alquilado, que yo se lo mandaré a su dueño mañana.

—Yo ya lo había pensado, papá. No lo había dicho porque me duele pensar que Miguel se vaya.

Don Luis sonrió irónicamente, diciendo:

—Las mujeres todo lo arreglan a su gusto, y no saben lo que vale un día perdido.

Y como viejo al fin, y marrullero, para acabar de convencer a su hija añadió:

—Déjalo que vaya a su trabajo y cumpla sus deberes, que mientras más pronto esté listo, se casará más pronto.

Lógica inflexible.

Santica asintió a la partida. Solamente discutió la hora.

—No salgas antes de las cuatro. Mamá y yo te guardaremos el café y te diremos adiós.

—A las cuatro; está entendido. Pero con la condición de no desmontarme; el café al partir se toma a caballo.

Algo después de las nueve de la noche se retiró Miguel a casa de su tío José, en donde no había estado en todo el día.



CAPITULO V.

Calumnia odiosa

Amanece. Miguel, montado en un cómodo y elegante rucio, va ascendiendo la enorme cuesta que por el oriente borda el pueblo de San José de las Matas. Frecuentes curvas y cambios de dirección forman la subida que principia en el arroyo. Media hora ascendiendo en medio de un panorama sin igual: montículos, verduras, montañas próximas por todos lados y repechos roqueños que se alzan como murallas infranqueables. Cuando se llega, por mitad, se ve por entre las copas de los árboles, allá junto del cielo, el pueblo, perezoso, pintoresco y limpio de la industria criolla. La última subida, por un conglomerado negro metálico, lanza al viandante en plena calle. Las casas ordenadas, las calles rectas, el parquecito limpio y la moderna iglesia de paredes, dan la impresión más agradable. Por todas partes se mueve la actividad de un pueblo de industriales. Las es-

pecialidades son las galleticas deliciosas, como no se hacen en ninguna parte, y los talleres de las «sillas serranas», de caoba y guano. Centro de aserraderos a mano y de fabricantes de serones para exportación, Las Matas es más bien un centro industrial que agricultor.

Las gentes son afables, los tipos generalmente blancos, las mujeres graciosas y espirituales; el clima, puro y fresco a todas horas, y el paisaje, de un pintoresco siempre nuevo, al cual no puede compararse Suiza. El encanto de aquel país no puede describirse: hay que vivirlo.

Miguel era allí pariente de todo el mundo. Repartió saludos y abrazos a derecha e izquierda, entró en la iglesia y vió a los fieles que se preparaban a oír misa.

Entre las viejas que estaban ya rezando, se levantó al verle «siña» Dolores, una chismosa y pendenciera arpía que era, por más señas, muy beata. Vase derecha a la puerta donde Miguel, y con el más hipócrita cariño le dice:

—¿Cuándo vinite, hijo mío? Vamo a casa: tengo que hablaete aego que te interesa; tú sabe bien que te quiero mucho y que te tengo que dar bueno consejo.

—¿De qué se trata, «siña» Dolores?—respondió algo intrigado.

—Lleguemo a casa, mi jijo, que los asunto serio no puén hablaese en la calle. En lo pueblo chiquito son muy jabladoore; en cuanto una no come, ya tuée mundo lo sabe y lo memura.

En eso llegaron a la choza de la vieja, entraron y ella cerró la puerta de entrada «pa que nadie venga a jeringae» mientras hablaban.

Muy curioso, antes de sentarse Miguel le dijo:

—«Siña» Dolores, tengo que seguir viaje para Jáncico, y hábleme pronto que me voy.

—Ten paciencia, mi jijo, que ba ja sabé lo que ma te conviene. Tú sabe que tu inamá, Dió la tenga en gloria, y yo, éramo uña y cajne; tu papá también se crió junto conmigo. Y que tēmo tratao siempre como un hijo. Yo sé que tú tiene amore con la hija de Lui García. ¿Cómo se llama esa muchacha?

—María de los Santos García.

—No, asina no.

—Santica.

—¡Anjá! Jutamente, esa mima é: Santica. Muchacha bonita, buena y bien criá. Yo la conoco, que se demonta a casa Fellé. No hay dúa qué juna buena muchacha y que no é muy arrancá. Pero yo mejó quisiera que te casara con otra.

La vieja iba estudiando el efecto de sus palabras, y advirtió en el temperamento vehemente del joven una honda preocupación. Prosiguió con el veneno de su lengua:

—Sí, mi jijo; pa lo jóbene toa la mujere son buena en siendo bonita y de buena gente, pero lo viejo sabemos ma que utede y hemo toa la cosa con l'ipendencia. Esa muchacha, si te casa con ella, no te jará felí. Yo oí un conversao sobre ella y un jove del lugar que te lo voy a conta. ¡Manque te duela!

Y mirándole con intención en el blanco de los ojos, añadió, levantando el índice en son de reproche:

—Pa que sepa lo que jace. Que dipué de dí a la iglesia viene el arrepentimiento.

Vehemente y celoso como lo era Miguel, no pudo contenerse e interrumpió:

—Pero dígame pronto y claro: ¿qué ha sabido usted de ella? ¿Quién es ese joven? ¿Engañarme a mí?

La arpsa había obtenido éxito en la introducción. Segura de sí, arremetió su insidiosa duda con estudiada hipocresía:

—Déjate contae, y oye bien. A mí no me guta meteeme en vidas ajena; pero se trata casi de un hijo mío y yo no debo econdeete lo que he oío ya varia vece. Según lo bátulo, hay un hijo de Alejandrina que se llama Juan André. ¿Tú lo conoce?

—De nombre, sí, pero no como gran cosa.

—Asina mimo, ée mozo ese la enamoró y la mandó a pedí.

—Sí, es verdad, pero la muchacha lo rechazó y dijo que él era muy atrevido, porque nunca le había autorizado a dar ese paso. Se comprende que él quería asegurar un buen partido; como él es un arrancado...

—Jutamente. E muchacho é medio bellaco y de cuente guapo ha debaratao ya do matrimonio. Pero la mujere son er diablo. Miguée; yo soy mujé y no creo nián en la de mi familia; porque se viene a sabeer el engaño depué que ya ha pasao, cuando ya no tiene remedio...

Miguel, torturado cruelmente, oyó el grito de una lechuza; alzó los ojos y vió cruzar sobre el bohío al ave fatídica; un miedo agorero se apoderó de él.

¡Era un tanto supersticioso!

La vieja infame prosiguió casi llorando:

—Tú quiere esa muchacha, Miguée, y me duele decite mucha cosa y no me atrevo. Pero, mi jijo, la gente anda diciendo, tu mima familia, que ella tiene amore con lo do. Paresc que ella ba veese con él a casa Lucía, la mujec de Juan Tomá. Lo han vito conversando junto, y como ella é tuya ese conversao é de mucha sospecha. Yo no te digo varia cosa pooque te quiero demasiao, pero, mira, Miguée—dijo llorando, poniéndose de rodillas y alzando entrambas manos—, yo te pido de poé Dió, po lo güeso de tu mamá, que no te case, Miguée; hay mucha mujere buena, tú ere rico, buca otra.

La maldita vieja había clavado sin piedad hasta la



guardia en el corazón del pobre joven, la espada tremenda de la duda.

¡Pobre corazón engañado! La explosión de los celos y la rabia se habían llevado, como un soplo de muerte, toda la fe, toda la esperanza, toda la alegría de una existencia.



CAPITULO VI

Entre los pinos

Miguel no quiso oír más. Embargado por el dolor, por la cólera y la duda, su razón vacilaba. Se fué maquinalmente donde estaba su caballo, montóse y salió precipitadamente del pueblo, sin saludar a nadie, sin contestarle a los numerosos amigos y parientes que le llamaban al pasar. Un secreto instinto le hacía desagradable su permanencia en aquel pueblo.

Siguió camino para Jánico, y le dió rienda al pensamiento. Veamos lo que pensaba.

Era bastante inexperto a pesar de sus veinticinco años, vividos en vulgares aventuras de mujeres de poco fuste. Era buen sujeto, honrado, formal, laborioso y derecho en sus tratos. Mas su carácter era apasionado hasta la exageración; una vehemencia casi impulsiva le conducía a veces al error; pero como tenía al fin un corazón noble, luego reflexionaba, escuchaba consejos, y con frecuencia, si había cometido una falta, la reparaba, reconociendo su error. No era, pues, un ente vulgar.

Su educación fué más campesina que urbana; pero

había hecho sus cursos primarios en Santiago, y no desdeñaba la lectura, para estar al nivel de los demás.

Muerta su madre desde hacía poco, le quedaban tres hermanas y su viejo padre, hombre serio de los del tiempo viejo, que, por añadidura, era soldado de la Restauración. Miguel era extremoso con su familia, muy unido con sus hermanas y todo lo más complaciente con ellas que era posible.

Su posición era buena. Era dueño de un hato en prosperidad, de donde mandaban diariamente buenas cantidades de leche y de queso a vender a Santiago.

Miguel seguía su ruta haciéndose fuerte contra la pena; atravesó un riachuelo sobre un lecho de guijas azulosas: era el arroyo Súf; los pinares, inacabables en todas direcciones, exhalaban al viento ese aroma delicioso, suave, que caracteriza los montes de la zona fría; los helechos tropicales y la perfumada osúa ostentaban su verdor obscuro; en la cuenca del arroyo que se esfuma hay una espesa fronda de floridas pomarrosas.

Vió un prado de caramaná, planta de raíz muy aromática, y recordando que una de sus hermanas le había hecho el encargo de esa planta, se desmontó, y con el cuchillo de monte escarbó el mojado césped, sacó varias raíces, las echó en las alforjas, y espoleando el rucio otra vez, volvió a partir a paso largo.

Subiendo el Alto de la Guajaca calmóse su ansiedad.

Le interesó el panorama de lomas y más lomas que se ven desde Jarabacoa y la divisoria central. Los picos de la Diferencia, el Gallo y Jicomé, a enorme distancia parecen tres columnas de lapislázuli que sostienen la comba de los cielos.

Y más acá, Pico Rubio, Higua y 'Ángola.

En la subida encontró a unos amigos y a dos graciosas muchachas que iban a Las Matas en alegría de

fiesta; ese encuentro sirvió de bálsamo un momento a su tristeza.

Mas, luego, comenzó a pensar:

—Pero bien, ¿será posible que me engañe así Santica? ¿Y entonces, para qué me demuestra tanto afecto? ¿Qué objeto ha de tener malicia tanta? Ella no es mujer de interés; si tiene un afán tan marcado por apresurar el matrimonio debe ser porque me quiere...

Hizo una pausa. Prosiguió:

—Sí; no hay razón para que me engañe así. Y también—añadió con cierto orgullo—, yo soy gallo de espuela larga. ¿Cómo va a ser que ella me engañe y que yo no lo comprenda?

El amor propio un momento lo consolaba. Y proseguía en sus cavilaciones:

—¿Que ella quiere a Juan Andrés? Pero, ¿quién es ese arrastrado para que ella le haga caso?... Y si le interesaba, ¿por qué le despreció cuando fué a pedirle? ¡Esto es inexplicable!

Después de iguales y largos soliloquios terminó por quedar medio convencido de que, aunque la vieja era incapaz de mentirle, había prestado oídos a los chismes y a las calumnias propias de las aldeas.

La esperanza quiso un momento volver a su razón...

Había doblado a la derecha, tomando la entrada de Jánico. Nuevos encuentros de personas conocidas le obligaron a parar y a repartir puños de mano, memorias y mandados.

Hay en el hombre dos personalidades bien distintas: el bueno y el malo. El uno es el hombre interior, el pensador, el hombre de conciencia, el ángel, en fin, aunque caído.

El otro, el malo, es el hombre de pasión, el que odia a veces hasta la crueldad, el que ama hasta empañarlo todo por su amor.

Ese es el más fuerte, el que se aducña de nosotros definitivamente, el que nos tortura y nos sojuzga, aun más allá de la muerte.

Aunque también es verdad que a ratos ese ser pasional produce actos de abnegación y de heroísmo.

Andando a solas, ya próximo a llegar al pueblo, se estableció entre los dos individuos de Miguel el diálogo siguiente :

Hablaba el corazón, los celos comenzaron a bramar su cólera indignada :

—¿Te acuerdas, Miguel, del caso de M. X., matrimonio reciente de jóvenes elegantes y simpáticos? Se amaban mucho : ella es bonitísima, y él muy galante. Una mañana va el marido a deshora a buscar una medicina, entra en su alcoba y coge *in fraganti* a su bella esposa... ¡con un cualquiera! ¡Qué horror!... ¡Si soy yo, la mato!

—Sí, es verdad—contesta el otro—. Pero esos son casos aislados ; en cambio, la mayor parte de los matrimonios son fieles. Y no tienes sino que estudiar bien a tu novia antes de casarte. ¿Por qué no le pides un nuevo plazo a don Luis?

—¡No, hombre : qué plazo ni plazo! A los hombres crédulos al fin les nacen cuernos. Las mujeres hay que estarlas vigilando de día y de noche. Yo no sé si Santica es capaz de jugarme sucio ; pero nadie se escapa de una cuesta resbalosa...

—No seas tonto, Miguel ; ¿en qué fundas tú una sospecha? ¿Porque lo dijera esa vieja? Eso falta averiguarlo. Vamos a ponernos en acecho, y si se encuentra algo, entonces, sí, tendrías razón.

—Miguel, Miguel, acuérdate del escándalo reciente que nadie se ha atrevido a referir con su verdadero indecoro... Esa muchacha era como Santica, insospechable ; y, ¡sin embargo!, no era más que una buena hipócrita...

—Es posible—dijo suspirando el pensador—. mas

debes ser prudente y averiguar bien las cosas antes de tomar una resolución fatal. Eso es lo cuerdo.

Ya próximo al arroyo de Jánico oyó a dos hacheros que al compás de sus aceros cantaban una décima. El uno continuó su copla :

«La mujey que quiere a dó
bruta no é sino aibeitia :
si una lú se le apagó
le queda l'otra encendía.»

Parecía un sarcasmo aquella voz montaraz.

Su mente impresionable volvió a caer en el tremendo vaivén de la duda.

El compañero del hachero repitió :

«si una lú se le apagó
le queda l'otra encendía...»

—¡ Cállate, maldito !—vociferó Miguel.

—¿ Sería Santica capaz... ?

—¡ Quién sabe !...



CAPITULO VII

De Jánico a Santiago

Jánico se encuentra en el fondo de una hoya, al pie de unos barrancoa.

Cautivo de las lomas, su poblado es un paisaje digno de Bautista Gómez, o de Sanlley (1).

Sus moradores son cultos y simpáticos; sus mujeres bellas y felices; le dan al caserío el encanto de un jardín.

Miguel, desde un automóvil, serpenteando las alturas del barranco, admiraba a su pesar la corrección y limpieza de las calles, la iglesia, la plaza y maquinalmente contestaba, desde lo alto, algún adiós enviado por manos femeninas, agitando pañuelos cariñosos.

Al torcer un curva desapareció el pueblo pintoresco.

El ascenso de la montaña es laborioso; la máquina resopla; sus ijares de enorme bestia despiden humo.

Las cuestas se suceden: los altos repechos de la amarilla roca forman contraste con los abismos, riscos

(1) Gómez, excelente pintor santiagués, que estudió en París; Tomás Sanlley, finado, maestro de gran valer, que estudió en Barcelona.

sin fondo sobre los cuales cuelga, como un alambre de telégrafo, la carretera angosta, llena de peligros y de curvas violentas, tirada sobre los flancos de las lomas, con un atrevimiento singular.

Este camino de águilas, el más difícil de los de la República, es la obra de los progresistas janiqueses. El Estado no hizo allí nada; pero el Ayuntamiento de Santiago construyó su parte.

La máquina vibraba lentamente, con prudencia suma, ya subiendo, ora bajando, por un dédalo de curvas, empeñada en la montaña de Piedra Clavada, en que una inscripción de indios divide las dos comunas.

Miguel iba pensativo, preocupado, sin contestar las preguntas de su *chauffeur*. Alzó la vista; no le llamó la atención ni el mágico panorama de la campiña de Santiago, ni el valle del Amina y del de Mao dominados desde las alturas de Zalaya.

Atravesó el puente de la curva y se empeñó otra vez entre murallas de roca, cortadas a golpes de explosivos, por donde el auto grita su alegría descendiendo lentamente.

Y siempre pensativo el pobre joven, meditaba un plan, decepcionado.

Estando en pleno llano el auto se encontraba ya en «El Cupeyar». Allí paró. Fue donde un amigo le comunicó una parte de su idea y le pidió un hombre avezado a espiar en la guerra al enemigo.

Mandaron un expreso a buscarlo cerca. Vino el sujeto. Le llamaremos Juan por nombre de guerra; tenía un aspecto cándido, pero en realidad era un detective campesino, taimado, fino, hombre de pie fuerte y de buen talante.

Miguel lo llamó aparte; le dió sus instrucciones muy precisas. Debía presentarse en Rincón de Piedra con ese nombre falso, recomendado por el amigo de Miguel, para ser admitido como peón, en casa de don Luis; allí había de abandonar el trabajo con frecuen-

cia para enterarse de los más mínimos pasos de Sanctica; debía vigilar estrechamente al joven Juan Andrés que vivía en El Carrizal, y el domingo en la madrugada, a las cinco, sin falta, debía esperar a Miguel en el paso de Bajamillo para darle cuenta de sus averiguaciones.

Juan no era ningún peón; pero acogiendo su papel púsose en marcha a pie inmediatamente.

En tanto, el animal de hierro bramó ruidos de alarma y desplegó una gran velocidad; las cercas de Las Charcas, los potreros de Pastor, las quintas de Buena Vista, todo pasó con la rapidez de una ojeada.

Reduciendo la carrera llegó al gran puente del Yaque. La ensamblada vía aérea dormía como un gigante de hierro arrullado por el oleaje de las aguas. A un lado la pared a pico de la Boca del Indio, coronada de verdura, y al otro la ciudad, que se yergue, altiva y orgullosa, sobre la extensa y alta harranca del Yaque como un nido de águilas.

Sus flechas y sus torres rasgan el fondo del blanco y azul del firmamento.

Miguel no quiso parar en la ciudad de los caballeros legendarios. Su bulliciosa actividad no estaba a tono con la tensión de sus nervios, necesitados de reposo. Siguió marcha hacia Navarrete.

Llegó a la hora de la comida. Se le esperaba. La primera persona que vino a recibirle fué Felita, joven simpática, que estaba hospedada en su casa desde el día anterior.



Loma de Angola

CAPITULO VIII

La seductora

Felita era una muchacha de algunos años más que Santica; ésta contaba veintidós, Felita veintiocho años. Aquélla era seguramente muy graciosa, un tipo serrano de los puros, ojos negros soñadores enmarcados por una hermosa cabellera de castañas crenchas; la boca, una delicia, pequeña, fresca y siempre sonriente, acusaba la inocencia de su alma.

Su educación no había sido descuidada; su madre y su padre eran gente austera. Desde que comenzó a crecer en Santiago fué llamada a su hogar, en donde se le adoraba, como a la perla más valiosa de todos los contornos de su ambiente.

Felita era otro tipo: india, alta, delgada, esbelta, en los ojos fuego vivo. Simpática, tal vez demasiado simpática, era insinuante, sugestiva, poderosa. Su cintura tentadora, sus cabellos de seda eran de una negrura de ébano pulido.

No obstante esas virtudes físicas y una regular instrucción, Felita no había logrado casarse todavía.

Vivía en casa de Santica, de quien era prima, y aquel alojamiento en las montañas era una de las causas de su soltería. También acaso unos amores desgraciados que no dejaron de afectar bastante su reputación. ¡No es cosa fácil a veces distinguir entre la verdad y la calumnia!

Muy pobre, huérfana de padre y madre, quedó, cuando murió su padre, a cargo de una tía carnal que vivía en Navarrete; ésta era pobrísima, la sostuvo mal, y, cuando llegó la debácle de los amores de Felita, se la entregó a Antona, que era tía de su madre.

Desgraciadamente, Felita no era buena. Por un lado su temperamento ingrato y sin nobleza, su refinada hipocresía, su talento diabólico y el prestigio de sus insinuaciones; por otro, la amargura que en su pecho dejaba la contemplación de su pobreza, la terrible deslustración de los años que asomaba y la envidia del bien ajeno que roía como una carcoma indigna su impulsivo corazón; todo eso hacía de esta graciosa mujer una compañera peligrosísima.

Santica lo había comprendido. Había diferencias muy opuestas entre sus caracteres. Bellas las dos, la primera era un ángel; la otra, más sugestiva e imponente, no conocía la piedad; alma de hierro, calculadora, fría...

La tía de Felita tampoco era cosa buena: ambiciosa y miserable, cifraba todo su porvenir en casar bien a su sobrina para vivir de ella. La aconsejaba mal, y entre sus combinaciones, la principal ahora era destruir el compromiso de Santica para agarrar el buen partido de Miguel. Empresa temerosa que ella justificaba en su elástica conciencia pretendiendo que cada cual tiene derecho de vivir.

A esa combinación siniestra obedecía la presencia de Felita en casa de Miguel.

Felita se había criado cerca de las hermanas de Miguel, gente sencilla que no lograba descubrir la per-

versidad de las almas. Y ésta había llegado, por un proceso de hábiles insinuaciones, a disponer el ánimo de las niñas en contra de Santica.

Ellas querían mucho a Felita, y casándose con ésta, Miguel viviría siempre con ellas. Este punto de interés había sido bien explotado por la insidiosa y falsa amiga. Además, Santica era, según ellas, una campesina, una muchacha sin cultura, enemiga de muchos jolgorios, que se llevaría a Miguel a vivir a Santiago, y eso no le convenía ni un poco a la familia.

Las negociaciones habían llegado lejos. Solamente el viejo padre de Miguel, hombre cuadrado, ignoraba la coalición de las mujeres.

El lector habrá comprendido con estas explicaciones que había algún punto de contacto entre estas premisas y las pérfidas calumnias de señá Dolores, corrompida a fuerza de oro para prestarse a la obra de los desalmados enemigos de Santica.

Señá Dolores era muy estimada por Miguel y por la familia. ¿Cómo iba él, en su inexperiencia, a dudar de la buena fe de una vieja tan amiga, tan rezadora?

Habiendo Miguel telegrafiado desde Jánico, al llegar a su casa lo encontró todo preparado para una amable recepción. Felita había hecho sus combinaciones con las muchachas de la casa para abrir los fuegos sobre Miguel con mucha habilidad. Entre los preparativos, el más importante fue una larga y detallada consulta con el espejo, mientras se vestía, para presentarse todo lo más seductora posible ante Miguel. Sobre este punto poseía grandes recursos, pues era mujer de una gracia insinuante y había adquirido en la práctica del *flirt* y en varios amoríos el arte de seducir.

Lo primero que debía averiguarse sin preguntarlo era saber si la vieja señora Dolores había cumplido su siniestro encargo. No tardaría Miguel en revelarlo.

como que no tenía secretos para sus queridas hermanas.

Al llegar Miguel se sirvió el almuerzo. Felita, vestida con sencillez, pero más seductora que nunca, se sentó frente a su víctima. Desde allí se proponía dominarle con el poderío de su mirada. Una ligera sombra magistralmente pintada en las ojeras aumentaba su poder de fascinación. Pero antes que nada, ¿cómo averiguar si había hablado seña Dolores? Y, en todo caso, ¿hasta dónde logró la vieja atacar al enemigo? ¿Qué le había dicho?...

Para averiguarlo tomó Felita como pretexto el pedir noticias de su casa.

—Y Santica, ¿qué te dijo? ¿Está siempre bonita? ¿Fueron ustedes a pasear? ¿No te preguntó por mí? ¿Y don Luis, qué me manda a decir?

Entre una y otra pregunta el fuego de los ojos y la simpatía de las sonrisas hacían su camino.

—Santica quedó bien—contestó en calma el joven hatero—. Se sorprendió mucho cuando me vió llegar en medio de un temporal, ya de noche, después de haber jugado la vida por llegar a ella. No fuimos al Agua Caliente porque fracasó el paseo. A don Luis lo vinieron a buscar como testigo de un asunto de Alcaldía, que no tuvo consecuencias; y eso nos fracasó el paseo.

La contestación no era muy satisfactoria.

Francisca, la menor de las hermanas de Miguel, miró a Felita, y aventuró una pregunta indiscreta:

—Pero, en fin, ¿cómo están ustedes? ¿Contentos?

A Miguel le extrañó la interrogación; mas no creyó prudente hablar delante de Felita, de quien no tenía, al fin, muy alta opinión. Contestó, pues:

—¡ Ah, sí! ¡ Por qué habíamos de no estarlo? ¿No nos vamos a casar pronto? Como mi caballo se me ahogó en el paso de Las Piñas, ella me prestó su magnífico rucio para volver. Vimos una bonita cre-

ciente de Bajamillo, y hasta comimos biajacas y dajaos, pescados de los charcos, y tomamos un buen vino que nos brindó el viejo...

Todo eso desconcertaba los planes de las niñas. Se miraban sin saber cómo continuar sus ataques. La primera embestida tenía aspecto de derrota.

Felita no era mujer que ignoraba las tácticas empleadas por las hembras. Pretextando haber comido anteriormente, apenas probaba algún plato, empleando todas sus fuerzas en ver si lograba marear a Miguel con sus miradas, mientras creyó prudente aguardar las confidencias del joven a sus hermanas.

Terminado el almuerzo, el hatero salió en su mula a dar una vuelta por el campo. Seguía la incógnita intrigando la paciencia de las niñas.

Cuando regresó, Felita se había escapado para el vecindario, de modo a dar lugar a las averiguaciones. La hermana mayor le habló en privado a Miguel:

—Bueno. ¿Y fuiste a Las Matas? ¿Qué hubo de tu negocio con Montalvo? Y tía Generosa, ¿ya está bien?

—No sé decirte, no puedo decir que vi a nadie.

—¿Cómo?

—No. Solamente vi a seña Dolores, que me contó... me contó una conversación que oyó en casa de Z., en que decían...—y demudado y tembloroso el labio, por fin salió la frase tremebunda—: Dicen que Santica tiene amores con Juan Andrés, un sinvergüenza, un muerto de hambre de la gente mala de Carrizal...

La joven abrió anchos los ojos, llena de espanto.

—¿Santica? ¡No, no es posible! Esas serán habladitas de las gentes. Esa muchacha, yo ni la conozco ni le tengo ningún interés, pero la verdad ha de ser dicha: tiene muy buena fama y una madre excelente.

La verdad era que Felita no se había atrevido a comunicar a las niñas su infame táctica de la calumnia de seña Dolores. La joven prosiguió:

—Desinfúndete, Miguel, de esa creencia. Yo no te

digo que te cases con Santica, porque nosotras no nos hemos atrevido a decirte nunca por lo claro que nos desagradaba mucho tu matrimonio con ella, y ojalá se rompiera el compromiso.

—¿Por qué?

—¡Por nada!... ¡Porque sí!

—¿La crees indigna de mí?

—Eso sí no; ya te lo he dicho. A nosotras no nos gusta ella por otras razones. Nos parece muy campu-
na para ti, y no tenemos amistades con ella; es una
muchacha muy parejera, y como ella tiene tanto as-
cendiente sobre ti, en cuanto te cases te olvidarás de
nosotras; y por eso, tú ves, Miguelito—dijo la joven
un poco afligida—, quisiéramos que te casaras mejor
con otra, que fuera nuestra amiga, más bonita que ella,
más fina, mejor educada, más...

—¿Y quién es ella?

La joven vaciló, miró a Miguel profundamente, co-
mo para escudriñar su intención; Miguel, curioso, in-
sistió:

—¿Quién es? ¿Con quién quieren ustedes que me
case?

—Yo no sé; hay muchas muchachas por acá que
son graciosas y honradísimas. Como tú no andas bus-
cando que tengan chifles (1) ni fortuna, sería fácil ave-
riguar después lo que piensan mis hermanas.

—Y papá, ¿qué dice a eso?

—¡Ay! ¡Quién le habla a ese viejo de esas cosas!
Tú lo conoces: de una vez rompe a tronar y no se
calla más nunca sobre el cumplimiento de la palabra.
No, ni tú tampoco, Guelsín, tú no haces ná; tu no
rompes esos amores ni que te maten; tú quieres de-
masiado a esa mujer; esa gente parece que te ha
cortado el ombligo. ¿Santica, para ti?—dijo con cierto
desdén—. ¿Santica?

(1) Ganado.

En eso entró Luisita, la segunda hermana de Miguel; se enteró de la horrible noticia, y nerviosa e inmutada, se quedó sin articular palabra. Al cabo de un momento de silencio, en que cada cual meditaba algo, preguntó Luisita:

—¿Y siempre te casarás con ella?

—¡Qué sé yo—dijo Miguel—: veremos si es verdad... y si es verdad, juro vengarme!

—Por Dios—replicó la menor—, si fuese verdad tan vil engaño, déjalo a Dios, que el desprecio es el arma que le hace más daño a las mujeres.

—¿Desprecio nada más?—dijo demudado y trémulo.

—Cálmate—replicó Luisita, pasándole cariñosamente la mano por la frente, pálida y sombría—; cálmate, Guelín, que eso no puede ser verdad. Y ese Juan Andrés, ¿qué clase de gente es?

—¿Ese? Uno de los vagabundos del Carrizal, uno de esos que viven de los que tienen algo, que no trabajan y viven bien, engañando a todo el que pasa.

En ese momento llegó Felita del vecindario, trajo un dulce de leche muy blanco y delicioso, le preguntó a una sirvientica por Miguel; los cuatro hermanos salieron del aposento en donde hablaban, interrumpieron la íntima conferencia familiar y pusieron atención a la visita.

Ésta disimulaba el anhelo de saber que la consumía, y le dijo a Miguel con halagadora sonrisa:

—Me acordé de ti por allá y te traje ese dulcito tan sabroso, como te gustan a ti.

Miguel no estaba para fiestas ni tontos devaneos. Puso a un lado maquinalmente el dulce, y mientras todo el mundo se asomaba a la puerta a ver un aeroplano que volaba casi a ras de tierra, el pobre joven, indiferente, se escondió entre las cercas para estar solo, para luchar con su propio corazón, cuyos impulsos en veces iracundos y otras confiados, lo man-

tenían en una indecisión de intermitencias fieras. Y en su interior pensaba... «¡Ninguna prueba tengo de tal cosa!»

Y el hombre interior, el pensador consciente, después de un largo debate silencioso, puso fin a la contienda :

—¡Miguel, eres un loco! Hombre no es aquel que se impresiona, que se rinde al primer embate de la desgracia; aguarda los informes de Juan. Y si llegare el momento de obrar con energía, ¡eres valiente!



CAPITULO IX

La confabulación

Mientras tanto las tres jóvenes, muy intrigadas, se retiran al jardín para hablar más en secreto.

Clara le pregunta a Felita :

—Dime una cosa : ¿quién es un tal Juan Andrés, del Carrizal?

Un relámpago de triunfo brilló en los ojos de la joven. Señá Dolores había hablado con éxito seguramente. Felita contestó con disimulado desenfado :

—Juan Andrés es un joven que vive haciendo tratos de animales, buena persona ; lo conozco poco pero es de buena familia. ¿Y qué hay sobre él?

—No, nada.

—Por algo me preguntas tú con tanto interés.

—No, por nada. Oí que lo mentaban el otro día y quiero saber si él visita por tu casa.

—¿Por casa?

Meditó la respuesta y continuó :

—Algunas veces, sí ; pero sin interés. A menos que no vaya ronceando a Ana Lucía, una muchachita muy vivita que vive cerca de allá.

Esa mentira fué lanzada con la habilidad de un buen político. Las dos hermanas se miraron, pensando tal vez a un mismo tiempo: «Cuidado si sale verdad lo que dicen.»

En la conversación surgieron acuerdos de importancia. Sin embargo, Felita mantuvo la reserva de su maquinación de calumnias, y ellas no dijeron sino con medias palabras que Miguel no estaba muy contento de su novia: «no sabían por qué». Felita no insistía; lo demás lo sabía ella mejor que todo el mundo... El caso era ahora explorar la situación. La tía de Felita, perversa y desalmada, era la directora de toda esa conspiración contra Santica, en la cual las hermanas de Miguel habían sido con astucia conquistadas por razones de interés.

¡Pero qué!, no basta malquerer; odiar no es suficiente para tener éxito. Se necesita suerte para todo, y Felita no la tenía. Sus planes abortaron en toda la línea, pues aunque Miguel se enteró a la postre de que ella era la candidata que sus hermanas postulaban, él no era lerdo, y por las indiscreciones de una criada pronto se enteró de las audaces maquinaciones que tramaban contra Santica, Felita y su tía, quienes habían logrado sorprender la sencillez de sus hermanas.

Próximo a partir para Rincón de Piedra, el joven confió a su padre, en substancia, el motivo de sus cuitas.

El viejo se llamaba don Pedro Serra; procedía de una familia histórica de patriotas y era él mismo un teniente de la Restauración. La bondad le inclinaba siempre a la tolerancia, pero en realidad era de carácter recto como el cordel de un plomo.

Al oír la grave consulta de Miguel, le pidió algún tiempo para meditar su respuesta, y al otro día le dijo:

—Hijo mío, tu caso es uno de esos en que un hombre digno ha de proceder con el mayor espíritu de

justicia. No oigas tu corazón sino siléncialo, para obedecer a tu buen juicio. Anda con pies de plomo.

Y después de una larga pausa, prosiguió :

—Miguel, mucho me temo que esa muchacha que está aquí hospedada no sea la inventora de una odiosa tramoya de chismes contra Santica. Por lo pronto la he visto en cierto manejo... que me hace comprender que es una mujer muy peligrosa. Así se lo he advertido a mis hijas, pero ellas no creen nada. ¿Quién convence a las mujeres?

Reflexionó otro poco, y continuó :

—En todo caso, lo que hiciste de mandar a espiar a tu novia no me parece una acción de caballero... eso es indigno, Miguel.

—Pero, papá—defendió el joven—; yo estoy en una terrible duda y debo ahora mismo tomar una resolución que salve mi dignidad. No me quedaba otro recurso que averiguar...

—Encuentro excusable tu desconfianza; pero no te niego que me repugna...

—Pero, papá...

—¡Nada—impuso el viejo soldado de Guayacanes—. eres un niño! ¿Quién te mete a ti a estar oyendo chismes de vecindario? ¿Tienes pruebas de toda esa infamia de tu novia? ¿Tú no sabes que ella es una de las herederas más notables, más cultas y hasta más bellas que hay en terrenos de Las Matas, y que ese es motivo de sobra para que sobre su candor y sus virtudes truene la rabia indigna de la envidia?... Mira, Miguel, yo te aconsejo que suspendas tus malos pensamientos para que seas justo y libre al juzgar la causa de tu novia. Vete a Las Matas un día antes que de costumbre, y trata de consultar con las personas viejas, que yo te indicaré lo que haya de verdad en esas acusaciones... Pregunta, eso sí, pero no hagas indignos espionajes ni te valgas de sirvientes.

No hablaba mejor Cicerón. Estas paternas y honorables palabras trajeron otra vez la calma y el sosiego al espíritu del impresionable joven, que exclamó:

—Papá, su voz cariñosa me ha dado nuevos bríos. Ahora soy otro hombre; me siento fuerte, venga lo que venga.



CAPITULO X

El aguijón mortal

Al día siguiente, viernes, en la mañana, después de dar sus últimas disposiciones a los lecheros, a los queseros, a los jefes de peones, al encargado que lo representaba en sus ausencias, Miguel se despedía para Las Matas.

Sus hermanas no parecían estar muy satisfechas. Ellas habrían deseado mejor el rompimiento inmediato, sin consulta, en el acto. Las mujeres son tremendas en su intolerancia. Por eso no sujetan sino a medias el cetro del mundo, que a veces se les escapa porque exigen cosas imposibles.

Felita estaba preocupada. No se sabe si la conciencia o el interés punzaba con más aguda espina su corazón. Con el pretexto de entregarle una carta para Santica, lo llamó aparte, y con marcada exaltación le dijo:

—Mira, Miguel, me estoy volviendo loca; no sé lo que me pasa; una inexplicable desazón me desgarrá interiormente; mi vida es un tormento; yo no puedo vivir en esa cárcel de Rincón de Piedra, y la suerte, sin embargo, a ella me condena.

Miguel la escuchaba, atónico, sin atreverse a interrumpirla. Ella, en esta ocasión, no hacía comedia. Estaba vivamente preocupada. Miguel no parecía rendirse a sus halagos. Si bien a ratos la atendía, era tan sólo porque estaba en su casa. El hombre a quien ella necesitaba para conquistar el porvenir se iba donde su rival, que fácilmente lograría deshacer los vapores de un mentira infame... No, ella no podía renunciar a su última ancla de esperanza. Le miró, pues, con una intensa mirada dominadora. Y disponiendo de todas las fuerzas fascinadoras de la hembra, le dijo resueltamente :

—Miguel, Santica no es la mujer que puede hacerte feliz ; tal vez tu indiferencia no ha advertido que hay otra que te ama mucho, mucho más que ella...

—¿Y quién es esa?—contestó haciéndose que no entendía.

Ella dardó otra mirada poderosa, inclinó la frente, suspiró ; su belleza de india seductora vibró de ignotas energías, un torrente de luz fogosa y pasional irradió de sus negros ojos, otro suspiro tierno y profundo flotó en la atmósfera... Algo inexplicable había pasado ; Miguel palideció, miró con vaguedad al horizonte, suspiró también ; se sintió débil. La resistencia en amor es virtud de hembras, no de varones.

Ella, aprovechando la ocasión, cogió con delicadeza la mano de Miguel, se atrevió a acariciarla, mientras un silencio elocuente dominaba. De repente estalló en el fondo de la enramada la voz tonante de don Pedro, el viejo padre de la familia :

—¡Miguel, el sol avanza ! ¡Se hace tarde !

Era la voz de la razón que le llamaba. Soltó automáticamente la mano deliciosa de Felita, y avergonzado de su debilidad, saltó sobre el caballo, y a paso largo desapareció.

Llegó a Santiago y desmontóse un rato a casa de

unos parientes. Una de las niñas lo interpeló diciéndole :

—¿Es verdad, Miguel, lo que me han dicho?

—¿Qué fué?

—Que ya rompiste el compromiso con Santica. Sintió la herida lastimada. Vagamente contestó :

—¡No, qué va!

—Sí, me lo han asegurado... que ya no te casas...

—¿Y por qué?

—Adiós, tú eres quien sabes... ¿Cómo no vas tú a saber?—replicó con intención marcada.

—Pero, ¿qué te han dicho, dime?—preguntó curioso.

La niña sonrió con malicia; pero al verle impresionado desistió de lanzarle una saeta, y se contentó con decirle :

—Lo que te dije... ¿Y adónde vas, en són de viaje?

—A Las Matas.

—¿A Las Matas?—replicó ella con extrañeza.

—¿Te extraña a ti?

—Sí, me extraña; además, cuando tú ibas era los sábados en la tarde. Ahora, si vas, será a negocios.

—Hombre, primita, tú sí estás hoy impertinente.

—Impertinente, no. Que todo el mundo dice que ya le mandaste su pasaporte a la Santica. De lo que me alegro bastante.

—¿Y por qué?

—Porque un joven como tú, buen mozo y rico, debe casarse aquí, en Santiago. Yo tengo mi novio y puedo decírtelo claro: cástate con alguna de tus primas. Son muy buenas y algunas son bonitas... Mira que Adela o Albertina son muchachas muy buenas para ti.

—Hablares de eso—dijo disimulando el socarrón, montando y partiendo calle abajo.

Salió de la ciudad, tomó la carretera en construcción para Las Matas, llegó hasta la intersección con

el antiguo camino real y siguió viaje desechando a Dicayagua por la Sierrecita.

En el camino, la brisa musical de los pinares, la soledad, la belleza inefable del paisaje, todo suscitaba en él sus pensamientos, sus recuerdos.

No le abandonaba la idea fija: «Todo el mundo dice que rompí ya con Santica. Eso es muy importante... que rompí, ¿por qué? ¡Hay que saberlo! Luego, ¿Santica me ha engañado?»

Y otra vez se desencadena sobre su pecho la furia de los celos.

Desde la altura de la Sierrecita, volviendo el rostro, se admira uno de los más grandiosos panoramas que imaginarse puedan. Se ve al Yaque discurrir como una cinta luminosa ya por entre la peña azul que borda sus orillas, ora por entre campos de verdura lujuriosa; ya rompe su tributario el Bao entre los riscos más abruptos, ora los arroyos diminutos se ven a ratos saltar entre palmares. La campiña de Santiago se ve en detalle; la ciudad, muy cerca, como una odalisca dormida al pie de su Castillo; sus almenas y sus flechas dicen de un pasado de grandeza bélica, cuando los broncees remedando al trueno, llevaban hasta el cielo la protesta de un pueblo de héroes, de libertad sediento.

Sobre una cadena de montañas azules predomina Diego de Ocampo, altivo y generoso, y allá, a lo lejos, se esfuma el horizonte entre estancias, jardines y florestas, entre las obras de riego, los puentes y caminos. La sensación del cuadro es sorprendente: abundan los detalles; de una mirada se ve Navarrete, Valverde y Esperanza, Las Lagunas, Palmar y otros poblados.

Miguel, al ver Navarrete, suspiró. Vió desde allí los ojos de Felita, radiantes de belleza o de pasión. La magia de aquella mujer lo perseguía.

El joven, atormentado y pensativo, volvió grupas, espoleó el caballo, y cada vez más indignado de Santica llegó temprano a San José de las Matas.

Allí, siguiendo los consejos de su padre, consultó a dos o tres personas sobre su caso. Todas le dijeron :

«He oído algunas habladas sobre esa joven; pero no puedo decirte que sea cierto : trata de informarte bien, ándate con prudencia».

Esas palabras de los hombres más serios del poblado, lejos de disminuir sus zozobras, las aumentaban.

Al doblar una esquina vió a Juan Andrés. Este disimuló el saludo, y en algo se inmutó. Nuevo indicio era para Miguel esa actitud. En los pueblos pequeños se saluda a todo el mundo. Juan Andrés salió del pueblo en una mula conduciendo una yunta de bueyes hacia Inoa, en dirección contraria a Los Montones.

Cada vez más asendereado por la concurrencia de opiniones, el pobre joven sentía crecer su inquina contra la infiel, la probable infiel que sus dudas terribles motivaba. Por otro lado la mirada magnética de Felita aun fulguraba en el fondo de su alma, y esa nueva impresión, aumentada por la vehemencia de su carácter llevaba hasta la ira su indignación.



CAPITULO XI

La prueba infamante

Juan Andrés era un mozo de regular figura, de los menos ignorantes del lugar, vivo y decidor, pero malvado. Desde muy jovencito se había lanzado a la política, en razón de su pobreza, y vagó durante algunos años en esa sentina de vicios y crueldades que se llamaba en otro tiempo la «vida militar». Como era de baja estofa moral se agregó a una pandilla de bandidos que decían andar guerreando «por los principios de un partido», pillando en su provecho personal ganados y terrenos, deshonorando mujeres, devastando campos y ciudades, asesinando, incendiando, todo a mansalva, sin más responsabilidad que la de jugarse la vida. Cuando vino la paz, el joven se volvió a sus lares inutilizado para ser hombre de bien. No le gustaba trabajar; su vida era alcanzar de cualquier modo «una heredera rica que lo salvara». Y en eso andaba. Con una desfachatez impropia de la gente sencilla de su ambiente atacaba a todas las jóvenes que le parecían un buen partido. Hombre sin moral, para él todos los medios eran buenos.

En una fiesta, cierto día en Los Montones, en que se encontraba Felita, se hicieron amigos. El le refirió su amor por Santica y le aseguró que era desdichado porque ella se había comprometido con Miguel después de haberlo repudiado a él, que tanto la amaba...

—Yo tengo un primo—agregó el pícaro Juan Andrés—, que me dijo el otro día que usted le gustaba mucho: me tumbó del burro para que yo se lo presentara a usted, pero no me atreví a pisar la casa de don Luis, aguardando una oportunidad.

—¿Y qué tal es su primo?

—Buena persona, bien plantado, acomodado, serio y hombre de trabajo.

—Anjá, muy bien. Pues preséntemelo pronto. Si me gusta y yo le gusto, pronto estamos entendidos. Soy libre y no me meto en amoríos.

Todo esto era mentira: el primo no conocía siquiera a Felita. Pero con esto la interesaba en su favor, pues lo que deseaba Juan Andrés era aprovechar una coyuntura para intentar otra vez la conquista de Santica; no por amor, que él no era hombre de sensiblerías, sino como un negocio magnífico y un modo fácil de manejar una fortuna ajena.

Días después de esta entrevista, Felita cayó en la cuenta de que ayudando a Juan Andrés a conquistar a Santica podía ella pescar como marido a Miguel, puesto que la familia de este joven la quería mucho. Y ella tenía confianza en sí misma para «hacer valer su belleza en el terreno de las seducciones».

Desde este momento quedó el campo deslindado; Juan Andrés y ella quedaban asociados para la obra nefanda de la destrucción de la felicidad de Santica. Los medios no importaban. Los tontos nada más son los que se paran en el «modo» de obtener un resultado. Tanto ella como Juan Andrés eran maes-

tros en el arte infernal de Maquiavelo, sin haberlo leído jamás.

Con estos antecedentes fácil será comprender la trama indigna de los dos miserables que andaban conquistando voluntades para aprovechar el temperamento impresionable de Miguel, en el propósito de lanzarlo a un rompimiento.

En diligencias de esa misión andaba Juan Andrés cuando lo vió Miguel. Precipitadamente tomó la fuga largándose para Inoa con su boyada.

Miguel, desconcertado e irritado cada vez más, entró a casa de la vieja señá Dolores; le regaló un dólar, le dió memorias de su viejo y de las niñas y le preguntó si conocía a Felita.

—La he oído mentar—replicó la arpia—; pero no la conozco. Yo me mantengo rezando, mi jijo, pa que lo santo me lo ayúen a usted pa que me puán remediar. Ya lo viejo no sebimo pa ná.

Mentía, Felita. Juan Andrés y ella se veían con frecuencia, y aun se escribían; aunque la vieja «no entendía de letras», se correspondía con Felita en términos impenetrables que no entendía la muchachita que le leía las cartas.

Ya ella conocía el estado de los sucesos en Navarrete. Juan Andrés también estaba al día, y anduvo dándole sus instrucciones a la perversa vieja.

Miguel, anhelante, preguntó:

—¿Y qué más ha sabido usted, siña Dolores?

—¡Ay, mi jijo, nian me jable d'eso! Me da tanta tristeza tu desgracia... En tóo e pueblo tuée mundo anda diciendo que tú acabate lo jamore con Santica. ¿E verdad?

—¡No—dijo avergonzado el joven—; pero los voy a acabar!

—Jase bien, mi jijo, poeque yo no te voy a decí que la muchacha tiá engaña. Yo soy jué de mi

conciencia y yo no lo o vito; pero bata que éo pueblo lo diga para que ya no te convenga casate con esa mujée. La mujée e mu delicá; con un pringue así de ló ya tiene pa tac toa sucia; eto é. la memuración daña la honra, Miguée.

El pobre joven sentía las furias todas del infierno desgarrar su corazón. Sí, su resolución estaba hecha; rompería, rompería con Santica, ¡era asunto de dignidad!

Iba a marcharse, y la vieja lo detuvo.

—Toma un cafecito, Miguée, no me desprecie, déjate lo calentar.

Y mientras ponía en el fogón una latica, le dijo misteriosamente:

—Anda una cactá poo case de Juan Felipe, que me han dicho, que yo no sé leé, que dique la escribe ese sinvergüenza a tu enamora.

Demudado y gangoso replicó:

—¿Quién la tiene, qué le dice?

—¡Yo no sé; jabla con Juan Felipe, que te la buque, Miguée, si too e mundo la a visto tú también e bueno que la vea!

—Guárdame el café—dijo fuera de sí, viendo a Juan Felipe por la calle.

Lo alcanzó, le dijo de la carta, y le replicó el buen amigo:

—Sí, es verdad; yo se la quité a mis hijas y les prohibí hablar más de eso, como que tanto te quiero a ti como a Antona, y cuando la iba a romper la guardé, pensando que tal vez te interesaba. Te la voy a prestar, pero para que la rompas; tú puedes asegurar que hemos comparado la letra con unas cartas de Juan Andrés y en su misma letra. Te la voy a enseñar, pero si me prometes romperla en el acto, porque yo soy amigo de todos y no quiero líos con nadie.

—Sí, se lo ofrezco.

Entraron a casa de Juan Felipe, se fueron debajó

de una mata de eucaliptus, y el buen amigo explicó : «La carta se la halló un muchacho en el camino real cerca de casa de Juan Tomás, en Rincón de Piedra, y la trajo al pueblo ; todo el mundo la leyó hasta que fué a casa y yo creí cumplir con mi deber retirándola del público. A todo el mundo le he dicho que la rompí.»

Mostró la carta : estaba fechada en Carrizal y decía así :

«Mi adorada S.

«No me hagas sufrir más, acaba esos amores cumpliendo tu promesa. Un mes me pusistes para terminarlos y ya ha pasado. Ayer tarde cuando nos vimos a casa de Lucía, se me olvidó decirte que el lunes cuando el hombre llegó a Jánico y te dejó el caballo iba muy triste, parece que ha sabido algo. S., mi vida, no es bastante que me diga que me quieres dame una prueba cumpliendo tu ofrecimiento. Cuando le escribas a F. dándole memoria, te ama tu

«Juan Andrés.»

Y al terminar Juan Felipe le enseñó una carta oficial escrita por Juan Andrés como secretario, que no dejaba duda sobre la identidad de la letra.

La evidencia era irrecusable. Miguel no estaba en su juicio. Si hubiera encontrado a Juan Andrés en ese momento, la muerte habría decidido entre los dos. La ira cegó sus ojos... una fiebre de venganza exacerbaba su alma, exaltada de vehemencias. La tempestad tronaba en el fondo de su pecho ; relámpagos de odio estriaban sus ojos inyectados e iluminaban la imagen de Santica, transmutada en la estatua de la infamia y del engaño.

Fuése como un loco donde estaba su caballo, se

montó y siguió viaje, aunque era tarde, para Rincón de Piedra.

Nadie en el pueblo se atrevió a hablarle... su rostro alterado inspiraba lástima. ¡Pobre joven, engañado, escarnecido!... ¡Y tan bueno!

CAPITULO XII

El insulto

Eran las seis cuando llegó Miguel a casa de Santica. No estaba don Luis, ¡ mejor !

Regocijada la niña saltó a recibirle con mil preguntas cariñosas, antes de desmontarse. El la rechazó brutalmente con el semblante :

— ¡ Infame, miserable ! ¿ Crees, acaso, que me estás engañando ?

La niña se espantó.

— ¿ Pero, qué dices, Miguel ? ¿ Te has vuelto loco ?

— Vine sólo a decirte que te desprecio : ya me voy, no quiero verte. ¡ Guarda mi venganza !

En eso ya había llegado Antona a la puerta de campo y oído esas últimas maldiciones, dichas con el fragor del rayo que aniquila. Al principio se le heló la sangre, pero comprendiendo que el momento era supremo, detuvo a Miguel, que ya se iba, y le interrogó :

— Pero, Miguel, ¿ de qué se trata ? ¡ Tu juicio no está firme ; tú estás loco ! ¿ Qué tienes contra Santica ? Dí-melo, necesito que me expliques...

— Más vale que no. Siendo usted su madre, nunca podrá usted aceptar que sea culpable.

—¡Culpable no! Si ella es un ángel. Pero, en fin, desmóntate y hablemos, hay que hablar claro.

Miguel vaciló, dirigió una mirada de odio a Santica que lloraba dolorosamente, apoyada en el umbral de la puerta, y contestó:

—Déjeme acabar de llegar: yo volveré mañana y hablaremos entonces con calma para que usted sepa que ni estoy loco ni hablo disparates.

Dijo, y arrendó el caballo a paso lento hacia la casa de su tío José, en donde, silencioso y enigmático, no tuvo una sonrisa para nadie. Le pusieron cena, solamente tomó un vaso de leche, y cuando su tío lo llamó a capítulo y él le dijo, en resumen, la causa de sus tormentos, el tío José se quedó mirándolo, dudando de que su razón no estuviese desquiciada; mandó encender una lámpara y le llevó al almacén del patio, en donde se sentaron después de cerrar la cancela.

Y el tío principió la conversación con estas palabras:

—Quiero que no me hables mentira; háblame la verdad de tó lo que haya pasao. Que ya estoy comprendiendo que a ti te han jablao embute. Poique Santica e una muchacha tan seria que ninguna la mejora en to eto jaiderradore. Pero veme disiendo: que po aquí no pasa na econdío que yo no lo sepa ya. Yo soy como Dió; tó lo sé. ¡Jabla!

El joven no calló más que la última escena de él y Felita. Le dió vergüenza confesar que comenzaba a desfallecer a los embates de esa hembra peligrosa.

El viejo oyó con esa sagacidad campesina la larga relación, interrumpiendo apenas, y cuando hubo comprendido bien toda esa historia, contestó:

—Po bien, Miguey, to eso son embute. Ey mozo ese no se atreve nian a pasay poi eto jarrecinto. A esa Lucía la de Juan Tomás que tú mienta le robán entre ey y etro bagabundo una vaca joca y la traseñalán, poique ello roban en ei camino riay; eso no tienen beigüen-

7a. Por aquí no hay ninguna muchacha que le ponga atención a ese mozo de tan mala fama. Ahora yo no sé cómo tú cae en la caballá de creey eso jembute de una muchacha tan honrá como tu novia.

Hubo un silencio reflexivo.

El tío José añadió :

—Ahora a mí no me ha gutao ni un chin que tú le haiga ofendió a esa familia de tanto repeto ; si tú no me tiene a mí alguna obediencia, tú va ahora, ante que lo sepa Lui, a daile satisfacción a esa muchacha.

—Déjemelo pensar—replicó.

Inmediatamente salió el tío José para casa de don Luis. llamó aparte a Antona, y le dijo :

—Ese muchacho ha sido engañao poi barío jablado-re ; peidónalo ; no le diga ná a Lui y viviéteselo a tu hija para que no diga ná, que Miguey viene a daile satisfacción a su novia. Jata mañana—dijo, y se fué.

Al regresar, Miguel había desaparecido. Deade que llegó, Juan lo atisbaba y lo seguía, sin lograr verle salir de casa del tío José.

Habiendo perdido las esperanzas de verlo, se aventuró a acercarse a la casa, a riesgo de ser visto, y al asomar a la puerta Miguel, lo llamó.

Salió Miguel como quien va al vecindario, y logró hablar a solas con Juan, de quien a la verdad no se acordaba, de tal modo habían hecho nella en su ánimo los acontecimientos precitados.

—¿Cómo vamos?—le dijo Juan, dándole la mano.

—Muy bien. ¿y tú?

—Bien graci sa Dió. Le traigó buena noticia de su novia. Pué uté aseguray que esa e juna mujey asina—dijo apretando el puño y moviéndolo.

—Sí, ¿eh?

—¡Ansí! ahí nu ay que mama me dijo : esa muchacha e juna mujey seria a la derecha ; uté se había equivocao creyéndola chailatana. No, don Miguey, uté sabe que yo no soy hombre que me deje engañay.

Cuando Lili yo era su hombre de empeño y ese negro me enseñó mucha punta di hombre aibeitfo. Pa engañarme a mí no ay ese que sepa, ma que yo; yo no sabré léi, ¡pero hombre vivo y sabichoso! ¡hombre político!...

—¡Ah! Eso lo sé yo; el que te buscó para mí no es hombre que se equivoca. Yo creo lo que tú me dices.

—Sí, señoy, uté lo pué aseguray; júrelo que se lo digo yo... Uté tiene la mejor muchacha que ay en to eto, y mire que aquí no ay ninguna mala. Si fué poy casa no le digo, pu allá la jay bien lechonera, amiga de poney lo sombre de mojiganga; pero eta e juna santa. Yo no e tao durmiendo aquí, sino día y noche echándole el ojo, tanto que me van a botay poique yo dique soy jaragán...—dijo riéndose—, no saben ello el hombre de trabajo que soy yo. Pero yo vine aquí a trabajaile ná má a uté. De noche me mantengo en un teje pa sahey to lo que pasa.

—Bueno—interrumpió Miguel, viendo que esa charla no llevaba trazas de acabar—; explícame en detalle tus pasos y tus averiguaciones.

—Asina memo. Dende que lluegué me las di de buen quesero, pa tay to ey día metió en ey boiso aguitando lo ma mínimo paso de su enamorá. Pa onde quiera que diba, diba yo también y nunca bidé ná de sospecha.

«Como Lili me enseñó que había que jablay mucho con el enemigo pa epiallo mejoy, yo me jise amigo d'ella y jablando bastante. Nunca le comprendí faisedá con uté; me preguntó si lo conocía, le dije que no.

«Pov laj noche me iba a case Lucía, la mujey de Juan Tomá a jugay baraja y combeisando, con mi segunda intención, supe que ey tay Juan André e jata enemigo d'ella poique le robó una vaca. Nadie

a bito esi hombre poy to eto lao; creo que jata lo matan de la mala voluntá.

»Dipué me la jalaba también de noche a pié jata ey Carrisay en donde me eché una quería. En la viveza e que ta la ventaja. Esa jembra me dió una mapa de tó. Ei tai Juan André e jun buen simbeigüensa y bochinchero como ey solo; ojalá se metiera conmigo pa que supiera aonde tiene ey maco la mateca; un día me peché con ey y tuve gana de daile do machetazos.

»Le tuve eñpiando de ceica, yo le andaba pie con pie puentre ey monte sin dejarme vey, y mire, don Miguey, esi hombre no se atrebe nián a presentáisele a Santica; ella lu a depreciao poy bagamundo, ante de uté enamoraila, y ella jata acabó con ey.

—Pero bien, Juan, entonces, ¿cómo se explica que las malas lenguas dicen que ellos tienen amores?

—Esa son jabladuría de la mujere. Yo no pude be-riguay eso ahora, pero ya con eta lú póngase en acecho que uté ma jo meno cae en la cuenta... pero no se fíe de la mujere, que la ma jamiga suya le peju-dica. Abra bien el ojo que la que ma jamiga d'ella se le jace pue sey su ma mala enemiga. Bea uté a bey cuay e la que quisiera casaise con uté o que uté haiga depreciao, y si hay alguna, apueto lo cuaito, que esa é.

Miguel bajó la vista visiblemente impresionado. El moreno lo dejó pensar un rato. Y luego volvió a emprender su interminable, aunque muy importante conversación. Prosiguió:

—Don Miguey, ¿uté no habrá depreciao alguna muchacha poy Santica?

—;Cómo no! Muchas son las que quisieran ser pre-feridas porque me creen rico; yo no soy sino aco-modado, porque trabajo como un burro...

—Pué saque la cuenta—interrumpió el malicioso campesino—; entre esa etá. Búquela con depasio y

si se lleva e mí, uté la jalla. Pero tengo que jablaile otra cosa muy imoportante.

Tosió un poco, le invitó a cambiar de sitio por si acaso alguno los estuviera oyendo, y le dijo:

—Yo me voy mañana si Dió quiere pa mi casa, porque jago allí mucha feita pa cuiday mi janimalito; antonse no me tengo qu'econdey pa jablay con uté; bámono por ey camino riay que asina tamo ma secreto. Y acuche lo que le bua decí: Ey bagamundo Juan André y la tay l'elita que vive con Santica, son grande jamigo, tanto que aiguno dicen que jata tienen amore, poique se criben.

—¿Se escriben?—dijo intrigado el joven.

—¡Ah, sí; júrelo! Ey memo muchacho que trae la caita me lo a dicho a mí. ¡Yo soy hombre que no me dejo engañay!

Miguel, no sabemos si por celos o por qué, se quedó muy pensativo ante esa revelación.

El negro continuó:

—De allá memo de Navarrete le escribió ella con un epreso que bino antiey poy la taidesita de La Mata. A esa mema hora salió ey bagamundo pa ey pueblo y no a vueyto máh. Ello se jicién grande jamigo o s'enamoran en una fieta a case Franciçco Rúrigue en Lo Montone Abajo, jase como do mese. To ey mundo lo bió que andaban junto toa la noche como muy peisona o enamorao tay ve. Apunte eso, que le combiene sabey to lo paso de lo jamigo y lo jenemigo de Santica.

—Está bien—dijo muy intrigado Miguel, y tal vez un tanto indignado—. Me has hecho, Juan, un servicio que nunca te pagaré. Ahí tienes quince pesos para tus hijos, y te agradezco tus averiguaciones que me dan otra vez la vida. Dime adiós, que tal vez no nos veremos después. No dejes de ir a Navarrete, a mi casa; recuerda que no te llamas Juan, sino José Antonio Rubio. ¿verdad?



—Asina memo, pa seibile a uté—replicó el interminable conversador, que pretendió volver a entrar en materia diciendo: —Y ey biejo don Luí si lo quiere a uté de a veidá...

Miguel le interrumpió dándole la mano, y se fué, pues ya sentía la necesidad de estar solo para meditar sobre las importantes averiguaciones que había hecho.

Se fué hacia su cuarto hondamente conmovido. Encontrados sentimientos dominaban su impresionable corazón; Santica, víctima de una cruel urdimbre, resaltaba más pura y más adorable ahora, que en cierto modo llevaba también la aureola del martirio. Recordó las palabras de su viejo padre: «No me extrañaría que Felita sea la autora de una gran diatriba contra tu novia.» Meditó largamente sobre este punto y viólo al fin bien claro con la importantísima revelación que Juan acababa de hacerle: Felita y Juan Andrés eran compinches, pájaros de una misma camada... Se escribían... ¿Y qué se escribían? ¿Amores, o guerra a Santica?

He ahí lo que debía poner en claro.

Mientras tanto, salía la luna entre un farrago de obscuras nubes. El cielo, en parte límpido, en parte nebuloso, abría sus espacios infinitos a la princesa de la noche.

Brillante y opalina dominaba sobre el mundo, con su séquito de estrellas.

Y la floresta, clara como el día, le revelaba sus más mínimos secretos, aumentados por un silencio sagrado.

El susurro del arroyo era la única voz que resonaba; voz deliciosa, musical, serena.

Miguel contemplaba la preciosa noche, abriendo su corazón a las dulzuras del arrepentimiento.

Oye a un caminante que cantaba :

«Si encuentra una mujey buena
que te quiera de a veidá,
¿poi qué te queja de pena
teniendo felicidad?»

Era Juan que se iba contento para sus lares y dedicaba al pasar esa copla a su amiguito.

Luego repitió : «¿Poi qué te queja de pena, teniendo felicidad?»

—Es verdad—pensó Miguel ; cogió el lápiz y escribió :

«Mi amada Santica :

»No me atrevo a presentarme ante ustedes después de la locura que hice. Perdóname, Santica mía ; tenía razón Antona ; yo estaba demente. Si me perdonas iré mañana a verte. Ahora está allí don Luis y comprendería lo que ha pasado. Te quiere.

»Miguel.»

Mandó el papelito bajo sobre, y Santica al leerlo fuése alegre donde su mamá, se lo enseñó ; ambas se miraron satisfechas mientras don Luis refunfuñaba :

—Adiós, y ¿por qué no viene ese muchacho ? ¿Qué le ha pasado ?

—Sí, papá—replicó vivamente Santica— ; ya él estuvo aquí antes de desmontarse, y vendrá muy tempranito a tomar café. Parece que tiene catarro y le teme al sereno.

Como el muchacho portador aguardaba, le contestó :

—Dile que sí, que está dispensado, y que al amanecer le espero a tomar café y que no venga tan tarde como el otro día.



CAPITULO XIII

Sombras, luz

Las impresiones que Santica, en tanto, había sufrido, fueron terribles.

Cuando Miguel a su llegada pronunció su amenaza última, y arrendó el caballo, ella hubiera caído desplomada por la insultante imprecación, si Antona no estuviese a su lado para sostenerla. Miguel no se dió cuenta, pues se marchó sin verlas, ciego de celos y de rabia.

Ella, la pobre, como la alondra herida que se arrastra, gimió sus tristezas inauditas.

Primero la fulminante transición de la alegría de ver a su novio, convertida en el rayo de un desprecio vengador; la vergüenza de verse despreciada; la inocencia de su blanca virtud ultrajada sin saber por qué.

Y después, sobre todas las cosas, el amor que le tenía a su novio, a su Miguel idolatrado, que aun después del insulto brillaba en el fondo de su corazón.

Anonadada por el dolor, acostada en la cama de Antona, anegada en lágrimas, suelto el negro pelo.

curvada la boca por el rictus de la pena, repetía, en la aguda desesperación que la agobiaba :

—¡Virgen de las Mercedes, ten piedad... ten piedad de mi desgracia ! ¿Que Miguel ya no me quiere ? No, no es posible. ¡Virgen de los Afligidos, devuélveme mi amor !...

Y Antona, la madre deliciosa que en los momentos de dolor guardaba una nota de consuelo para la hija a quien más adoraba, ocultando también alguna lágrima, decía :

—No llores, hija mía : tú conoces su carácter un poco exagerado ; eso no puede ser así. Hay alguna equivocación en eso. No te apures, que yo todo lo arreglaré ; deja que hable conmigo y tú verás cómo se disipa el malentendido.

Diciendo así, acariciaba a su hija, la besaba en la frente y la consolaba, con ese bálsamo divino que sólo las madres tienen.

La niña, en efecto, creyendo en sus palabras reaccionaba. Mirando a su madre fijamente le dijo :

—Pero, ¿tú crees, mamá, que él volverá ?

—Me parece que sí. Sé que tú eres inocente de sus acusaciones ; tú no eres capaz de faltar ; una calumnia ha de ser o un malentendido : por eso yo tengo la seguridad de que al ponerlo todo en claro, ha de prevalecer la verdad...

—Sí, mamá—replicó un punto— ; pero después de la cuestión de mi cariño, queda mi dignidad ofendida...

—Ya lo había pensado—contestó reflexionando— ; pero en esas cuestiones hay que tener mucho tacto ; debes combinar bien las dos cosas para que te resulte un arreglo posible.

—Ya te comprendo—añadió Sántica— ; debo hácersele sentir ; pero en el fondo perdonarlo.

—¡Ciertamente !, porque la mujer debe ser muy tolerante con su futuro o su marido, si quiere tener

éxito en ese asunto tan difícil que es en realidad el tacto de la intimidad matrimonial.

Y cuando parecía más consolada, después de algún tiempo de volver a pensar, rompió otra vez a llorar la pobre niña, convencida de que su madre la engañaba para consolarla.

Recordaba la expresión furiosa del rostro de Miguel cuando le dijo: «¿Crees que me has engañado: no quiero verte, aguarda mi venganza!»

Y el miedo que le inspiraba su feroz expresión volvió a crispar sus nervios y a romper el divino manantial de sus lágrimas.

Y entonces Antona volvió donde ella, la acarició otra vez, y con el decisivo hálaamo de su amorosa palabra volvió a contener la pena inagotable.

En eso llegó don Luis. Y Antona, aprovechando el argumento, la dijo:

—¡Que no sepa nada tu papá! Santica, péinate y sal a la sala; tú verás que todo se arreglará.

Poco después vino el tío José, y derramó una cornucopia de esperanza en el herido corazón de la virgencita.

Luego, el papelito de Miguel.

Y mientras Antona desgranaba su rosario, pidiéndole a la Virgen la felicidad de su hija, murmuró al oído de Santica:

—Mi hijita, todo está arreglado. Duerme tranquila. Mañana temprano, la reconciliación...

La niña sonrió por primera vez en muchas horas.

Al día siguiente, obacuro todavía, mientras Santica encendía otra vez el fogón para el café, le preguntó a su madre:

—Antona, ¿cómo debo decirle? Quiero que me sienta, que no me vuelva a desconsiderar. Los hombres son muy tiernos cuando se ven queridos, y yo

no quiero volver a sufrir con él: ¿qué le digo, Antona? ¡Dime, tú que sabes decir las cosas tan bien!

—Adiós, niña; pero tú eres la que tienes tus amores y sabes cómo debes hablarle. El es quien debe hablar primero dándote las satisfacciones que corresponden a la ofensa. Después, piensa bien antes de contestarle, porque ni debes entregarte a la primera palabra que te diga, ni debes presentarte como una mujer sin tacto ni tolerancia.

Pensó un momento, y añadió:

—En estos casos es bueno pensar primero la respuesta antes de darla. Con esa regla no te equivocas.

—Es verdad, ya me lo has dicho otras veces, y me ha dado buen resultado.

Poco después amanecía. El día se presentaba espléndido; los picos de las montañas vecinas reflejaban la suave claridad del sol, destacando el verde azul de sus flancos de un fondo de rosado cielo.

Hacía frío. Las guineas cimarronas al unísono entonaban su acompasado chirrido. Los pericos de manacía musitaban su cromática risa en los más altos picos y en las palmas, cabe el arroyo se escuchaba la algazara de las ciguas que piaban. A lo lejos cantaban a compás los hacheros que temprano comenzaban el trabajo.

El cielo estaba alegre.

Parecía ataviarse de sus mejores prendas para la reconciliación. Se abrió la puerta de campo. Un peón, avisado por el ladrido de un perro, le dió entrada a Miguel.

Este, avergonzado, pálido, con un paso irregular, y vaga la mirada, se acercó a Santica, y medio tartamudo le dijo:

—Tus enemigos me engañaron... Me hicieron creer que tú tenías amores con otro; me presentaron una carta falsa como prueba... y qué sé yo...

Santica, espantada de esa noticia, preguntó con exaltación :

—¿Pero quién ha inventado esa calumnia? ¿Cómo pudiste creer esa infamia?

—No puedo ni explicártelo. Son muchos los que quisieran que yo no me case. La envidia me armó una trampa tan bien disimulada que no podía yo librarme de ella. ¡Dios quiera que a ti no te vengan ahora a hablar mal de mí!

Iba a contestar Santica; vió la mirada expresiva de su madre y calló.

Creyendo haber hablado demasiado se encerró en cierto mutismo, frunció el ceño y se volvió severa. Y con pausa y firmeza dijo :

—¡No debió usted ofenderme, caballero!

—Santica, por Dios—contestó humillado—; perdóname, mi bien, sabes que te adoro, que fui el blanco de un engaño, que fueron muchos los que contra ti me hablaron.

No pudo reprimirse, y contestó airada :

—¿Contra mí, y por qué? A nadie tengo de enemigo.

—¡Ay, Santica, ojalá! De nosotros es enemigo todo el mundo. Papá sí me advirtió que tú eras buena y que la intriga... Pero hablaremos de eso con detalles después que me perdones. Di, ¿me perdonas, Santica? No me tortures, dime que sí.

—Según y cómo.

—Yo haré lo que tú quieras. Estoy avergonzado de mis groseras palabras. ¡Ay, Santica, por Dios, tenme lástima; yo estaba fuera de juicio, no sé lo que decía!

Santica miró a su madre, y dijo con el alma solemnemente :

—Está bien, puesto que te quiero, te perdono; pero con la condición de que no vuelvas más nunca a dudar de mí.

—Te lo juro; ¡nunca más!

—Y cuando dudes, dímelo a mí primero que a nadie, para que yo te presente las pruebas de mi inocencia.

—¡Está entendido! Pero no te lo diré tampoco, porque bien sé que eres un ángel, que tu virtud es un modelo y que orgulloso debo estar de que me quieras, porque como tú, ninguna.

Dijo, tomándole la mano y apretándola cariñosamente contra su pecho, radiante de entusiasmo. Mientras Antona iba a buscar el café, estampó un beso ardoroso en la mano delicada.

Antona sirvió un café delicioso, como solamente lo produce aquella región privilegiada.

Miguel se deleitó con el néctar perfumado, y dijo feliz:

—No hay café como el de la tierra fría.

—Me alegro bastante—ripostó Antona, que hasta ese momento no había hablado—, pero tenemos que hablar. ¿no es verdad? Quedamos citados anoche para entendernos...

—No, Antona, ya no es preciso; estamos arreglados.

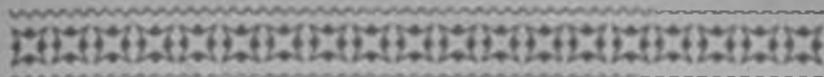
—Nada tengo que ver con eso; ignoraba que ustedes hubieran terminado los amores. Creo que no.

—¡Ah, no! No llegamos hasta ahí. Un momento de rabia, sin razón; pero no hubo nada de eso.

—Hablen ustedes—dijo Antona—, que cuando yo me desocupe vamos a pelear tú y yo por una cosa.

—No crea eso, yo no peleo con mi vieja...

fúése la vieja haciendo señales de afirmación.



CAPITULO XIV

Cartas boca arriba

Cuando Antona consideró que ya los novios habían tomado el largo en el mar de las reconciliaciones, cuando los vió otra vez dichosos y risueños, y a Miguel en cierto modo más que nunca afectuoso y entonado, entonces, desde la cocina, lo llamó :

—Vamos por el ingenio a enseñarte una cosa ; pero tú y yo solos.

—Sí, Antona, vamos ; pero por Dios no me vaya a pelear, que ya eso pasó y yo me excusé y dije que había sido engañado.

Antona tomó la delantera ; atravesaron una pequeña tranquera y llegaron al ingenio de los bueyes, en donde se hacía melado algunas veces para convertirlo en azúcar.

—Siéntate aquí—díjole Antona, indicándole una gran canoa de echar guarapo— ; quiero que me cuentes bien con sus detalles toda esa diatriba de chismes contra Santica, porque preveo que hay ahí muchas cosas secretas que debemos saber, y hay que averiguar quiénes son esos enemigos de mi hija, a quien yo debo conocer—dijo con marcada intención.

Miguel no quería delatar a Felita; en el fondo de su alma quedaba algo de la última impresión sugestiva con que ella había violado el débil corazón del joven.

Por otro concepto, él no podía tampoco delatar a sus hermanas.

Trató de evadir explicaciones, quedó turbado, y volvió a repetir lo primero:

—¡No, Antona, dejemos eso; no se hable más del asunto!

—¿Que no? Ahora es cuando más, porque comprendo que se trata de personas que tienen influencia sobre ti. Yo no quiero que vuelva a suceder lo que ha pasado. Tú, porque no sabes que mi hija estuvo a punto de ahogarse de pena anoche; daba lástima ver su desesperación... Yo no quiero, Miguel, que eso vuelva a pasar... Y si no ponemos en claro esta calumnia, ¿quién me responde de que no volverán con más tesón nuestros enemigos al ataque?

—¡Yo respondo!—dijo con decisión el joven.

—¿Tú?—replicó con cierta sorna—. ¿Tú? Si tú eres un niño, Miguel; tú eres un gran corazón, pero no tienes experiencia para nada.

—Sí; pero yo he jurado no creer ninguna calumnia contra Santica.

—Eso depende de quién es el que la lanza—replicó recalcando las palabras.

Y pensando otra vez, empuñó a Miguel por el brazo, y sacudiéndolo recio le dijo resueltamente:

—Tú me dices ahora mismo quién fué que te dijo que Santica tenía amores con otro. ¡Qué canallas!

Miguel, balbuciendo, contestó:

—Fué la vieja siña Dolores; pero usted comprenderá que ella es incapaz de inventar tales calumnias; es una mujer muy religiosa.

—Cállate, muchacho, no seas tan zángano, ¿qué sabes tú lo que dices? Siña Dolores es una vieja hi-

pócrita, capaz de incendiar un pueblo y después sentarse a verlo arder.

—¿Siña Dolores?—replicó con extrañeza.

—¡Sí, esa! Yo la conozco desde chiquita como una lengua peligrosa, capaz, por dinero, de cualquiera maldad.

Reflexionó un poco, y continuó:

—Aunque está claro que ella no tiene interés en ese asunto, sino que ha sido mandada por otro. ¿Quién crees tú que haya sido ese otro?

—Juan Andrés.

—Espantada de horror la buena Antona, al oír ese nombre execrable, abrió los ojos y sintió entrecortada la respiración. Repitió exaltada:

—¿Juan Andrés, el hijo de Alejandrina? ¡Qué miserable! ¡Ese... bandolero!

—Sí, ese mismo sospecho yo que sería, porque era de su puño y letra la carta comprometedora, dizque dirigida a Santica, que me presentaron como prueba de que ella tenía amores con él.

La pobre vieja aumentó su sorpresa, quedando estupefacta con aquellas declaraciones.

Y repetía indignada, casi iracunda:

—¿Juan Andrés? ¡Ese bandido! Si ese es un ladrón de oficio, un asesino, un malhechor. Aquí a Rincón de Piedra no tiene derecho de venir: todo el mundo lo odia por arrastrado. Pero explícame bien eso, ¿qué decía la carta?

Miguel le refirió a Antona todo lo que pudo de la tremenda diatriba, pero callando lo que no quería decir para no comprometer a Felita ni a sus hermanas.

Le dijo, sin embargo, que la tía de Felita era una de las más terribles contrarias de su matrimonio con Santica...

Más tarde comprendió Miguel que había dicho demasiado.

—¡Anjá!—exclamó la inteligente vieja—; conqué también la tía de Felita... después que no supo ni siquiera defender el honor de su sobrina y me la vino a traer huyéndole al descrédito...

Antona calló comprendiendo que la indignación la había llevado al tris de desatarle la lengua.

Hubo una escena muda muy significativa.

Miguel supo sin preguntarle el secreto de la deshonra de Felita, mientras la religiosa vieja, arrepentida de su falta de dominio, guardaba silencio.

Ella, por fin, con solemnidad, le dijo a su futuro yerno:

—Miguel, he faltado a la caridad con esa infeliz; júrame que a nadie, principalmente a mi hija, has de revelar ese secreto.

—Sí, mamá, cuente con mi palabra—dijo abrazándola.

Con el misterioso final de esta escena contrastaba la algazara de la casa, con motivo de las dos primas de Santica, dos jovencitas campesinas rancias, pero bonitísimas, rosadas como holandesitas y rubias como el oro, que hablaban a un tiempo en su dialecto silvestre y pintoresco.

Decíale una a Santica:

—Te venimo a envitae pae paseo de la coete, que se no ajogó la otra vé y te vine a avisae paque no peidamo tiempo; vamo con tu enamoraio a vee cosa bonita; utede van siempre hoy ae paseo que no convidán el otro día, lo queramo sabée pa dejao otro viaje que se no propoeciona pa dí a Lo Limone; pero nosotra no queramo dí tan lejo y con tan mae camino, tanto sube y baja, y ahora una jaeda que a rato hay que apiaese de la betia. ¡San Antonio!...

Santica se mostró alegre y le dijo a su amado:

—Justamente hoy es sábado y están trabajando. Es buen día para que veas eso que tanto te interesa. ¿Quieres que vamos? ¿eh, Miguel?



—¡Ya lo creo!, mi vida, contigo voy yo hasta el fin del mundo.

—Bueno, pues, déjame ver lo que me dice Antona, porque papá no está en el bohío.

A poco volvió alegre, diciendo:

—¡Todo está arreglado! Nos vamos ahorita para que no nos coja el sol.

Y dirigiéndose a las dos niñas color de rosa, les dijo:

—Ahora ustedes váyanse y manden a buscar sus monturas...

—Pa qué, ya tamo lita—dijo la más joven—; si noj díbamo pa Lo Limone, casi tábamo montá cuando mainaíta se acodó que teníamos contigo ese compromiso dende la semana pasá.

—Bueno, bueno, mejor—dijo Santica—. Ahorita nos vamos. ¡Gozaremos mucho!

CAPITULO XV

La jira

Un cuarto de hora después iba descendiendo la cuesta de Bajamillo una alegre caravana.

Las dos chiquillas color de rosa, escoltadas por dos primos que eran hermanos de Santica, ésta y su novio componían la jira; también iba el tío José a llevarles unas cartas y unas razones a sus hijos, en el corte.

Subieron la elevada cuesta de sendero estrecho, la empinada loma de «Los Flaires»; desde allí se veía todo el vallecito del Bajamillo; casi todas las viviendas resaltaban de entre los montes y las haldas como si fueran las casitas que se estilan en los «nacimientos» de Nochebuena.

Las vacas se veían del tamaño de chivitos, bordeando las quebradas o pasciendo en las dehesas a la sombra de las manchas de guayabo; por aquel lado se advertían las caes complicadas del arroyo, cuya linfa brillaba como metal bruñido a la lumbre de un sol magnífico.

Las cercas, los collados, los pequeños cafetales y espesos platanares; las sabanas y las veredas se veían en sus detalles, y en veces, desde la altura, podían conocerse las gentes que en sus faenas circulaban por el alegre campo.

Llegaron los excursionistas a una altiplanicie. Principiaba la región inhabitada. El silencio de las selvas las llena de misterio.

¡Tan primorosa belleza, tan dulce clima, y tanta soledad!

De donde se deduce que el Eterno hizo tan bellas obras para su propio recreo; no precisamente para el hombre.

Las montañas lejanas hacia el sur aparecían como una muralla china de lapislázuli flanqueada de picos numerosos. Allá, muy lejos, la Diferencia, el Gallo, la Loma del Café, el Peñón, un mundo, en fin, de picos anónimos, muy altos.

Acá, muy cerca al parecer, dominando como un gigante impenetrable, el pico del Yaque, la Pelada o la Rucilla, como la llaman los monteros, con su redonda cúspide roqueña, roja y sin verdura, y por todas partes millones de pinos de altísimos penachos.

La brisa fresca, aromática, sonora, vibra entre las frondas la nota más deliciosa.

Llegaron de improviso los jinetes a un puente rústico. El del arroyo Guázuma, que se escapa entre las grandes piedras.

Sobre el puente cruza una carreta de pesadas ruedas tiradas por varias yuntas. Los monteros han logrado hacer «el carril», una especie de carretera corta y de espiral en aquella región completamente montañosa.

Jadeantes, los Lueyes tiran lentamente, bajando el testuz hacia la tierra, y poco a poco va pasando sobre el puente la pesada carga: un tronco de pino muy largo y muy robusto está colgado de las ruedas con cadenas.

Los excursionistas han parado para contemplar ese aspecto inesperado del trabajo.

—¿Adónde va la carreta?—preguntó curioso Miguel.

—Al Derrumbadero—contestó uno de los boyeros.

—Muchacho, ¿tú no ha oído hablae dee Derrumbadero?—añadió el tío José—. Eso e lo ma impo-
tante que hay pu aquí. Ahorita vamo pa allá. ¡A
que te guta!

Descendieron los jóvenes una pendiente suave, mientras el viejo se internaba entre los montes buscando a sus dos hijos entre los numerosos «picadores».

Llegaron a un rancho largo de palos parados en donde había dos o tres mujeres cocinando.

Aquél era un sitio común para todos los cortadores del lugar.

El único albergue que existe en esos recónditos parajes.

Las mujeres, muy contentas de las visitas, se multiplicaban en complacencias para atenderlas. Colgaron las riendas de los caballos en los guayabos vecinos; les brindaron a las visitas agua helada sin necesidad de hielo y contenida en envases de hígüero. Los excursionistas, después de charlar un poco con el alegre entusiasmo de la juventud, se dividieron en dos grupos: las muchachas se fueron lejos a bañarse en el arroyo y los hombres también por otro lado. Era uno de los placeres mayores del paseo.

Al regresar, había un centenar de hombres que acudió a la penetrante llamada de un «jututo», especie de bocina indígena, hecha con un gran caracol marino. Es el silbato usual en los campos para dar aviso: se oye a varios kilómetros a la redonda.

El «jututo» da un sonido lastimero, como un quejido de paloma. Al oirlo se evoca sin querer el recuerdo de nuestra raza india, que lo usaba como señal guerrera, repitiéndose su bélica llamada de uno a otro confín hasta muy lejos.

Los grupos eran servidos de los fondos directamente en hígüeras rústicas; a cada uno se le entre-

gaba una cuchara que no era seguramente de plata, acaso de hierro malo y oxidado.

Pero el apetito era envidiable. Algunos devoraban sus raciones para repetir los ataques al enorme san-cocho.

Como había muy pocos platos, se les sirvió a las niñas en una enorme paila, en otra a los varones. ¡Gran hilaridad de todo el mundo!

La alegría de vivir brillaba en todos los ojos, mas en ninguno como en el de los novios, que unían al encanto de esas escenas pintorescas el placer secreto y apacible de la reconciliación.

¡Oh paz bendita, tus claridades son el supremo bien de los hombres! Infeliz el que así no lo comprenda: ¡su vida está dedicada a la muerte y al dolor!

Después de la comida típica y del café servido en jarros y en cocos, todo el mundo volvió al trabajo.

Se oyó otra vez el fragor de los troncos que caían, precedido del crujir de ramas y de arbustos que arrastraban al caer.

tán El canto acompasado de los picadores y el tan sonoro de las hachas, retumbaban en los montes.

La hora del zenit estaba fresca: allí reina una eterna primavera.

Los excursionistas volvieron a montar; contemplaron otra vez el arrastre de los troncos por los bueyes, y atravesando el puente emprendieron el camino en una pendiente suave y larga, por entre riscos bordados de aromáticas osúas. Así llegaron a una región ya desierta de pinares, que no dejaban los picadores renacer para conservar la extensa sabana en que yacían los millares de troncos ya cortados. A poco andar exclamó el guía, un hermano de Santica:

—¡Miguée, ya hemo llegao donde yo te ofrecí!

—¿Y qué hay aquí?—interpeló Miguel.

—Bueno, aquí está el polín.

—¿Qué es eso? ¿En dónde está?

—Míralo ahí. Ese jierro siive pa jondiac dende eta actura la pieza entre el río.

Se desmontaron los jóvenes, y Miguel observó que se encontraban en una elevada altiplanicie que por el sur bordaba el río Bao. Era un barranco enorme, semejante a un acantilado, cortado a pico y formado de pared de sesenta metros de alto, en cuyo canto rústico había un aparato formado de troncos de pino, sobre el cual descansaban los peones la punta de un tronco y luego lo iban empujando hacia el abismo, de tal modo que cuando el tronco perdía el equilibrio, se despeñaba del trampolín y un minuto después se oía caer con estrépito en un charco del río que desde esa altura no era posible ver.

—Es muy curioso, Miguel—dijo la novia—; bueno fuera que tú lo vieras funcionar: mi tío dirigirá la operación por el trampolín. ¡A trabajar, señores!

Los hombres que trabajaban allí como estibadores pusieron manos expertas a la obra, y haciendo rodar sobre un carretón un tronco enorme, presto lo situaron sobre el trampolín y lo precipitaron por el despeñadero.

Una vez en el charco, las enormes piezas se van a fondo, y empujadas por el oleaje cogen el derrotero del río, dirigidas por los palanqueros, que son unos diestrísimos anfibios armados con palos para empujar los troncos.

Pero éstos se empotran con frecuencia entre las piedras enormes de la corriente, se atraviesan, se patan y a veces se reúnen varias piezas, forman una balsa o un varaje. Entonces intervienen los palanqueros, mitad peces y forzudos hércules, y atacan el

peligro, libran los troncos del obstáculo, hasta que siguen flotando por más de veinte leguas.

Un «remolque» de estas piezas lo forman dos o tres mil troncos. Es pintoresco verlo funcionar. En el Yaque también llega un momento, al salir de la embocadura del Bao, en que el caudaloso río se cierra casi.

En La Angostura o La Furnia, lugar en que dos piedras del tamaño de un cerro varan el río, acaso un trozo de montaña entero caído durante un terremoto. La labor de la naturaleza, ayudada de numerosas explosiones de dinamita y de minas subacuáticas hechas por buzos, ha logrado abrir un canal de un metro, por donde pasan con trabajo una a una las piezas de madera.

Ese pequeño canal fue hecho por el Ayuntamiento de Santiago de 1885. Comenzaba entonces su labor Chanito Valverde, ese gigante espíritu que se distinguió tanto en la industria como en las armas y en el noble arresto nacionalista, heredaba el patriotismo por su estirpe de héroes de ambas independencias; sucumbió luego a destiempo, en la plenitud de la vida, arrebatado por uno de los turbiones de nuestras tempestades militares.

¡Lástima grande que el cobarde acero de un traidor segara una existencia tan valiosa!

... ..
 Los jóvenes excursionistas siguieron su paseo, descendiendo hacia el río Bao, poco más abajo del «Derumbadero», donde admiraron uno de los más importantes espectáculos que esas regiones ofrecen.

La gran catarata del Bao. Es un «saltadero» de cuarenta metros de alto, de donde se despeña el agua con una fuerza extraordinaria. Al caer, con un estruendo poderoso, la última oleada se pulveriza en una como niebla tenue.

¡Cómo se halla pequeño el hombre en presencia de esas obras maestras del Creador!

El color azul sombrío del agua hace comprender la enorme profundidad del cauce estrecho. Después sigue el río impasible, claro, límpido, precioso, por su sendero de piedras multicolores, haciendo curvas elegantes por entre lechos de arenas amarillas, corriendo por un cauce verdemar con encajes de espumas.

El río Bao es un derroche lujoso de paisajes pintorescos, en el cual no se sabe qué detalle admirar más. Su belleza mantiene al artista en un encanto seductor; de tal manera, que al ver tantas maravillas se llega a la conclusión de que si el Bao no es el río más poético del mundo no puede existir en ningún rincón de la tierra otro río que en belleza lo supere.

Las frondas de pomarrosas, las palmas de toda clase, las manacas de altos penachos, las ceibas de colosales copas y los pinos de enorme talla escoltan la corriente bajo la luz triunfal.

Ora son murallas gigantescas tiradas a cordel, hechas de un concreto milenario, ya son llanuras breves, siempre verdes, en donde gustan de pacer las reses; sitios preciosos, recodos solitarios en donde las colinas juegan bañando sus bases en el frescor del agua.

Y luego, si se sigue más abajo, hay un varaje de piedras amarillas grandes, redondas, altivas e imponentes, que obligan a las linfas a escurrirse entre los huecos, desapareciendo como por encantamiento.

Y cincuenta metros más abajo vuelve el río a correr ancho y ruidoso sobre su lecho de arenas grises, ricas del oro codiciado, rodeado de florestas bien olientes y palpitantes de fecunda vida.

Después de admirar la catarata, los jóvenes de la jira volvieron sobre sus pasos.

—Vamos a ver la fuente de Agua Caliente—dijo Miguel.

—¡Iremo!—dijo un hermano de Santica—; pero



te advierto qu'i hay muy poco que ver. Un chorrillo d'agua que sale de la peña. E' veedá que ta aego ma que tibia.

»Cuando jace frío, coometa mañana, jumea l'agua batante. Lo enfermo vienen a bañarse aquí, poeque l'agua e caliente y tiene mucho azufre que sirve pa remedio.

—¿Y dicen que hay otra fuente del otro lado del río?—dijo Miguel.

—¡Ah, sí! yo la vide--dijo una de las chiquillas de color de rosa—, pero tiene que pasase nadando, poeque ta jondo y queda un poquito lejo.

»Esa sí quée caliente. Nojotra tiramo una jaiba adentro dee manantiae, y a poco rato taba blanca y cociná. También tiene má agua que la dete lao.

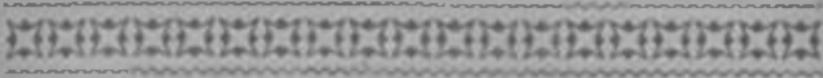
Hablando así llegaron a la fuente, cuyo mayor interés consiste en el raro aspecto de las rocas que flanquean el río.

Bajaron de las monturas, se delizaron descendiendo por entre las rajaduras de las peñas y llegaron al río, cuyas aguas se precipitan en un breve despeñadero a través de un túnel caprichoso, rodeado de árboles de guama, sobre los cuales dominan hasta lo lejos, con sus flores rojas, las colosales amapolas.

Al declinar la tarde fué el regreso: cuando se preparaba la cena, Santica y Miguel silenciosos contemplaban el crepúsculo.

Al dormirse el sol recibió el saludo de los cielos. Vibró el incendio entre las nubes. El azul de la comba se tornó en parte violáceo y en parte verde tenue. Todos los tonos del rojo y el amarillo esfumaban el cielo en occidente.

Las fraguas del firmamento lanzaban una brasa viva sobre el sol, en tanto que la noche arrojaba lentamente de su velo tenue y fresco, las frondas, los picos y los pueblos.



CAPÍTULO XVI

Felicidad y arrepentimiento

La cena fué alegre: los novios refirieron sus impresiones a Antona y a don Luis; éste gozaba al ver las satisfacciones de su hija predilecta.

Antona fingía estar contenta; mas en el fondo de su alma una espina de sospecha le dolía. ¿Por qué Miguel se obstinaba en callar los nombres de los enemigos de Santica? Probablemente, eran de su propia familia, y éstos ejercían sobre él una influencia casi decisiva.

Por eso ella había advertido ese peligro a su hija aconsejándola instar a su novio a precipitar el matrimonio.

—Don Luis—dijo Miguel—; no olvidaré nunca este paseo. A esas muchachitas tan bonitas que vinieron a invitarnos les regalé a cada una una novilla en prueba de gratitud. He visto un país tan bello que no creo haya en el mundo otro rincón de la tierra tan hermoso.

«La cascada me obligó a callar. Me sentí un momento transportado a otro mundo, y oí sin palabras

recogiendo mi alma en silencio religioso ante la grandeza del Dios que hace tales maravillas.

«Allí me hubiera quedado absorto, flotando mi espíritu en otras esferas, si Santica no me llama otra vez aquí a la tierra.

—¡Ah, sí, papá!—dijo Santica, llena de entusiasmo—; nunca me habían parecido los cortes tan bonitos; el saltadero me pareció brillante como un espejo de plata reflejando la gloria de los cielos, y el «polín» me inspiró un miedo sagrado, un vértigo de la grandeza del hombre que subyuga la naturaleza con su saber profundo...

«De todo lo que he visto hoy guardo un recuerdo de ventura indescriptible.

—¡Ya me explico!—replicó Antona para disimular su amargura—. Cuando tu papá y yo teníamos amores, así me parecía también el mundo. ¡Tan lindo, tan precioso! Pero es porque cuando estamos tristes todo se ve de color de sombras, mientras que cuando es la felicidad que nos domina, el monte y las sabanas nos parecen como un sueño de hadas.

—Pero no puedes negar—interrumpió Santica—, que todo ese país es de una belleza prodigiosa. Tú misma lo dices cada día.

—¡Ah, sí!, indudablemente—replicó Antona—; ni el saltadero de Inoa, ni el Arroyo Hondo en Los Montones, ni los de San Francisco y el Purgatorio, allá en Santiago, ni ninguno que yo sepa, sino los de Higuamo y Jimenoa, pueden compararse en altura y grandeza a esa nevada y grandiosa caída del río Bao.

—Mis hermanos me han hablado mucho del saltadero del río Jicomé, que dicen ellos tiene como sesenta varas de alto, y del río Maguaca, por Escalante.

—¿Y no te acuerdas, cuando fuimos a Dajabón, de la imponente cascada del Masacre en Loma de Cabrera?

Santica asintió con un gesto, observando que su amado guardaba silencio, un silencio que tenía algo de solemne. Ella le admiró interrogándole, y Miguel, en señal de inteligencia, le tocó el pie con el suyo por debajo de la mesa. Tomando una actitud de cierta gravedad, dijo el joven hatero:

—Don Luis, tengo que «rechar» un discurso; búseme un vinito de ese que usted tiene siempre guardado junto a las onzas amarillas...

—Eso no—dijo protestando el viejo—. Las onzas que yo tengo son mi trabajo, que aun después de viejo, me voy por las mañanas al conuco, aunque parezca que no hay nada que hacer. Lo que sí tengo es vino, y viejo, porque ya aquí tiene como cuatro años de guardado. Lo tengo para cuando viene el padre Santelises por acá o el cura de Las Matas.

Fué a buscar la botella a la alhacena mientras añadía:

—Tú sabes que Santelises es sobrino de aquel sabio y patriota el Padre Espinosa; era por sus grandes luces honra del Clero, y por su activa participación en la Independencia tiene un puesto elevado en los recuerdos de la Historia.

En eso destapó el caldo viejo de dulce moscatel, se sirvió en pequeños vasos, y Miguel dijo:

—Le he prometido a Santica casarme dentro de nueve semanas. Por este brindis le pido a don Luis y a mi vieja Antona el permiso para adelantar el matrimonio. Tiene la palabra don Luis.

A don Luis le cogió de susto la noticia; no la esperaba tan pronto. A Antona también, aunque esa precipitación era la obra de su habilidad. Ella sonrió de satisfacción, asintiendo entusiasmada por el rápido matrimonio.

A don Luis no le hacía tanta gracia; pero no pudiendo oponerse, y sin necesidad de pensarlo, replicó:

—Ya tú la pediste y te la di. Yo sentiré mucho que se me vaya mi prenda, porque ese es el encanto de esta santa casa. Cuando se vaya se quedará ésta como jaula de pajarito vacía... Pero, ¿qué vamos a hacer! Ella es tu prometida; cástate cuando tú quieras, ahora mismo si te parece. Esa es su felicidad, esa es la mía.

Una exclamación general de alegría vibró en todos los pechos. Se escanció el vino y otra vez brilló en los ojos de Sántica el ardor febril de sus deseos de virgen.

Una mirada intensa de sus bellos ojos le expresó a su novio el ardiente amor que la poseía, una de esas miradas vehementes que no lograría jamás sino esbozar el verso más vibrante de un poeta.

Miguel le tomó la mano, y le dijo con el lenguaje de los ojos la adoración profunda de su alma.

Después de la cena se habló con animación de los preparativos que había que hacer para la boda: Sántica irá a Santiago con su madre y sus hermanos para hacerse un traje rico, como lo exigía su rango y su fortuna.

Y Miguel quería que el matrimonio fuese de rumbo, que hiciera época en los anales de Las Matas.

Serían unos desposorios a la moda campesina, en que una caballería enorme, a la carrera por los caminos, luciría los abigarrados trajes a todo el andar de los caballos. Se asarían lo menos doce marranos gordos, en candelas de oloroso guaconejo, con brochas de palo a lo largo, y se pondrían en las enramadas cuatro o cinco mesas muy grandes para los del campo.

—Después del matrimonio, en el pueblo—dijo Miguel—, la comitiva nos acompañará hasta Botoncillo. De ahí nos iremos con algunos de la familia hasta Jáxico, en donde tomaremos un carro para Navarrete. Más tarde quizás nos iremos a vivir a Santiago.

Y la fantasía corría por la escala de la felicidad en dulces devaneos. Sólo el amor conoce esas fuertes impresiones, esos opios mil veces más deliciosos que las visiones de los embriagados con «haschich».

.....
Pasó una hora larga, cuando Antona llamó a su futuro yerno, lo encerró en un cuarto del patio, previamente alumbrado, y le dijo con alegría misteriosa:

—Está resuelto el matrimonio para pronto, pero no queda resuelto, con eso, lo que me interesa, ¿sabes? Nada debes ocultarme de la intimidad de tu corazón, puesto que soy ya tu madre y debo quererte tanto como a mi Santica. Bien comprendo por tu indecisión que tus hermanas no quieren este matrimonio, que tu papá sí lo desea y que hay quienes hábilmente hostiguen la sencillez de tus hermanas contra mi hija...

Miguel, inmutado, bajó la frente y calló en señal de asentimiento. Su sensibilidad impresionable no pudo disimular la verdad.

—¿No lo puedes negar, verdad?—continuó la vieja.

—¡Es cierto!; pero mis hermanas no son enemigas de mi novia; a tanto no se atreven; además, papá, ustedes lo conocen, no es hombre que se dobla y las moraliza sobre ese punto. Ellas creen que yo me iré a vivir a Santiago y que con eso las abandonaré un poco. Pero yo no pienso separarme de ellas, lo cual, naturalmente, depende de que Santica lo determine así...

—Sí, eso se arreglará después; pero, sême franco, Miguel; yo tengo una sospecha, y tú me vas a decir la verdad. Es preciso que tú me digas toda la verdad, que no me ocultes de tu felicidad y de la de mi hija. Yo debo saberlo todo. ¿Quién es, hijo mío, que aconseja mal a tus hermanas?

Imada

Miguel volvió a inmutarse, bajó los ojos y como quien habla mentira balbuceó:

—No lo sé.

E irguióse Antona como herida, y frunciendo el ceño, replicó:

—¿Que no lo sabes? Es imposible, Miguel; se trata de tu felicidad; no me lo ocultes.

Miguel no contestó; Antona insitió:

—Es imposible que tú quieras a esa persona más que a tus hermanas, y tú me has dicho sobre ellas que se oponen. ¿Por qué me callas ese nombre? Yo no quiero que Santica sepa nada de esto, pero yo sí debo saber de qué lado vienen las flechas que nos tiran: ¡habla, Miguel, di la verdad!

El pobre joven no sabía cómo contestar. En ese momento sentía otra vez la magia de la mirada de Felita... ¡No se atrevía a delatarla!

Hubo un silencio largo, como el de un reposo reparador en el combate.

Antona, mujer experta y sagaz, más intrigada que antes, cambió de táctica.

Ella había fijado mucho su atención en que el joven no había hablado ni palabra sobre Felita, ni había dicho que ella estaba pasándose unos días con sus hermanas.

—¿Por qué ese silencio?

El silencio es a veces de una acusación abrumadora.

Antona se determinó a explorar, en su nueva táctica, los motivos de ese silencio, que por intuición creía ligado al misterio que estaba averiguando.

Después de un breve reposo, fingiendo indiferencia en la voz, preguntó:

—¿Y Felita? ¿Qué es de ella?

—Creo que está bien—contestó el joven algo turbado.

—Me dicen que ella está en casa de las Checo...

—¡ Ah, sí! —contestó con una turbación creciente, disimulando la mirada inquisitiva de la vieja.

—¿ Y tú no fuiste a Santiago con ella en un paseo?

—No, señora; yo no he ido a ningún paseo; tal vez las muchachas...

—¿ Qué muchachas?

—Las muchachas—contestó evasivamente.

Antona miró a fondo, en una exploradora mirada, el alma del joven, y mientras éste ya no podía ocultar su turbación, la vieja replicó recargando las sílabas:

—¡ Conque las Checo. eh!

El joven comprendió que estaba cogido en la mentira y guardó silencio, un tanto avergonzado.

Antona prosiguió:

—Pues a mí me dijeron que ella se fué a pasar quince días a tu casa. ¿ Por qué lo niegas? ¿ Por qué ni siquiera la has mentado aquí?

Y tomando un aire de severidad, continuó:

—¿ Qué significa todo ese misterio, Miguel? Hay que hablar claro; puesto que la tía de Felita es enemiga de la felicidad de Santica, no es difícil que también lo sea Felita...

Miguel palideció. No osaba mirar a Antona, temiendo que ella sorprendiera la impresión de su despedida de esa peligrosa mujer.

La mirada investigadora de Antona seguía profundizando el alma del joven como la de un juez que ha encontrado el hilo de un misterio.

Ella prosiguió:

—Tú no tienes motivo para conocer a Felita; yo sí la conozco y sé que es capaz de todas las infidencias por realizar sus ambiciones. Es ambiciosa y no quiere a nadie.

Llena de indignación prosiguió:

—Conozco su vida íntima y sé cuán malvada es su tía, mujer sin moral ni religión, que tan mal la ha

aconsejado siempre... Yo soy su tía y no me está permitido revelarte ciertas cosas... Pero Felita es una peligrosa mujer, muy capaz de arruinar la felicidad de mi hija, siempre que en ello encuentre ella la suya.

»| Felita! ¡ Ah, Felita!...--exclamó, moviendo la cabeza y dando a entender cuán mala era.

El joven, a cada palabra de éstas expresaba la alteración de su espíritu y confirmaba con su silencio las sospechas de Antona.

Después de un momento de pesadumbre, la vieja insistió vivamente, asiendo con ira el brazo de Miguel:

—¿Y qué busca esa mujer en tu casa? ¿Tú no sabes que hemos tenido algunos pleitos con ella porque se ha hecho amiga de Juan Andrés? ¡Mírenla qué inconsecuente!

»| Y si Juan Andrés es el autor de todas estas calumnias y de la carta falsa, no es muy difícil que Felita esté también en el lío! Ella es muy capaz...

El joven guardaba un silencio muy comprometedor; parecía un prevenido convicto y confeso.

Por fin, Antona, asumiendo un tono solemne, dijo:

—Puesto que no quieres hablar, Miguel, yo creo todo lo peor. Dentro de pocos días te vas a casar, y yo confío en los santos que esa perversa muchacha no logrará impedirlo.

Y mirándolo fijamente le preguntó:

—¿Lo impedirá, Miguel?

—Imposible, Antona; he dado dos veces mi palabra y la cumpliré, Dios mediante. Felita, es verdad lo que usted dice; ha tratado de desviarme de mi Santica; pero yo soy un hombre serio, y no sólo lo cumplo mis compromisos, sino que quiero a mi Santica hasta el punto que no podría vivir sin ella.

—Pues bien--replicó Antona--: es necesario que al llegar a tu casa la hagas salir de ella; que com-

prenda que debe perder la esperanza de lograr sus malvados planes. Te lo exijo terminantemente. ¡Le tengo miedo a esas dos mujeres producto del infierno!

—Por mi parte, trataré de convencer a mis hermanas de que lo hagan así. Será difícil, porque ellas están muy aferradas al cariño de Felita, a quien no han podido calar; pero papá es el que gobierna en casa, y de él me voy a valer.

—Sí, es necesario, para que te evites mayores disgustos. Y no te descuides con ese Juan Andrés. Es capaz de ponerte una emboscada. ¡Es un miserable!

—Descúidese de eso, que en estando yo advertido, no hay quien me sorprenda ni me gane. Yo ya lo conozco. Algunos creen que él es valiente, pero yo sé que es un cobarde asesino y nada más.

En eso salieron del cuarto, haciéndose mutuas reflexiones de que Santica no debía saber el motivo de la larga conversación, atribuyéndola a detalles del matrimonio y otras averiguaciones respecto a una herencia que decían le correspondía a Antona en Pontón.

Al tiempo de salir, ya en el patio y a oscuras, le dijo Miguel:

—Conviene que le escriba a papá para interrumpir la amistad de Felita con mis hermanas.

—Eso me prueba tu buena fe, Miguelito; yo lo iba a hacer sin decírtelo, pero ahora le escribiré contigo y lo haré ahorita.

CAPITULO XVII

Ráfagas

Volvieron a la sala siendo ya un poco tarde, y en cuanto entraron Santica les increpó con algún mal humor, diciéndoles:

—¡Caramba, y qué tanto han hablado ustedes!

—Nada—dijo Miguel—; hablamos un rato sobre los detalles del matrimonio y un poco largo sobre ciertos individuos de Pontón, que tienen unas tierras que le corresponden a Antona.

—¿El asunto de los Garridos?—preguntó Santica.

—Sí.

—¡Bah! ¡Quién piensa en eso! El abogado dijo que las cuatro taras de tierra mala que quedan, no valen la pena del papel sellado que eso costará. Me parece que Antona había determinado no reclamar esa miseria.

—Si—replicó la vieja—; pero ahora parece que la importancia de la cosa cambia.

—Si—dijo él—; yo me encargo; veré las escrituras en manos del notario de la familia y me aconsejaré con él. Le daré razón de mis averiguaciones.

Santica replicó:

—No hablemos de esas zanganadas, Miguel; te quedan pocos minutos aquí, y no hemos hablado casi nada. Mañana es domingo; tú no te puedes ir mañana.

—Tengo que irme.

—De ninguna manera; no hemos concertado nada de los detalles del matrimonio...

—Pero Santica; salí desde ayer de Navarrete...

—Pero aquello no está solo, Miguel; ¡mira que me voy a poner brava!

—Bien, entonces me iré a mediodía, porque tengo que hacer algunas diligencias relativas al matrimonio en Las Matas.

—Deja eso para el lunes, como de costumbre, para que hagamos mañana una fiesta. Yo quiero bailar contigo, Miguel. Me vas a complacer, ¿verdad, Guelincito mío?—dijo con graciosa zalamería.

Ya ante ese argumento dulcemente imperioso, no pudo resistir el impulsivo joven; sonrió cariñosamente, diciendo:

—Está bien; como tú quieras, prenda; me quedaré, pero al amanecer del lunes debo estar en Las Matas; así es que debo salir de aquí en la madrugada.

—A eso no me opongo; tu compromiso es solamente para mañana. Hace tiempo que no bailo; desde el año pasado deseo una fiesta en donde tú estés, porque si no, no me interesa.

El resto de la primera noche se invirtió en hablar de las banales y a veces minuciosas frivolidades de que suelen tratar los enamorados, pero a las cuales atribuyen una importancia extraordinaria.

El caso es que los novios bebían a grandes sorbos del divino licor de la felicidad; sus mentes, enardecidas por el flúido de las intensas miradas, estaban como extasiadas en una atmósfera de indescriptible embriaguez. ¡Cuán dulces son las horas del amor!



Discurre a borbotones la alegría, como las aguas de una fuente de cristal.

Antona, terminada su carta, desgranaba su rosario, pidiéndole a su devoción que deshiciera la nube negra que ella veía cernerse, en su clara intuición, amenazante todavía sobre el cielo de su hija.

A la hora reglamentaria, Miguel se despidió como de costumbre:

—Hasta mañana, bien mfo.

—¡Que te sueñes conmigo, Guelín, adiós!

Al día siguiente, muy temprano, en vez de ir en seguida a casa de don Luis, las muchachas del tío José llamaron a Miguel al levantarse, y le dijeron:

—Caballero, hoy toma tú el café aquí.

—Sí, señó, que tú na ma pára aquí un rato cuando ta peliao con la novia.

—Yo no peleo—replicó el joven, comprendiendo la indirecta.

—¿Que no pelea? Créete que nosotra lo sabemos. Tú ere brabo. ¡Qué muchacho de mae genio!

—¡No, hombre, qué va! Lo que hay es que me llenaron la cabeza de chismes contra la pobre muchacha... y otras cosas que a cualquiera le ponen los sesos al galope. Nadie puede decir «de esta agua no beberé», ni está «escapo» que lo engañen con «cartas falsas o con hábiles embustes». Dígame si hay gato cimarrón que se libre de los perros; si son muchos que le caen no le vale ponerse boca arriba; lo desflecan porque lo desflecan.

—¡Ay qué injusticia!—dijo indignada la más joven—: miren que esa e la muchacha ma seria que se ha conocío...

—Bueno—replicó la mayor—: que aquí toa semo seria. En ete lugar no aemitimo mujere chiva; e preciso que vengán diotra paete; y si se ponen con de-

calentamiento, tienen que laegaese de aquí, poeque no le voetramo la cara. ¡Aquí no! Nosotra semo bruta, caegamo ee monte en la cabeza; pero como mujere seria no podemos jata alabae. En ese lugae ninguna muchacha tiene cola que le pisen.

—Bueno, pero ¿qué te dijeron d'ella?—interrogó la menor con curiosidad.

—¡Adiós, que tenía dizque amores con Juan Andrés!

—¡Jesúu sábalol!—dijo la menor peraignándose.

—¡María Santísima! ¿Con Juan André? ¡Ave-María Purísima qué jabladore! Y no se le raja la boca a eso simbeigüenza. ¡Ma caso la hagamo nosotra la de por acá un perro sanoso que a ese ladrón... eso no sive ni pa taco! En ete lugae no hay nian quien le ponga una ailla en su casa a ese perro...

E irritada de indignación, después de una pausa prosiguió:

—¡La pobre Santica! Tan buena, tan seria... Esa no va nian fieta, ni a vela ni a na cuando tú no ta aquí; y d'iante era lo mimo. ¿Santica? ¡Eso e lo ma grande que hay en Rincón de Piedra!

Miguel sonreía de júbilo al oír la buena opinión

de que gozaba su novia.

—y Felisa?—Aquí no ha tenío ella amore. ¿Y cómo? Con Antona n'u hay quien juegue; e juna vieja que tiene l' ojo muy claro. ¡A esa no hay quien la engañe!

Se miraron entonces con picardía las dos hermanas y sonrieron.

La una interrogó con el gesto; la otra le contestó al oído:

—¡Tío Francico! ¡Ah, sí, veedá!

Miguel, intrigado, pidió explicaciones.

que esa no e como Felisa porque a—Hombre, te vo a decí. Que en una fieta qui hubo en case de tío Francico en Lo Montone Abajo, la Santica meemoraron mucho poeque taba en una chivería con ee vagamundo Juan André; jata se sonaba que

tenían amore; pero yo sé que no, lo que hay e jotra cosa.

»Pero por eso mismo etamo entendía que eta muchacha...

¡Dio mío, peedóname!; pero no me parece cosa buena. No se parece a la mujere de to lugare.

Miguel comprendió lo que callaba su prima.

Y para variar la conversación, considerando que se había salido del carril, la mayor dijo, ensayando una evasiva:

—¡Me dicen que hay fieta hoy en case de Emelinda!

—¿Ah, es en casa de Emelinda?—replicó Miguel—. ¡Qué bueno! La casa es grande y cómoda; allí estaremos muy bien. ¿Ustedes van?

—¡Cómo no! Yo creo que tando tú y Santica, no se queda perro ni gato que no vaya.

—Bueno, entonces—dijo Miguel con cierta impaciencia—, me voy, que mi negrita estará contrariada con mi tardanza.

—No seas zonzo—dijo una—, que ahora sabe tú más que ante.

Y riéndose, satisfecho, se fué Miguel camino arriba; atravesó el arroyo y vió de lejos a Santica en la puerta de campo, esperándole con un mohín de impaciencia.

En cuanto lo vió de lejos manifestó su alegría dando palmaditas con ambas manos, y al llegar el amado le preguntó por qué venía tan tarde. El le explicó que estaba conversando con sus primas, que le expresaron su contento por la reconciliación, y que el tío José estaba también muy satisfecho.

Se fueron a la cocina, en donde Antona, entregada a la faena diaria, lo recibió diciéndole:

—¡Baraña! ¡Parece que se te pegó la sábana hoy!

—¡No, qué va! Estábamos conversando a la vera



del fogón con mis primas, y me dieron café. Pero yo me tomo también el de aquí, porque éste no tiene compañero.

—Aquí está—dijo cariñosamente la vieja—; pero tráele una silla, Santica, que si no se le barajan los planes.

—¡Verdad que sí!—asintió Miguel.

Mientras tomaba poco a poco y con deleite su café, en una tacita japonesa especial, Santica se sentó en el pilón, y le dijo con entusiasmo:

—Vamos a hablar de la fiesta. He encargado a mi hermano Manuel que vaya a Las Carreras a buscar el gran músico de por acá, el Pancho García de nosotros, y que traiga su tamborero. La fiesta comenzará a las dos hasta la oración o las nueve.

»Las muchachas que van son de aquí mismo; pueden quedarse hasta por la noche. Hace falta una bebida; ya la mandé buscar al pueblo junto con otros menesteres.

»Papá quiere que hagamos una buena comida hoy. Y con animada alegría, añadió:

—El viejo está muy contento; yo no sé lo que le ha dado. ¡A él, que no le gusta mucho que yo me case!; pero lo quiero yo hoy más que antes, al ver cómo se sacrifica por mí... ¡El pobre papá! ¡Tan bueno! Me quiere tanto...

Y pensó en el próximo abandono de la casa.

Habría querido llevárselos a todos, a vivir con ella. ¡Pero, imposible!...

El Destino es inflexible; ninguna dicha es completa. Cuando una aspiración se llena, como por golpe automático se presenta otro deseo más vivo, otra aspiración más exigente que nos mantiene en la eterna zozobra de la vida, ¡la sed continuada del deseo!



CAPITULO XVIII

La fiesta

La comida fué suntuosa; fueron invitados casi todos los viejos troncos de las familias del lugar; entre ellos el patriarca fundador de esa sección, Papá Ney, casi un centenario; pero todavía fuerte en relación con sus noventa y siete inviernos vividos en la más honrada y pura vida del hombre de trabajo.

Cuando él y su padre llegaron a Rincón de Piedra era aquello una montería, el Hato de los Caba, que poco a poco fué poblándose con los descendientes y los aliados de la misma familia. Hoy ya hay sus treinta fundos, en donde reinan el bienestar y las sanas costumbres de otros tiempos.

La comida fué abundante y buena. Se tomó un poco de vino dulce después, pero a decir verdad el convite no sirvió para nada.

Faltó el entusiasmo, careció de alegría.

El motivo de la celebración no era del todo grato para todos.

Ni Santica estuvo siempre contenta.

Cuando se anunciaba que dentro de pocos días Santica se iría a vivir a Navarrete, los semblantes no

engañaban; no podían disimular una tristeza bien marcada.

Era el ángel tutelar de Rincón de Piedra que abandonaba sus lares para llevar la felicidad a otros ambientes.

Papá Ney, a fuer de viejo ya avezado a las grandes despedidas, les decía a sus hijos, nietos, biznietos y nietos terceros:

—Consuélnense, mis hijos; Santica no se va a morir. Ella se va a Navarrete y volverá de vez en cuando a pasarse tiempos entre nosotros. La ley de Dios lo ha impuesto; los hijos abandonarán a sus padres para formar nuevas familias; hoy le toca a Santica, mañana les tocará a los más jóvenes, y así, mientras los viejos troncos vamos desapareciendo, la juventud goza de los bienes de la vida y se va cumpliendo de ese modo lo que está escrito en la Santa Biblia...

La plática del patriarca concluyó con algunos golpes de tambora que resonaron, a guisa de llamada, del otro lado del arroyo.

Al escuchar el mágico ritmo del tambor, como por arte de brujería los grupos emprendieron la marcha hacia el Jelechal, de donde partían los llamativos toques.

La sonora chorrera de Bajamillo, que se atraviesa en el vado, cantaba esa tarde una nota dominante, prolongada y cristalina a la brillante luz de un día de amor.

Llegaron los novios a casa de Emelinda, en donde ya había un gran gentío. Algunas personas de otros lugares apartados ya habían llegado también. Aunque a nadie se había invitado, las noticias vuelan en el campo con la velocidad del telégrafo.

Emelinda es la digna esposa de uno de los honorables caballeros del lugar. Su casa es un encanto: espaciosa, nueva, toda de pino hasta la techumbre

de tablitas, con varias cómodas enramadas, está situada a dos pasos del riente arroyo.

Se encuentra en el centro de un espacioso jardín, con una vista espléndida hacia la alta montaña que nace allí mismo. La mansión de los esposos Rodríguez es un verdadero paraíso de primavera eterna.

Trasciende la brisa perfumada por los plantíos de mejorana y de romero; la yerbabuena y el geranio son allí praderas que circundan las habitaciones, hacia cuyos ventanales alzan sus corolas delicadas los geranios granate, las olorosas rosas de Castilla y los claveles disciplinados, gigantes y de asiento en vara.

Los lirios, las verbenas, los crisantemos, los bejucales en flor y otras mil corolas exponen sus variados matices en aquel predio de los dioses, en que a las vírgenes place recoger sus adornos más valiosos.

Más allá, en el fondo del patio, un ancho platanal mece el verdor de su follaje enorme al susurro de una brisa eternamente suave. ¡Qué delicia!

Y al lado de la casa un pequeño cafetal y algunas cañas completan el circuito de verdura y de primor que hacen de la casa de Emelinda una de las viviendas más poéticas de Rincón de Piedra.

Al llegar los novios se principió la fiesta.

El músico de Las Carreras, un artista en su género, recorrió el teclado de su acordeón.

¡Gran sensación!

El tamborero era también artista; variaba el ritmo de sus toques con un arte de rara precisión.

La música rompió asistida por la güira, marcándole el compás.

El merengue cimarrón de los más populares, primero sencillo y luego con galanos, hizo vibrar en todos los pechos la alegría.

Las parejas se lanzaron al tablado. Era un espectáculo de gran interés.

Las niñas eran todas graciosas, algunas muy boni-

tas: todas lucían los colores del carmín natural, sin haber necesitado jamás de los artificios del colorete.

Casi todas eran primas: había, pues, un tipo característico predominante, esbelto, erguido, de pelo largo y castaño, conservando el aire gentil de la raza andaluza, de la cual eran descendientes casi sin cruzamiento.

Los «merengues» se sucedieron sin interrupción; alguno que otro vals se tocaba de cuando en cuando.

Por un lado las libaciones de concurrentes que visitaban con frecuencia la cantina, bien surtida de licores ordinarios y de ron y de cerveza, por otro el ruido excitante de la tambora y la güira africanas y el constante bailar con buenas hembras, había llevado el entusiasmo a gran altura.

De improviso se presentó a la puerta de campo la silueta de un hombre extraño a caballo.

Y en seguida salió Miguel a recibirle.

—¿Quién es, qué busca, a qué viene?—preguntaba todo el mundo con disgusto.

El desconocido se desmontó. ¡y cuál no fué el asombro general, cuando se vió que traía un bulto de cuero colgado del hombro!

—¡Ee saesofón, ée saesofón!—gritó a coro la banda.

Y las risas culminaron otra vez.

—¡Que venga el músico del pueblo!

Y una joven se apareció en el jardín brindándole un trago de vino.

—¡Éte é pae músico del cachimbo!—dijo riendo.

El saxofonista no se hizo rogar. Se largó la copa y sacó el aparato de cobre y se puso a tocar junto con los músicos del monte.

—¡Ahora sí se compuso eto!—exclamó un mozo regordete, acostumbrado a parar un toro bravo.

—¡Jumφ, yo si creo! ¡Oigan eso lo bueno que etá!—dijo otro de simpática estampa.

Y un viejo que andaba por allí observó:

—Eta son la cosa de Miguel. Ei fué que lo mandó a bucai con un pión de casa.

—Parece que quería daele un suto a Santica.

—Los enemorao son ey diablo, ¡téngale cuenta!

—¡Ah! ¡hombre de cuaito!... si fuá yo no hubiá podfo jacei ese galano.

—Gana no faitarán, ¿pero con qué fueísa?

Y así cada cual decía de modos diferentes su alegría por la llegada del hombre del cachimbo.

—¡Tóqueme un *sarambo* de los del tiempo viejo! —dijo un hombre mayor.

—Sí, un zapateo bien en la raya.

—No ha dicho ná—dijo el incansable acordeonista.

Y comenzó un *sarambo* repicado, una melodía monótona en tono menor, ajustada a un golpe muy exacto. La güira y el tambor llevan el ritmo. El cantor principal entonó con voz sonora una de las glosas de Juan Antonio Alix, titulada

«El niño de Atocha»

«Una vieja media mocha
Me decía Siño Juan
Béame ete niño de Atocha
Pa sapei si e jalemán.

Como uté e muy detruío
Y hombre de mucho aquei (1)
Le traigo ete niño a bei
Si e de Atocha conoció.
Pué poi Mao yo e sabfo
Que no quiere ei padre Rocha
Bendecí niño de Atocha
Si son de lo jalemane.

(1) De mucha inteligencia.

Poque no cree en musuimane
Una vieja media mocha.

Agora lo jitaliano
No trén santo veidadero
Como traían de primero
En bía dei pai Solano.
Y uté puede cref hermano
Que lo de juera son tan
Que ata en idomia alemán
Lo rótulo le han ponío:
Y ete mundo ta peidío.
Me dijo un día, Siño Juan.

Ya nojotro lo critiano
No podemos nin resai,
Y ei mundo se ba a cabai
Si Dió no mete su mano.
Porque le asiguro heimano,
Que el obipo Arrocarrucha
Le ha mandao ei padre Rocha
Una caita patorai,
Y yo para no pecai
Béame ete niño de Atocha.

Yo tenía un San José
Que era ei pato en milagrai.
Y me lo dañó un francé,
Pué me le puso musió
En be de poneile san,
Y créale Siño Juan
Que ata le peidí ei cariño;
Y agora béame ete Niño
Pa sabeí si e jalemán.»

Y una de las muchachas más bailadoras salió al
puesto asiéndose las faldas con entrambas manos

bailando a estricto compás, dando vueltas rápidas a toda la sala, mientras un joven, apuesto y garrido, agarrando un sable de cabo puño negro con la mano izquierda, a la usanza caballeresca, repicaba con los pies el compás detrás y delante de su dama.

Ella finge huir de sus requiebros y emprende la carrera a grandes giros, destacando el donaire de su busto.

Y otro cantor prosigue :

«Vuelvo de nuevo a quererte
Dulce encanto de mi amor,
Que en donde hubo candela
Siempre se hallará calor.
Ya lo que pasó pasó,
Y olvidemos lo pasado
Que como siempre te he amado
No puedo olvidarte, no.
Para ti he nacido yo
Y en ti debo hallar mi suerte...»

La moza, ya cansada, detiene la carrera; el zagal logró alcanzarla y bailando frente a frente, despliega el garbo de su apuesto talle para rendirla en la brega del amor; y ella, pie con pie, responde a sus anhelos.

La música ha llegado al paroxismo.

El tambor retumba su parche gemebundo.

La multitud ha hecho silencio; contempla, con los nervios tendidos, la lucha eterna del amor, y de vez en cuando expresa su entusiasmo con exclamaciones colectivas.

Una señora mayor rompe la valla y coloca sobre el hombro de la bailadora una gala, con aplauso general. Es un pañuelo cualquiera puesto en el hombro, en señal de que ha bailado bien.

Entonces otra joven muy gallarda, alta, de ojos do-

minantes, se lanza al puesto mientras se retira la primera, y otro mancebo, probablemente su novio, sustituye al primero, en mangas de camisa, con su machete asido por los cabos.

Y así prosiguió más de una hora en medio de un entusiasmo febril, una sucesión de zapateos, de zarambos, de guarapos y «callaos» bailados con donosa bizzaría por las bellas rinconesas.

Todos querían hacer valer sus encantos y mostrar que también sabían vencer las dificultades de ese baile típico de nuestras costumbres campesinas.

Volvieron luego a tocarse los *merengues* cimarrones, en que el acordeón gime su nota monocorde y triste, mientras los parches quejumbrosos marcan el compás y las voces de los buenos cantores entonan una letra, ora alegre, ya triste, o de una crítica mordaz, como ésta:

«El viejito Juan, Yuré
Que se fué p'a Puerto Plata
Y solamente ha dejado
A Eduvige la Cacata...

Sube a tu palo cacatica
Que te mato si me pica.»

Principiaba a atardecer cuando los músicos se dieron cuenta de que Miguel y Santica bailaban jubilosos en una habitación separada. No tardaron en parar la música y en deponer sus instrumentos al pie de los novios, diciendo el hombre del saxofón:

—Para la novia y el caballero que mejor bailan.

Una explosión de alegría cundió en la sala mientras el novio, presuroso y cumplido, pagaba el obsequio con un brindis a la música.

En eso llegó la noche, se encendieron las lámparas, se fueron temporalmente muchos de la concu-

rencia a cenar a sus casas para volver en seguida, y a otros se les sirvió una mesa muy copiosa.

Y más tarde, cuando regresaron otra vez los concurrentes, se volvió a encender la tea del entusiasmo y volvieron a bailarse los interminables merengues cerrados, que hacen hervir la sangre y palpitar los nervios con delirio voluptuoso.

Hacia el final se organizó una tanda de bailadores de «yuca». Es un merengue en el cual se intercala la figura de la cadena de los lanceros. Muy divertida e interesante.

Ya cerca de las nueve, para terminar la memorable fiesta, los músicos tocaron de pie «la moza», es decir, la última pieza.

Esta es de ordenanza el «merengue juangomero», cantado por toda la concurrencia:

«Las muchachas de Juan Gómez
Son bonitas, bailan bien;
Pero tienen el defecto
Que se ríen de to el qué ven.»

Es el merengue universalmente cibaeno, la música que se ha hecho inmortal, muy deseada en la conclusión de los bailes del campo. Por eso conviene que cada día encarne más y más en el alma popular esa música sencilla, pero sugestiva, que tiene un encanto divino: el sabor clásico de la tierra donde nacimos, de esta envidiada tierra, bella como ninguna, con sus numerosas montañas azules, sus ríos de claras ondas, sus sabanas amplias y ricas y sus mujeres indias, blancas, deliciosas...

Los concurrentes se diseminaron por toda la comarca llevando grandes «jachos» de cuaba para alumbrarse. Era un espectáculo pintoresco ver subiendo y bajando las ~~mesas~~ *cuabas* y las hardas innumerables ha-

chas moviéndose en todas las direcciones, en medio de la obscuridad; era una visión fantástica de efecto sorprendente.

Santica iba cansada de bailar; había saciado un deseo largo tiempo contenido; dijole a su novio:

—He gozado, Miguel, como una loca. No te imaginas cuánto me has complacido quedándote para darme el regocijo de bailar contigo...

Y acercándose más, le dijo al oído:

—Pensaba que me iba a casar sin haber bailado contigo como novia. ¿Te acuerdas que cuando me enamorabas bailábamos siempre mucho, y que yo te prefería? ¿Verdad que sí, Guelín?

El asintió, apretándole la mano en medio de la obscuridad.

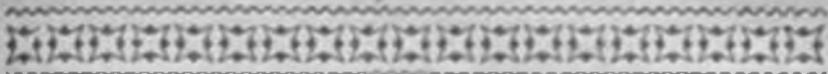
—Y ahora—prosiguió ella—, estoy satisfecha de tu gentil galantería... ¿Comprendes, mi bien?

—¿Cómo no? Sí, te entiendo.

Al llegar a la casa, Antona (siempre en su tema), le recomendó a Miguel que al otro día fuera donde la vieja siña Dolores a saber nuevas noticias, pero teniendo el cuidado de no decirle ni palabra de su reconciliación, aunque debía luego regar por el pueblo la noticia de su próximo enlace.

También le dijo que ella se proponía ir a Las Matas con fines estratégicos en el curso de la semana, cuanto antes.

Se despidieron los novios con expresiones cariñosas, guardando en sus mentes de esa noche deliciosa recuerdos inmortales.



CAPITULO XIX

Evidencias de un complot

Al otro día, cuando el sol no asomaba todavía por entre los picos del oriente, se encontraba Miguel en Las Matas.

Ronceando la choza de siña Dolores, en ella se coló en cuanto la vieja abrió su puerta para buscar candela en el vecindario.

El joven disimuló su indignación al ver aquella arpa, y le dijo con cariño bien fingido :

—Mamita, yo vine a tomar mi cafecito.

—Anjá, mi jijo, apérate que agorita va a tar ; siéntate que vu'a bucae candela pa juntae e fogón.

Fuése apresuradamente la vieja, curiosa de saber los detalles del desbarajuste que ella había fabricado entre los novios.

Mientras juntaba su candela, disimulaba con estudiada hipocresía el afán de saber, esperando que Miguel se subiera como el «prú», indignado contra Santica. No fué así, sin embargo.

La vieja sospechó : «¿Se habrán arreglado, quizás? No, imposible... La trampa está muy bien armada y no puede fallar... ¡Esa Felita es mujer que sabe mu-

cho! En armando una canasta, no se salva ni quien la inventó...»

Reunió, pues, toda su hipocresía santularia y aguardó...

Miguel no hablaba, fingiendo tristeza; en realidad se tenía miedo a sí mismo, temeroso de reventar como un cohete.

Seguía un silencio trágico.

La vieja, por fin, sirvió el café; el joven lo tomaba sin interés, de un aire tristón. A la vieja no le coció el pan; temiendo que Miguel se fuera sin hablar, se aventuró a preguntar, como quien no quiere la cosa:

—¿Y qué hubo d'i aquello? ¿Cómo quedate con la moza?

—¿Yo? ¡En nada!—respondió secamente el joven.

—¿Pero le dite su despacho?

—En cuanto llegué, antes de desmontarme, fui y la insulté y acabamos. No la volví a ver más ni quiero saber más nunca ni del santo de su nombre.

La vieja rió con diabólica alegría; los ojos mortecinos de indefinido color despidieron un relumbrón fugaz de pura alegría.

Aquella perversa victoria significaba para ella un paquete de pesos nacionales.

Iba a lanzar una andanada de impropiedades contra la pobre muchacha, pero como debía cumplir su papel de beata caritativa, se contuvo.

Miguel añadió con intención:

—Ahora, manita, estoy pensando en unos nuevos amores...

—Jace bien, mi jijo, pa crebaele lo sojo a esa otra condená.

Calculó el efecto de sus palabras mirando fijamente a su interlocutor, y tomándole con cariño una mano, avanzó resueltamente:

—¡Ay Miguée! La muchacha que sé yo que te

conviene e Felita... Esa e buena muchacha, y jata ma bonita que la otra. . Con esa sí te quisié yo vée ca-sao... Y yo sé que ella tú le guta... si le dice aego... ella no te desprecia.

Miguel estuvo para estallar de ira, pero se contuvo. Disimuló un poco acordándose de las instrucciones de Antona y ensayó una sonrisa que no le pudo salir. Se quedó mirando el suelo para impedir que la astuta vieja penetrara la ira de su pecho, al quedar ya bien convencida de la infamia de esa vieja canalla; su última declaración probaba claramente la perversidad de su papel.

No quedaba duda; Antona tenía razón; esta vieja chismosa e hipócrita era un abismo de maldad bajo su vestidura de beata sencilla y rezadora. Tampoco se había equivocado Juan, el benéfico espía amigo de Miguel.

El joven no sabía cómo seguir conteniendo su indignación. Su carácter impulsivo apenas lograba dominar el potro lobo de sus odios contra esa vieja maldita, vómito del Averno, que había logrado un momento hacerle desgraciado y sembrar la duda entre su novia y él...

Miguel, poco preparado para esos papeles de dos caras, se encontraba mal allí e intentó pararse para ponerse en fuga.

Pero la vieja lo sujetó hablándole de otras cosas y dándole afectuosos mandados para sus hermanas. Después de un gran rodeo, volvió a la cuestión de insinuar a Felita.

—Yo creía—replicó Miguel—, que usted no conocía a Felita; así me lo dijo usted anteayer.

Siña Dolores no se cortó por tan poca cosa; con la mayor sangre fría contestó:

—E veedá que yo no tengo amitá con ella, lo mimo que con la hija de Antona y Luf. Pero yo la vide un

día que ella vino de Navarrete. Tú sabe que yo dende ete ricón oigo la noticia de to ee mundo y sé la qu'e buena y la que no sibe. Tú vé, Miguéc, esa muchacha e buena, buena, que te lo digo yo, muchacha de pueblo buena para ti, sabichosa, bonita como n'u hay otra, jembrita que sale contigo una pareja... lo ma linda—dijo con entusiasmo la infame intrigante, sonriendo y enseñando el único diente que le quedaba.

Para terminar esa desagradable escena, Miguel, separando por la fuerza a la vieja de la puerta, se escapó diciendo:

—A mí no me disgusta la muchacha, porque yo sé que es muy buena. Pero eso tengo que pensarlo.

—No lo piense, jijo—replicó la vieja—; no lo piense, que como esa no la va tú a jallar ni en el cielo.

Fuése Miguel pensativo e indignado; pero pronto le iluminó un rayo de buen sentido; vagando por las calles solitarias del poblado iba pensando:

—Por vez primera comprendo que soy un niño, un mozo sin ninguna experiencia.

¡Y yo me creía un toro de intención con las mujeres! ¡Yo no sé nada! Razón tiene papá... mucha razón. ¡Yo no entiendo nada de la maldad humana!

.....
Era muy temprano todavía; hacía frío; una niebla intensa, como aquellas del canal de la Mancha, campeaba en el poblado y en todo el país.

Ese fenómeno, muy intenso y frecuente en las mañanas invernales de esas regiones, indica un día de buen sol.

La neblina espesa, blanquísima, infinita, parece la sábana de armiño en que se arrebujá perezosa la mateña villa en las mañanas frías.

Miguel anduvo, pues, las cuatro calles del pueblito sin encontrar a nadie. Entonces se metió por un

portal a una cocina, en casa de su tía Generosa, y encontró a la doña manejando el colador del café.

Se saludaron con afecto, y después de las preguntas mutuas de costumbre, la tía, intrigada por las estupendas noticias que circulaban contra Santica, entró presto en materia:

—Bueno, Guelo. ¿Y en qué quedaste con Santica?

—En que me caso el mes que viene.

La vieja, de la sorpresa, dejó caer el colador. Esperaba todo lo contrario.

—¿Qué dices, muchacho, y tú no fuiste a acabar los amores con ella?

—Así decían los habladores, ¡pero embuste! ¿Cuándo he pensado yo tal cosa?

—¡Tú, sí lo dijiste!—insistió la doña.

—¿Yo? ¿A quién, a quién? Yo no he hablado con nadie sobre esta cuestión cuando pasé por aquí.

Miguel registró rápidamente su memoria. No se acordaba de que en su anterior visita le había dicho a siña Dolores que iba a terminar los amores. Replicó desde luego de buena fe:

—Hombre, tía; yo no he hablado ni pensado siquiera tal cosa.

—¿Que no? Miguel, Miguel, mira bien...

Éste reiteró un gesto negativo.

Y la vieja, muy preocupada en la averiguación, insistió mirando a su sobrino de hito en hito:

—¿Pero tú no le dijiste a siña Dolores que ibas a Rincón de Piedra a romper el compromiso?

Miguel no pudo ocultar un gesto de extrañeza, diciendo:

—¿Yo?

—Tú sí lo dijiste, porque ella lo regó por el pueblo... Y a propósito, te voy a advertir que no le digas tus cosas a esa vieja, que es muy peligrosa. Así como la ves, haciéndose la gatica muerta y rezando

sus letanías, se atreve a incendiar un pueblo con la lengua.

—Ya me lo sé—contestó Miguel—; yo estaba creyendo que esa era una mujer muy santa, muy buena y muy amiga de nosotros.

—Sí, tiene algo de eso; rezadora y servicial, se hace cargo de cualquier moribundo sin familia... Pero ¡ay, qué lengua viperina! Es una intrigante florentina, y por una peseta vende hasta a Cristo. Tú sabes, la gente avarienta es siempre temible... ¡Y mira, no te la echés de enemiga... no te conviene darte por entendido!

—¿Eso también?—replicó el joven como reflexionando.

—¡Ah, sí, señor, es temible enemiga!

Miguel se quedó meditando sobre ese nuevo descubrimiento, y un rato después, mientras se tomaba el café ofrecido por su tía Generosa, ésta volvió al ataque de las averiguaciones. Y le interpelló diciéndole otra vez:

—Pues bien, Guelo. ¿Y qué pasó entre ustedes? Cuéntame eso.

—Simplemente que entre Juan Andrés y la maldita chismosa de siña Dolores inventaron un cuento calumnioso y una carta falsa escrita por Juan Andrés contra la infeliz Santica. Y yo, naturalmente, caí en parte dentro del hoyo y tuve mis dudas. Tomé mis precauciones y me puse en guardia, y ¿cuándo?... ¡Qué va! Una mujer tan seria y tan honrada como Santica no puede nunca cometer infamia tal.

»En cuanto llegué a Rincón de Piedra tuve las pruebas irrecusables de toda esa urdimbre odiosa y me fueron dadas las evidencias de su conducta pura.

»No le dije ni palabra de eso a la pobre muchacha, y para abreviar, evitando nuevos chismes, dispuse casarme dentro de dos meses.

—¿De verdad, muchacho?—dijo muy asombrada—. ¿Y dónde van ustedes a vivir aquí?

—¡Dios me libre! Nos vamos para Navarrete; algunos días después nos iremos a Puerto Rico en viaje de luna de miel. Y más tarde, cuando el rosal produzca su primera flor, nos iremos a vivir a Santiago.

—¿A Santiago?

—Sí, para la familia será mejor. Mientras no seamos más que dos, estaremos siempre juntitos en la casa, en las breñas y entre los paisajes de las cercas, viendo las vacas y los potros, o paseando en auto a poca velocidad carretera arriba.

—Pues lo que te aseguro es que tendrán ustedes muchos envidiosos. Pero yo, por mi parte, me alegro muchísimo de que se casen ustedes. Tú te la mereces porque eres muy bueno, y ella es toda una mujer graciosa, culta y de valer.

En eso se habían levantado las niñas, graciosas y rosadas, como las mariposas de la Candelaria, y tomaron parte aprobativa en el estado de la conversación.

—¡Ah, sí!—dijo Rosa—; ese matrimonio tiene que hacerse pronto.

—Para que no sigan los envidiosos hablando necedades—dijo Anita.

—¿Los envidiosos? Di tú «las envidiosas». ¿Crees tú que son los hombres los que hablan de ustedes?—replicó airadamente Angélica—; no; son las mujeres que quisieran para sí o para su familia el buen partido que eres tú, Miguel, y por eso mismo me alegro mucho, muchísimo, que te cases pronto, para majarles la envidia...

Y añadió casi trémula de indignación:

—¡Esas Portes, esas Maldonado, esas mujercitas lengua-largas! Esas no se van a casar; son medio feas, van para viejas y creen que murmurando a los novios las van a preferir a ellas.

—Al contrario—replicó Rosa—, que ya los jóvenes les tienen miedo.

—Yo, por eso—dijo Anita con mucha gracia—, para asegurar un matrimonio me estoy pegando de San Antonio, novena sobre novena... pero ponerme a envidiar ni a murmurar a nadie, no, hombre; ¡eso hasta fataliza!

Las niñas se rieron a coro de la ocurrencia.

Después Miguel interrogó:

—Bien, ¿y ustedes en qué están? ¿Cómo andan esos amores?

Rosa miró con severidad a Miguel, dándole a entender que había moros en la costa.

La vieja Generosa interrumpió:

—¡Jum! Angélica tiene su compromiso; Anita no tiene novio y es muy formal; gracias a Dios es muy juiciosa; pero esa Rosa... ¡ah, muchacha testaruda!..., no le valen consejos ni las advertencias de su papá; se mantiene con los jazmines al sol con un vagamundito que no sirve *pa ná*; no le valen amenazas...

—Yo no tengo amores con nadie—defendió Rosa con malos modos.

—Eso no me atrevo yo a decirlo—contestó la madre—, pero la mujer debe ser seria y no dejarse engañar de *to chiriburres*, porque a lo último no va sirviendo *pa ná*.

»¿Tú te crees que a Angélica se atreve a molestarla ningún saltapatrás? Cuando ella le pone atención a un joven es porque vale la pena.

—Ahora quiere mamita que yo le ponga mala cara a todo el mundo—interrumpió Rosa—; y eso no puede ser, porque concluye una por tener fama de repugnante y de mal educada...

—Cállate, muchacha—replicó la madre—; que nadie te ha dicho eso; lo que tienes tú es que «no hay peor sordo que el que no quiere oír»; bien sabes lo



que te repito todos los días; ese porquería no es joven aparente para ti; nunca te daremos permiso, tu papá ni yo, para un matrimonio semejante. ¿Entonces, qué es lo que tú pretendes? ¿Pasar tiempo y andar alegre, justificando las murmuraciones del público?

—Si nosotras se lo decimos también—añadió la juiciosa Angélica.

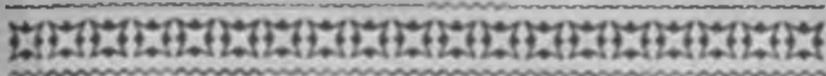
—Bien, tía Generosa—replicó Miguel—; esta muchacha comprendo yo que hay que expulsarla de aquí hasta que críe juicio. Mándesela a las muchachas de casa y a mi viejo, que con esa gente no hay quien juegue. Allá estará bien tratada y pasará mucho por Santiago, pero hay que andar más derecha que un huso.

—Hombre, sí—replicó la vieja—; es una buena idea; despacharla para casa de Pedro, con orden de que no me la dejen salir si no se porta bien.

—Si no se porta bien lo pasa pero muy mal en casa. Además tendrá pronto de vigilante a la misma Santica, puesto que dentro de pocos días nos casaremos.

—Sí, hombre, eso es—dijo la señora—; la semana que viene te la mando. Con Santica tiene que hilar delgado.

Miguel advirtió que la neblina comenzaba a desvanecerse y que era ya hora de salir a ver a los amigos; se dirigió a casa de Fellé, en donde estaba desmontado, y en el camino vió a media docena de viejos que iban a misa; y a todos les interesó la pasmosa noticia que traía «entre el buche»: se casaba con Santica, aunque les pesara a los lenguas largas. ¡Era cosa definitiva y resuelta!



CAPITULO XX

Hacia el pata del sol

Cuando ya Miguel creyó que estaba satisfecha «la vindicta pública» y bien reparado el honor, se montó muy orondo en su magnífica mula y partió contentísimo para Navarrete.

El camino es largo, variado en su mayor parte, sembrado de pinares a uno y otro lado.

Al pasar a Suy por entre una pequeña cuenca de guijarros azules, pensó en el oro casi inexplorado que arrastran todos los ríos de La Sierra y aspiró a pleno pulmón el perfume de las pomarrosas en flor.

Se detuvo un punto a la entrada de Rincón de Piedra, por donde desechan los rinconeses el pueblo, para irse directamente, vadeando a Arroyo Hondo, por el pintoresco lugar de Botoncillo.

Al ver el camino que tantas veces había andado para ir donde su amada, se le alegró el corazón y le envió a su dama, por la rosada senda de pomales, un pensamiento de amor.

Desde los altos riscos, por donde serpentea el camino contemplaba los despeñaderos y los barrancos,

los pelados lejanos de las lomas que contrastan con el verde azul de sus inclinadas faldas.

El monté claro de pinos separados, entre los cuales crece alguno que otro guayabo, daba lugar a una interminable alfombra verdeamarilla de césped fresco.

Y para hacer más vívido el paisaje, algunos animales de crianza, hatajos de bestias numerosas o parejas de vacas con sus crías, adornaban de vida las dehesas.

De pronto una cuesta prolongada obligó al jinete a bajar paso a paso, fiándose de la solidez de su grupera. Otra vez era lo contrario: la mula se empinaba, poniendo a prueba la resistencia de las cinchas.

Y más allá seguía el camino en el firme de una loma, como quien ve en el aire, dejando ver a un lado y otro sendas profundas, furnias, palmeras, jobobanes, todo a profusión.

Y para enmarañar más el follaje millares de bejuco parten de las altas ramas hacia el suelo y cierran la fronda en malezas apretadas.

Cuando el camino va por sitios despejados se ven a lo lejos las montañas.

Los Fogones y Bajón, los repechos de Agua Hedionda y otras muchas alturas, mirando hacia Guara-guanó; las llanuras de los valles del Amina y del Mao, y de frente, siempre dominando como señor de las nubes, el caballeresco y noble pico de Diego de Ocampo, con su séquito de lomas septentrionales.

Después, por el levante, las montañas de Jánico, intrincado dédalo de pequeñas alturas y de picos que parecen montones de guijarros, apilados por los cíclopes y en veces paredes regulares, de tal modo son sus crestas tiradas a nivel.

Es natural, pues, que belleza tanta despierte con

frecuencia la fantasía del caminante que, al arrear sus recuas a fuetazos, canta.

No conforme con la soledad, canta.

Entona uno de esos aires de las selvas, un canto amoroso en tono menor, en que recuerda los ojos de la niña de sus afanes, o el amor desgraciado que lo vuelve triste, si la andecha es «en amor».

Si es «por lo divino» entonces la décima pinta la mística sagrada de los santos y de la religión, la fe sencilla que es la égida del hombre rústico.

Puede ser el tema «por lo humano». Entonces la fantasía del montañés cantor se refiere a los sucesos de la vida diaria, a cuentos y mentiras llenos de chispa y de inventiva o a las hazañas heroicas de los guerreros y de los guapos, que por defender a una mujer desconocida se matan con cualquiera.

Yo no puedo oír una de esas décimas en un camino real, sin sentirme gratamente interesado. Parece oír al pueblo mismo cantar sus anhelos y sus dolores en el lenguaje sencillo de los campos.

¡Lástima grande que esa costumbre vaya poco a poco desapareciendo! Debemos hacer por revivirla; es algo de la Patria que se esfuma, algo que exalta el sentimiento nacional, haciendo vibrar nuestro sér profundamente con el amor de la nativa tierra y el orgullo de nuestras glorias inefables.

Miguel llegó a la altiplanicie de La Loma, lugar obligado de parada; se desmontó un rato para desayunarse y entró a casa de una buena señora que hace comidas.

Tuvo una sorpresa agradable al encontrar allí a don Luis Martínez, representante de una de las firmas fuertes de Santiago, que iba para Rincón de Piedra y más allá.

—Hombre, me alegro mucho—díjole Miguel—; tengo allí parientes y tal vez pueda servirle de algo.

—¡Gracias! Voy precisamente a una cuestión que interesa al país, y principalmente a los serranos.

—¡Hola! ¿Y de qué se trata?

—Pues viajo por cuenta de la Cámara de Comercio en gestiones de establecer importantes siembras de trigo por esas regiones frías; pues Felipe Rodríguez y otros agricultores del lugar nos presentaron varias muestras de ese cereal calificadas de excelentes. Y eso que fueron cultivadas sin conocimiento, o mejor dicho sin cultivo, a la buena de Dios.

—Toma, toma. ¡Qué interesante es eso! Si realmente llegan los rinconeses a producir trigo será aquello una gran riqueza. Y le aseguro que la gente de ese lugar sí es gente de vergüenza y de trabajo.

—¡Ah, sí! Yo los conozco mucho. Por eso principio mis gestiones por ahí. Voy a firmar algunos contratos para unos ensayos en gran escala que pensamos emprender. Tenemos una instalación de máquinas suficiente para hacer un centenar de sacos de harina. Y el resultado, según las pruebas provisionales que ha hecho «El Diario» las esperamos con un gran éxito. Hemos comido pan delicioso hecho con el trigo de Jamamú.

—Caramba. ¡Cuánto me alegro de saber eso! Yo no soy precisamente agricultor, sino ganadero; pero se enlazan las dos industrias, y la cuestión del trigo me interesa, mejor dicho, me entusiasma. Deseo que usted me haga el favor de suscribirme con cien pesos en ese ensayo.

—¡Ya lo creo! No se trata de un negocio, sino de un patriótico ensayo, a ver si logramos fomentar aquí de un modo definitivo una gran industria nacional. La Cámara entiende que esa es la nueva manera de ser patriota: aumentar los veneros de riqueza de la República, para que seamos ricos y desde luego libres.

En eso se despidieron ambos amigos y continuó el uno hasta el sur, pensando en los rinconeses y en sus bellas esperanzas; el otro hacia el norte pensando también en Rincón de Piedra, en donde la amada de su corazón soñaba, soñaba sin cesar en la felicidad.



CAPITULO XXI

La vieja Quisqueya

Nuestro jinete, ya restaurado con el buen lastre que se había engullido, echó la mula a buen trote por la izquierda, tomando el desecho de la Sierrcita.

Iba ya sintiendo el fastidio de una ruta demasiado larga y solitaria, que él conocía al dedillo, cuando oyó una voz amiga que detrás de él le saludaba a voces.

¡Cuál no fué su sorpresa al ver a José Antonio Rubio, es decir, Juan, que desde hacía rato venía corriendo a todo lo más que daba su penco, por alcanzar a su amigo!

—¿Cómo vamo?—dijole Juan, dándole con efusión la mano—. ¿Cómo le ha dío?

—Ah, bien, gracias a Dios. Tal como me lo dijiste, así mismo salió todo. Tú eres hombre inteligente y malicioso. He averiguado la verdad y no te equivocaste ni en un detalle.

El moreno, satisfecho de su acierto, replicó:

—Yo taba seguro de lo que taba viendo claro. Y lo que no vide me lo supuse. Yo ha tao mucho en la

política y en la revolucione de lo gobierno y soy hombre del ojo abieito que no me deajo engañai, y mucho meno de mujere; poique de poca son la que yo me fío. En siendo que yo le diga esa e buena, júrelo que yo no jablo caballá. Con esa muchacha se pué uté casai con los ojos serrao, esa es buena entre la buena y sale mujei de repeto.

La buena opinión de Juan se yuxtaponía en el pensamiento de Miguel con el profundo cariño que su novia le inspiraba, y así fué aquella entrevista una sorpresa gratisima para el joven hatero.

Después de hablar un poco sobre el mismo tema, averiguando Miguel que su amigo iba para Santiago se alegró mucho de tener tan útil y agradable compañía por un par de horas.

Juan era gran conversador, impertérrito y locuaz hasta nunca acabar, pero su clara inteligencia, lo gráfico de sus expresiones y el interés de su conversación de hombre curtido en una vida de azares guerreros y de luchas mujeriles, hacía tolerable y hasta simpática la interminable corriente de su rústica palabra.

En cierto momento le dijo a Miguel:

—Dende por allá de La Foitaleza vengo pensando lo que sería un muñequito de barro que me jallé en ei monte. Véalo a vei—dijo, sacando de las árganas un idolillo muy bien conservado, que tenía la boca grandísima y los ojos redondos y enormes.

—Ah, esto es un *zemí*, un santico de los que usaban los indios y acostumbraban colocar en sus bohíos para obtener el favor del cielo, que ellos llamaban el *turey*.

—¡Anjá! Lo mimo que nosotros ponemo aitare en lo japosento... ¡Ya entiendo! Y dígame, don Miguel: ¿Cómo era eso de esa parese que dique había en La Foitaleza; por allí por aquella loma uté

vé má satrá de aquei llanitos?—dijo señalando un punto hacia el sudeste.

—¡Sí! Ya sé lo que tú dices; esa es la ruina del Fuerte de Santo Tomás.

—Deplíqueme bien cómo fué eso.

—Colón vino en su segundo viaje de España, y vió el desastre del Fuerte de la Navidad en Cabo Haitiano que había sido destruído por los indios, matando a todos los españoles que quedaron allí de guarnición. Guacanagaric se excusó con el descubridor de la América, diciéndole que los demás caciques habían hecho aquella matanza a iniciativa del subcacique Guayubín, porque los soldados habían abusado con las mujeres indias y cometido mil escandalosos desmanes.

»El Almirante decidió abandonar esa jurisdicción, y navegando al este halló un excelente sitio para fundar la primera ciudad del Nuevo Mundo, en la Isabela. Dió principio en seguida a construir dicha ciudad de mampostería, y luego que se había organizado la construcción, envió una expedición al mando de Alonso de Ojeda a explorar el interior de la isla. Cuando regresó Ojeda informó favorablemente y ponderó la belleza y la fertilidad del país.

»El Almirante salió, pues, el 14 de marzo de 1494 con rumbo a Jánicico con 400 hombres y un gran número de indios, encargando el gobierno de la Isabela a su hermano don Diego y nombrando Conuejero al Padre Boyle.

»Atravesó el río Yaque, al cual llamó el río de Las Cañas, por Esperanza, en donde lo vadeó por un paraje flanqueado de abundantes bosques de caña brava. Hizo rumbo al sudoeste hacia lo que entonces se llamaba Cibao, esto es, la tierra alta del oro, y llegó a la región de Janique.

—Pero ¿cómo?—interrumpió Juan—. ¿El Cibao no es desde el Cotuí para acá?

—Estoy hablando del tiempo del descubrimiento de la isla. Había cinco grandes cacicazgos y multitud de subjefes subalternos. Cibao significa tierra del oro, y comprendía propiamente el límite de un subcacique o *nitaino* de ese nombre, situado entre el Yaque y el firme de la cordillera central, desde Jarabacoa hasta punta Maceo, al Oeste los cacicazgos de Marién y La Maguana en una línea que partiendo del cabo Isabela cruzaba el Yaque y pasaba por el sur de San José de las Matas. Comprendía a Samaná, Macorís del Norte, Vega, Moca, Puerto Plata, Santiago y Mao.

«Otro cacicazgo comprendía a Higüey y Santo Domingo y se llamaba Iguayaba; estaba gobernado por el rico Cayacoa; otro era el del cacicazgo de Maguana, estaba gobernado por el cacique Caonabó, réputado el más bizarro de los indígenas.

«No tuvo tiempo este patriota de hostilizar mucho a los españoles, porque el Almirante, comprendiendo la talla gigantesca de este guerrero, le declaró una guerra personal, encargándole en reiteradas cartas a Alonso de Ojeda la serie de maniobras traidoras por las cuales debía apoderarse de este jefe temidísimo, simulándole una fina amistad. El que fué realmente el azote de los españoles y se irguió sobre la raza india de la América como un émulo incansable de la libertad fué el colosal Maniocatex, realizando así la venganza que había jurado sobre la desleal prisión de su hermano Caonabó.

«En su segundo viaje el Almirante quedó, no solamente encantado de la belleza del país cibaeno, sino que tuvo las pruebas de que era el emporio del oro, tan codiciado por los Reyes de España y por los aventureros que vinieron a explotarlo.

«Decidió, pues, fundar allí una casa fuerte de ta-

pias y de maderas de pino; eligió para ello una curva del río Jánico, en donde una alta barranca cortada a pico respaldaba el fuerte por el sur. Hizo construir dos fosos en forma de V, y en el vértice del ángulo estaba la puerta defendida por un puente levadizo. En el centro se levantó una casa no muy grande de sólida tapia fuertemente atrincherada. Detrás de la fortaleza quedaba el alto cerro de Los Candelones. El sitio donde se levantaba ese fuerte queda a media hora al sudoeste del pueblo de Jánico, camino de Don Juan, en el sitio de La Fortaleza, en un cuadro de terreno que es hoy propiedad del progresista caballero don Daniel Pichardo.

«Cuando el Almirante recibió los presentes de los naturales de Jánico que consistían en pepitas de oro y en prendas de ese codiciado metal, logró convencer a muchos de sus subalternos que dudaban de la existencia de los celebrados tesoros auríferos. A eso debió el nombre de *Santo Tomás*, con que bautizó el recién construido fuerte. En él dejó una guarnición de 56 hombres y algunos caballos a las órdenes de Mosén Pedro Margarite, y regresó luego a la Isabela.

«En San Juan de la Maguana vivía por entonces el célebre cacique Caonabó (el Señor del Oro); era de raza caribe, de índole guerrera y de un patriotismo intransigente; su esposa Anacaona (Flor del Oro) era el prototipo de la belleza indígena, mujer de gran espiritualidad, conocida como una figura distinguidísima de la raza india, por el talento diplomático y la fineza con que recibió en cierta ocasión a una expedición de los conquistadores en su cacicuto, con motivo de pagarles la primera cantidad de oro convenida como tributo.

«La grandeza moral y el patriotismo de esta notable reina, no obstante, la llevaron al patíbulo. Fue ahorcada por el sanguinario Ovando en la plaza del Con-

vento Dominico de Santo Domingo, como consecuencia de aquel degüello desleal, perpetrado con asechanza y alevosía, en Jaragua, durante un fingido simulacro de combate. Más tarde, atenaceada la conciencia por aquella cobarde hecatombe, el más enorme de sus crímenes, Ovando hacía penitencia, y pidió fueran enterrados sus restos a la entrada del templo de San Francisco. Pero esos arrepentimientos tardíos no disminuyen en nada el infalible castigo de la ley de Karma. El Eterno debió encogerse de hombros al ver amedrentada aquella fiera monstruosa, que sacrificó sin utilidad una raza dócil, mansa y desarmada.

«El instinto de los dominadores de entonces era más salvaje que el de los sumisos indígenas. Parece que hay en esta tierra una predestinación a las grandes injusticias y a las ominosas esclavitudes, que luego son redimidas por los furoros apocalípticos de las razas libertadas. ¡Destino manifiesto!

«Cuando el intrépido Caonabó supo que Colón había fundado una fortaleza en Janique bramó de cólera y comenzó a reunir sus legiones para destruirla. Guatiguaná, cacique del Yaque, comenzó las hostilidades matando a diez españoles y atacando el fuerte de Magdalena, por el norte de la isla; luego Caonabó y Guarionex avanzaron contra *Santo Tomás*, defendida por Ojeda; no pudiendo sostener el fuego de los arcabuces, las huestes indígenas pusieron sitio a la invencible atalaya. Pero el Almirante voló a libertar a Ojeda, durante una recorrida triunfal en que despojó de los ataques indígenas a La Magdalena, a Macorís del Norte y a todo el este, logrando también la sumisión de Guarionex. Para fijarla casó una hija de este cacique con un indio lucayo y cristiano, que era intérprete de los españoles. Fundó entonces una nueva fortaleza en La Concepción de La Vega.



«Pero los atropellos y malos tratos de los codiciosos vencedores no daban sosiego a los pobres indios; la paz se hacía imposible. Pronto volvieron los caciques a las andadas y Caonabó repitió su hostilidad a *Santo Tomás*; al mismo tiempo los indomables hermanos Maniocatex y Caonabó organizaban una tremenda batalla campal, de la cual esperaban la destrucción definitiva y total de los perversos extranjeros.

«Con este motivo, Cristóbal Colón salió de la *Isabela* el 14 de Mayo de 1495, dispuesto a castigar severamente a los sitiadores de *Santo Tomás*, y marchó al frente de doscientos hombres, veinte jinetes y otros tantos perros de ayuda, acompañado de Guacanagaric, el cacique traidor, que iba con un contingente, engañado por Colón, creyendo que iba en una expedición de fiestas, cuando se trataba de la dominación definitiva a sangre y fuego. En esa memorable expedición iba también don Bartolomé Colón, a quien, por su valor, se le confirió el título de Adelantado.

«Pasando por el Santo Cerro el Almirante fué detenido por un ataque colosal de diez a cien mil indios, mandados por los hermanos Caonabó y Maniocatex.

«Los españoles se habían refugiado en lo alto del Santo Cerro, en el sitio en que se encuentra actualmente la iglesia, y tomando un madero de un nispero que había allí, hicieron una cruz que enclavaron en el sitio en que se encuentra hoy el «Santo Hoyo». No había terminado esta operación que fueron súbitamente atacados por Maniocatex subiendo desde el llano por el lado de La Vega. Fueron desalojados los españoles, teniendo que refugiarse en otra altura de la misma montaña. Entonces los indios, atribuyéndole alguna virtud triunfal a esa cruz que siempre ponían los cristianos en sus reales, se

empeñaron en derribarla a hachazos; pero sus machetas se astillaban y sus hachas de piedra se rompían inútilmente. Entonces trajeron del monte fuertes bejucos y halaron entre muchos de las amarras: la cruz permanecía incólume como una roca de granito. Al ver estas manifestaciones de lo alto, los españoles atacaron a los indios y los desalojaron del entrenchamiento: pero el número de éstos era tan enorme que volvieron por millares al ataque con inusitado ardimiento; y por segunda y tercera vez se hicieron los indios dueños del sitio.

«Volvieron a la tarea de destruir la cruz, ese pentáculo que tenía el poder mágico de esforzar el valor español, y volvieron a intentar su destrucción. Reuniendo haces de leña para quemarla, le pegaron fuego varias veces, y se apagó.

«Había llegado la noche. El resplandor de las fogatas de los indios alumbraba siempre su empeñada inquina contra el símbolo sagrado.

«Entonces sucedió un milagro extraordinario; hacia las nueve de la noche, una señora vestida de blanco, llevando un niño en su regazo, apareció entre los brazos de la cruz, irradiando una luz divina en su rededor.

«Furiosos, los indios la emprendieron a flechazos contra la mágica aparición, y las flechas lanzadas contra la blanca madre, retornaban de rechazo y herían a los que las tiraban.

«Fue el milagro tan probante que los indios se llenaron de pavor y abandonaron su propósito de destruir la fortísima cruz.

«Pero los españoles, desde la vecina altura, habían visto el desastre de los idólatras, la visión luminosa de su protectora. Se prosternaron orando y repitiendo que aquella aparición era la Virgen de las Mercedes, que se le había aparecido en Barcelona al patriarca San Pedro Nolasco, ofreciéndole su apoyo

en las armas contra los enemigos del cristianismo.

»El Padre Juan Infante, fraile mercedario, capellán del campamento español, aprovechó el momento para dirigir una entusiasta arenga a la tropa, asegurándole que ese milagro era la indicación infalible de la victoria. La mayor parte de los españoles pasaron la noche en oración, conmovidos por la visión de la cruz, y no bien rayó el alba se lanzaron con un valor sobrehumano contra las enormes hordas de Caonabó, las cuales, sugestionadas por el poder mágico de la cruz, huyeron despavoridas por las detonaciones que con horror repetía el eco de la montaña de Los Pinos.

»Se había realizado la primera gran batalla campal de dos razas, y la de los indígenas quedó anonadada, convencida para siempre de que nunca podría vencer a los cristianos. Esa notable batalla fue en el mes de Mayo de 1495.

»Mientras tanto el fuerte de Santo Tomás había estado sitiado por más de treinta días, según orden de Caonabó, y el desastre del Santo Cerro bastó para que los desarmados guerreros insulares abandonaran el sitio, logrando el Almirante entrar victorioso a dicha Fortaleza, contando con la sumisión de varios caciques inferiores.

»Las cosas habrían quizás terminado en una paz conservadora de la inocente raza india, sin una circunstancia que marcó de un modo definitivo los eternos odios de ambas razas.

»El Almirante desde hacía tiempo insistía en que fuese capturado Caonabó, cuyas fuerzas lo señalaban como un enemigo activo y exaltado. El mismo don Cristóbal daba en reiteradas cartas las instrucciones de seducir con engaño al cacique para apresarle.

»Un día partió para Maguana el osado capitán Alonso de Ojeda a cumplir las citadas estrictas ór-

denes del Almirante. Fué con un pequeño séquito y engañosamente colmó de honores al altivo cacique ofreciéndole la amistad definitiva de los Reyes de España y de sus tropas. Invitó a Caonabó a un baño en el río Yaque del Sur como parte de un ceremonial, que decía él se acostumbraba entre los reyes, e indujo al cacique a ponerse un par de grillos en los pies, según Ojeda mismo se los puso. El cacique se mostró un tanto desconfiado, pero Ojeda insistía en que no era prudente desafiar la cólera de los reyes de España, despreciando el insigne honor de un par de grillos, que le enviaban los soberanos del cielo.

»El cacique, por fin, aceptó, y una vez engrillado, los españoles lo amarraron en las ancas del caballo de Ojeda, que a toda prisa llevó hasta la Isabela, en donde fué encerrado para ser transportado a España. El notable guerrero cacique murió en una tempestad durante el viaje de travesía.

»Este hecho, de una osadía insólita, acabó de indignar a los indios, y juraron vengarlo. Maniocatex, el incansable revolucionario por la libertad de su patria, por ser hermano de Caonabó, viajó por toda la isla moviendo la rebelión en una magna protesta. Las provincias de Maguá y de Maguana eran el foco de las insurrecciones. Fué necesario enviar un buen refuerzo a Santo Tomás, mientras Ojeda era enviado a hacer un gran alarde militar por esos cacicatos, en donde ardía la llama del patriotismo. Al penetrar en La Maguana (San Juan) halló un contingente de 3.000 indios armados de flechas, macanas y palos agudos, capitaneados por el impertérrito Maniocatex. Los españoles los derrotaron, hicieron una gran hecatombe y lograron hacer preso al terrible Maniocatex, cacique de Janique, y algunos de sus familiares, quienes fueron finalmente llevados a España. Con este golpe quedó hasta cierto punto pa-

cificada la isla y sometida la noble raza indígena a la codicia y a la maldad de los aventureros de la peor calaña, compañeros de Colón, que vinieron a eliminar, sin necesidad, a un pueblo manso e inermé, para satisfacer sus estímulos de robar y asesinar.

»La fortaleza de Santo Tomás no vuelve a tener importancia histórica desde el momento de la desaparición del patriota Maniocatex.

»Después fundó el Almirante la fortaleza de Santiago en 1495, entre los arroyos Jacagua y San Francisco, cerca del pico de Diego de Ocampo, bajo el mando de Luis Artega; más tarde el Adelantado y los Caballeros de Santiago fundaron una ciudad en ese punto, de la cual se ven aún algunos restos seculares: la capilla del convento de los Caballeros de Compostela, desenterrada y reconstruida, el acueducto de dicho palacio conventual, que aun está intacto y surte de agua al vecindario, como una indicación irrisoria del orgullo de los poderosos.

»No existe nada en las páginas del gran libro sobre esa ciudad; una mención de una línea dice que fué fundada en 1497: fué destruída por el terremoto que hundió a Concepción de La Vega el sábado, 20 de Abril, a las 9 de la mañana del año 1564. Probablemente ese mismo terremoto derribó el fuerte de Santo Tomás.

»De Santiago no habla casi nada la historia. Dice que tuvo días de prosperidad. La leyenda dice que era una ciudad rica y orgullosa, que su hundimiento fué un castigo debido a la altivez antirreligiosa de sus pobladores; pero esa ciudad no era seguramente tan importante como La Vega Real, ni sus ruinas acusan opulencia. Una gran parte de la ciudad era de tapia y mampostería; quedan todavía varios pozos en buen estado y numerosos bloques

de tapia; varios montículos de ruinas forman desigualdades del terreno cubiertas de vegetación.

«Será obra del tiempo y de la riqueza nacional el hacer en las ruinas de La Vega y de Pueblo Viejo de Santiago las metódicas excavaciones arqueológicas que habrán de revelar algo sobre la misteriosa realidad de esta ciudad muerta, que pereció a los 67 años de fundada, después de haber sido, durante medio siglo, el emporio de la hidalga nobleza castellana. Su hundimiento, debido a un tremendo cataclismo, dejó en gran parte de su emplazamiento, lo mismo que en La Vega Real, grandes terrenos movedizos llamados *tembladeras*. Hoy sirven de sudario a la enigmática ciudad la verde alegría de la fértil campiña y la agreste soledad de las marismas; realzan el paisaje los extensos palmares en que se escucha, a la lumbre de un sol lleno de esplendores, el susurro perfumado de los céfiros, entre los penachos de las palmas, interrumpido a ratos por la risa cromática de los «carpinteros».

«La misma lujosa vegetación cubre a la antigua ciudad fuerte y obispado de La Vega Real. Ambas ruinas son grandes interrogaciones y misterios, faltos de historia, que sólo el tiempo y la ciencia interpretativa de los viejos restos de edificios, llegarán un día a descifrar...



CAPITULO XXII

La batalla del Naranjo

Obligado a silencio el moreno Juan con esa larga relación, exclamó :

—¡ Ah, don Miguey, que sabe mucho ! Yo quisiera saber lei pa estudiar tuésa jitoria en lo libro setranjero, porque lo libro di aquí no creo yo que tengan tanta deplicacione, ¿ no e veidad, don Miguey ?

— Te diré ; aquí hay gente que sabe mucho y que podría ilustrarnos sobre estas materias ; podrían escribir libros de gran mérito, pero las obras no les reportan sino pérdidas a sus autores, y por eso pocos son los que pierden su tiempo en escribirlos.

« En los grandes países hay escritores que le sacan un millón de pesos a una novela, como Blasco Ibáñez lo ha hecho con « Los cuatro jinetes del Apocalipsis ».

— ¡ No diguésolo ! ¡ tanto cuaito ! ¡ Baraña !

Terminaron la conversación mientras subían la Cuesta del Naranjo. Ambos viajeros pensaron con recogimiento, evocando los recuerdos, en las varias batallas intestinas que se han dado en este estratégico lugar, una de ellas sumamente sangrienta.

—Pienso—dijo Juan—en la última pelea en que me vide yo aquí. ¡Ay, don Miguey, qué baibaridá! Yo era baicita y peliábamo con lo de la Liga, cuando ei gobierno d'Epallae (1). Ya jaito de tirae con lo brogoce (2) no fuimo con lo sable a l'aima blanca. ¡Eso fué un demandingué! ¡qui atrocidá! taba ei mondongo que jedía a baico viejo. Y créalo, don Miguey, el agua del arroyito se puso colorá de la sangre, pero no pasan eso maídito jazule; y cuando nuestro general Juancito Día mandó a tocai la coíneta pa l'último ataque se li acabó la brabeza ai batallón de Santiago. Le llamaban «La Floi», pero aquí se la maichitó. E beidá quéran guapo, poique quitaile su honoi no se le quita... pero a lo último fuen tanto lo mueito qui hibo pa saivai la bandera dei batallón, que si no e poi Perico Pepín no se la llevan. Pero ete jizo una hazaña de guapo entre lo guapo. Pero dipué que cogién su bandera, encima de una baises de mueito, lo baicita medio brabo poique no quitán la bandera, dimo tanto machete que eso maídito dei pueblo tuién que mandaise a juí; se mandaron a todo galope, pero lo cogimo poi jangá y lo afusilamo poi paquete. Dei tiro ganamo la revolución y le dimo garantía a to eso guapo que se

(1) Este notable combate tuvo lugar durante el sitio de Espailat (gobierno de principios de ese modelo de repúblicas). El General Juancito Díaz, de La Otra Banda, estaba campando por sus respetos en el otro lado del Yaque; Isidro Pereyra, Comandante de Armas de Santiago, salió al frente del batallón «La Flor del Yaque» y se negó, a fuer de valiente, a seguir la indicación de sus espías que aconsejaban un ataque prudente por entre los montes. Pero el General Pereyra no quiso sino atacar de frente, en pleno camino real; y de esa mala disposición resultó el tremendo desastre de ese empeñado combate, que determinó la caída del intérrimo don Ulises.

¡Lástima grande que los dominicanos no fueran entonces tan civilistas como heroicos!

(2) Nombre popular de un fusil «Remington» de grueso calibre, arma inhumana que fué retirada de la fabricación.

no pararon, Guelito Pichaido, Bruno Maimolejo, Ramón Ecobosa, Baidomero La Concha, José Pepín, Emilio Vaiveide, Pedro María Epallae, Gi Pepín, Polo Baibuena, Abelaido Gaicía, Purrón, Emilio Maitine, Puchulo Gaicía y mucho ma. Contra tanta gente na ma éramo 18 lo baicita.

«Uté ta viendo que eta do cueta son laiga, y con buena/pa peliai ei que tenga gana de lucise; *pero/machina* asina que se murieron tanto d'ello pa llevaise su foca bandera, lo díbamo acabando con ei filo de lo jencabao. Mire, aquí mimo le quitamo toa la municione que llevaban en vario caballo y cogimo ei jefecito dei convoi, un hombrecito tan privón que no cotó afusilailo, poique quería peliai tuavía di-pué di'amarrau. ¡Baraña con ei maichante tan guapo!

Miguel oyó aquel aluvión, fingiendo no darle mucho interés, por más que como historia de nuestra barbarie intestina seguramente lo tiene; contestó con un movimiento de cabeza, evadiendo la conversación sobre un tema que le traía recientes recuerdos de los cruentos y fraticidas combates del sitio de Santiago en 1914. No quería pensar en ello: su indignación de las abominaciones cometidas crecía de punto al recordar que él mismo se echó encima a un enemigo pesado al salvarle la vida a un prójimo desconocido, a quien quisieron fusilar los bolos a título de represalia.

Su temperamento por demás nervioso acabó por una gran repugnancia de tal conversación y así cortó el hilo de la locuacidad de su interlocutor, que se alistaba a referirle los detalles del combate del Hoyo de Lima y de otros hechos de armas notables, silenciando por de contado aquellas refriegas o batallas en que le habían zurrado la badana a sus partidarios bolos y baecistas.

Miguel le hizo observar a su buen amigo Juan



que ya iban a entrar a Santiago y que había llegado el momento de separarse.

Bajaron la rampa de la carretera al doblar la curva del Alto del Petirre y echando una ojeada sobre la ciudad, guardaron un silencio contemplativo. Las agujas de la Iglesia Mayor penetraban audaces en el cielo; su rotonda de bella arquitectura se dibujaba sobre la blancura de una nube y parecía simbolizar la comunicación de la criatura con su Dios. Un sol de oro reverberaba sus luces sobre la ciudad, que aparecía como una amalgama de cuadros blancos y de pequeñas pirámides pintadas de rojo. Los efectos de las sombras daban vida a los detalles: allá el Castillo con sus vástagos de acero que nos ligan con el mundo, el manicomio, blanco y enorme como las voluntades que lo hicieron, el fuerte San Luis, bello de lejos aunque subjetivamente horrible al pensar en la sangre que ha vertido, y las calles tiradas a cordel que contrastan con la abrupta muralla azul de la Barranca, la cual va lamiendo cariñosa la linfa pura y majestuosa del río Yaque. Y sobre la activa ciudad cuya alegría se vislumbraba una cortina lejana de montañas parecía como colgada de la comba de los cielos.

Juan fué el primero en interrumpir el silencio, diciendo:

—Don Miguey, no hay día que Santiago e jei pueblo ma bonito que hay.

—No, Juan—replicó Miguel—. Otras poblaciones tienen situaciones preciosas y poseen tal vez mejores edificios. En lo que sí es notable nuestra pequeña ciudad es en el espíritu generoso y noble que la distingue. Es algo más que una ciudad eminentemente laboriosa; es algo más que el emporio del trabajo; pues azotada de un modo terrible por las más duras pruebas, por las ruinas más devastadoras, lleva en su blasón no obstante la consigna de ser

en todo tiempo el centinela avanzado y defensor de las patrias libertades. Cuando suena la hora de los grandes sacrificios, nadie jamás la ha superado. Yo nunca he admirado la parte material de Santiago, aunque sí debiera, porque es una ciudad nueva, nacida en casi medio siglo de pobreza, sobre las cenizas de aquel heroico pueblo de los restauradores, que, como Sagunto, sitiada por Aníbal, prefirió a la coyunda el suicidio creador del incendio.

—Yo sí creo—añadió Juan entusiasmado—, pues era un bravo soldado, a guapo no gana nadie.

—No—replicó Miguel—; lo de guapo no es ventaja, sino frente al enemigo extranjero; la guapería no es ningún mérito cuando no se emplea en defensa de la Patria. ¿Tú oyes, Juan? Ya los tiempos han cambiado. Eso de matar, de asesinar y de guapear pertenece al salvajismo; ya pasó de moda la profesión de valiente. Ahora debemos pensar en tener más valor moral, más resistencia para sufrir los dolores públicos que no podemos evitar, más sentimiento de la Patria, en fin; poco a poco nos fuimos acostumbrando a creer que la ciudadanía es ser «bolo» o «rabudo» o «rojo» o «azul» y con frecuencia las dos cosas; pero la triste evidencia de la ocupación norteamericana nos enseñó que aquello era un error profundo: lo único que es honrado y honroso es el sentimiento de unión de los dominicanos, la consideración de que todos somos uno, uno sólo y fuerte por la unión, para defender nuestra pequenez y nuestra pobreza de las agallas de los grandes peces. ¿Tú me entiendes, Juan?

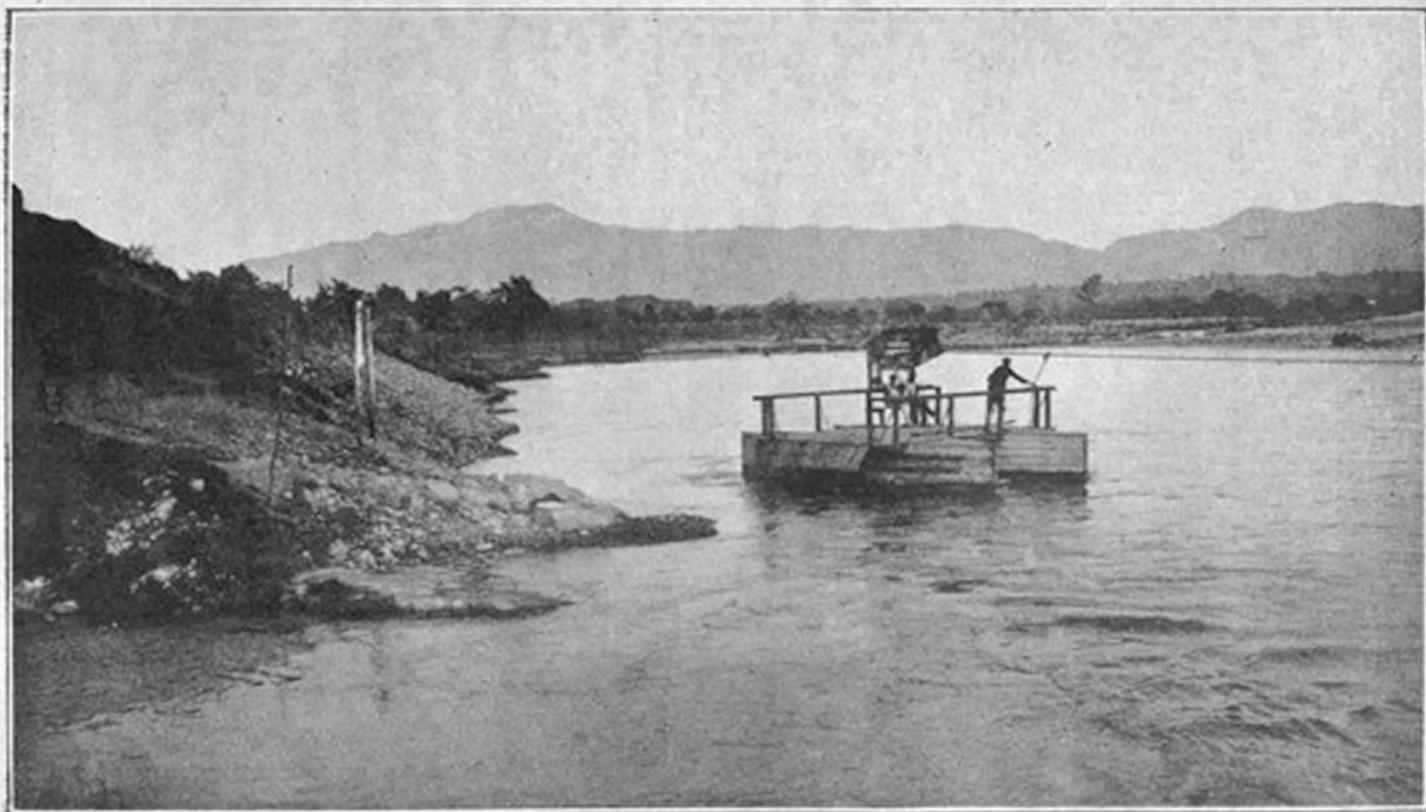
—¿Cómo que si lo entiendo? Otro ma bruto que yo también entiende lo que uté me quíe decí.

En esto ya habían llegado los viajeros al andén del gran puente de hierro y entraban en el ajeteo de la ciudad.

Juan se despidió con las acostumbradas muestras

de su lealtad, mientras el hatero le recomendaba que no dejara de irse un día en la guagua por Navarrete a pasarse un par de días, que tendría gusto en conversar sobre muchas cosas con un amigo a cuyos consejos debía la conservación de su tesoro máspreciado: Sántica.

El moreno arrendó su penco por la calle de la Barranca, mientras Miguel seguía hacia la plaza Valerio, a casa de sus primas.



Barca de Morel, paso de Otra Banda, Santiago y pico Diego de Ocampo

CAPITULO XXIII

Indiscreciones

Cuál no fué la sorpresa de las Rodríguez cuando supieron de la propia boca de Miguel que dentro de dos meses se casaba... con Santica.

—¿Con Santica, Miguel?—dijo una de ellas a quien no le cocía el pan.

—¿Adiós, y no es con ella que tengo compromiso?

—Sí, pero...

—Como decían...—agregó la otra.

—¿Qué decían? ¡Paparruchas!—exclamó encolezado—; la gente ya no sabe cómo murmurar del bien ajeno. Santica es la más adorable de las criaturas; no solamente es una graciosa mujer, sino una muchacha seria y honrada como pocas; en su sección y en todas Las Matas se la tiene por una de las mejores muchachas que se conocen.

Las niñas se miraron una a otra sin saber qué contestar; no precisamente confusas del acento de convicción de Miguel, sino se miraron para ponerse

de acuerdo sobre el ataque contra la preferida del joven ganadero. La mayor aventuró:

—Es verdad, no puede dudarse de su virtud; pero tú ves, primo, que ya esa muchacha la han murmurado con otro (y recargaba maliciosamente las palabras); las lenguas, tal vez sin razón, se han ocupado de mancharla, y aunque no fuera así, tú sabes, primito, que nunca hemos creído que Santica sea la mujer que tú te mereces... Para ti hay muchas muchachas del pueblo y de Navarrete que tienen más cultura...

—Ustedes están muy equivocadas — interrumpió con énfasis Miguel, ya listo a enfadarse—. Pocas mujeres conozco yo tan cultas y tan leídas como mi Santica... Y además, ya es tarde para pensarlo. Me caso dentro de dos meses y quedan ustedes invitadas para mi matrimonio. Si ustedes quieren ir conmigo a Rincón de Piedra, asistirán a unos desposorios de un hombre rico—dijo el mozo con marcada ironía—, pues don Luis García y yo pensamos arruinarlos este día. Después... ¡la luna de miel, el viaje de novios, las risas de la felicidad... la ilusión cumplida!

Iban tal vez a discutir las niñas con la intemperancia propia de la mayor parte de las mujeres, cuando observaron a su mamá por detrás de Miguel, que les hacía señas de callar, de no contrariarle. Cuando las niñas dejaron de contestar, a su pesar, doña Conchita apareció saludando a su sobrino con gran cariño.

—Miguel, ¿conque te casas?

—Sí, tía, ¿halla usted que hago bien?

—¡Ya lo creo! Y con esa muchacha vas bien, ¡una bonita pareja!

—Y mujer sería como pocas.

—Tiene fama. Es de Rincón de Piedra, que es la región de las mujeres buenas, y entre todas ellas



tiene una gran reputación. Yo la hallo muy graciosa, inteligente, muchacha de buenos modales, y sobre todo, hija de buena madre... porque tú sabes, Miguelito, las mujeres hay que buscarlas por la raza.

—Mamá, ¿como las novillas?—dijo charlando la más joven.

—Justamente. La educación puede mucho y...

—¡La herencia!—interrumpió Miguel—. Ahora los sabios lo atribuyen todo a eso que llaman atavismo.

—Los sabios saben demasiado—dijo la más pequeña—; pero hasta ahora no han inventado la manera de casarse las muchachas.

—Eso sería la ciencia principal—recalcó la mayor—; tanto que inventan y todavía no saben sacar de penas a una pobre muchacha como yo, que tengo mi compromiso; ¡pero sabe Dios si no se me cuaja!

—Y a propósito—dijo la señora—; recibí un telefonema para ti, probablemente de tu casa.

—¿Hay novedad?—preguntó con interés el joven.

—No; esta mañana vino un muchacho de tu casa y dijo que todos están bien.

Una de las niñas trajo el parte cerrado en papel rosado, dirigido a Miguel Serra, recomendado a la familia Rodríguez, Santiago.

El parte era de Felita.

Decía así:

«Como te esperábamos ayer y no has llegado me preocupa tu retardo. Te ruego que antes de dementarte pases por mi casa para que hablemos una cosa muy importante,

tu afectísima,

Felita.»



El joven se inmutó; al leer el parte se agolparon a su mente las lúbricas impresiones de la hora de la partida, cuando listo a cometer un atrevimiento con aquella linda mujer que se brindaba, oyó la voz imperativa de su padre que le llamaba al camino del honor.

Miguel pensó guardar el telegrama, temeroso de que la indiscreción de las niñas tratara de leerlo, y cuando lo guardaba, la menor de ellas se lo arrebató para ver la firma, y llegó a leer que era de Felita.

La madre, doña Conchita, la regañó por su atrevimiento. Pero la mayor, al saber que era de Felita el telegrama no pudo ocultar su admiración, entreabriendo la boca y ensanchando los ojos de pura extrañeza.

La más chiquita, incorregible curiosa, le interrogó con mal tono:

—¿Y a ti qué te tiene que telefonar esa Felita?

—¡No creo yo!...

—No, a mí nada—contestó turbado—; es una noticia de un negocio...

—¿Negocio? Sí; yo sé los negocios que te puede proponer ella...

—A mí, ninguno—contestó Miguel.

—¿Pero no dijiste que era un telefonema de negocios? ¡En qué quedamos!... Mira, Miguel—dijo la imprudente, levantando el índice en son de amenaza—; tú vas a parar en mal si te metes en mucha amistad con esa muchacha... bastante malparada de reputación.

—Hombre, sí; sus amores con Toño Pérez no fueron muy buenos, que digamos.

—O por lo menos—replicó una de las niñas—, quedó muy desacreditada la diablita de Navarrete. Así es como le dicen, «la diablita».

Doña Conchita callaba otorgando y hasta se reía,

circunstancia en la cual fijaba su atención el ganadero, que por fin protestó con energía :

—Adiós, y ¿qué se están ustedes creyendo? ¿Soy algún loco? ¿No me voy a casar pronto con Santica? ¿Cómo voy yo a ocuparme de ninguna otra mujer?

—No—dijo solapadamente la mayor—; ¡ como ella vive en tu casa... y todo el mundo sabe que se ha mudado allá para conquistarte... !

—¿A mí?—dijo con fingida indignación Miguel.

—Sí, a ti; ¿quién no lo sabe? En los pueblos pequeños todo se sabe, y lo que no, se adivina. Ella no es mujer que se para en pelillos; ella misma ha publicado que tú la enamoras y que tú no le eres indiferente, y nosotras, que conocemos bien el paño, sabemos que ella anda buscando un hombre de posición que se haga cargo de ella, y que es una mujer tremenda y bonita, y mala, y capaz de sitiarte y de rendirte...

La señora, considerando el ataque ya demasiado violento, intervino ordenando silencio, mientras el joven tartamudecaba una mal pergeñada excusa.

—¡ Silencio !—repitió doña Conchita—. Estas niñas repiten como cotorras todas las necedades que oyen. ¿ Creen ustedes que Miguel es algún cualquiera? Son los Serra gentes muy honradas para que con apoyo de la familia, mi queridísimo sobrino, vaya a cometer una felonía semejante.

Y luego recalcó :

—Miguel se casará pronto con Santica, la virtuosa y rica, y es inútil pensar que esa... desacreditada piense siquiera en impedirlo.

Quedó terminado el incidente; pero la herida estaba viva y la emoción del joven no podía ocultarse.

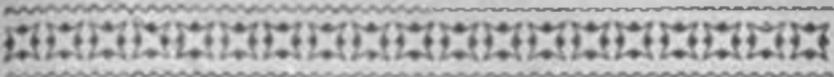
Sobrevino un silencio difícil, después del cual la señora solamente habló sobre las cosas banales y varias a ver si restablecía la armonía.

En eso resonó la bocina de un auto en la puerta, y

se asomaron las niñas a la galería. Era don Elías Bisónó, el simpático comerciante de Navarrete, que sabiendo la llegada de Miguel, venía a ofrecerle su automóvil para llevarle a dicho poblado.

—Con mucho gusto—dijo Miguel—; vámonos cuando quieras. Le dejaré mi caballo a mi tía para que se lo entregue a un peón que vendrá a buscarlo.

Y se metió en el auto, que volvió a gritar y desapareció en la esquina de la calle.



CAPITULO XXIV

El aeroplano y la carretera

Camino de Navarrete, cuando al salir de Santiago iba el carro atravesando la vía férrea, admiraron los viajeros el interesante aterrizaje de un aeroplano que llegaba al vecino campo de aviación.

El pájaro volante, con las alas enormes extendidas, tocaba casi a la tierra, enseñando sus nervios de acero y todos sus detalles; se deslizó por fin sobre la llanura resbalando en el césped por cincuenta metros, disminuyendo gradualmente la marcha.

Cuando acabó de parar, bajó del aeroplano un pasajero y el aviador también; éste inspeccionó rápidamente su máquina, y hallándola buena, volvió a sentarse en su lugar mientras dos hombres empuñando con entrambos brazos las aspas del motor, comenzaron a darle vueltas para iniciar el movimiento. La máquina principió a funcionar marcando el compás creciente del motor. El aeroplano permanecía fijo en su lugar, pero las aspas daban vueltas aumentando la velocidad y levantando una nube de polvo del suelo.

En seguida los ayudantes empujaron el aparato, haciéndolo rodar sobre sus pequeñas ruedas, y así co-

menzó a correr sobre la tierra en una distancia de cien metros. Aumentó el isócrono ruido del motor y entonces, el aviador, levantando la palanca del ascenso, logró alzarse un metro sobre el suelo, y después un poco más, hasta volar un instante muy bajo todavía; luego enalzada ascendente comenzó a subir con lentitud; más y más subiendo en dirección a la loma, emprendió por fin su marcha triunfal entre los aires, destacándose del azul del cielo la bandera francesa que llevaba pintada en su timón.

El águila de hierro con sus blancas alas extendidas subía derecha hacia una nube que parecía iba a alcanzar, cuando de improviso varió de rumbo por no tropezar quizás con la montaña, y describiendo una curva extensa y majestuosa, reconociendo su rumbo como las palomas viajeras, enfiló su marcha hacia el sudeste, aumentó el ritmo de su corazón volátil y voló, voló hacia la ciudad romántica.

Ambos viajeros desde el automóvil exclamaron su felicidad por haber contemplado un espectáculo tan grandioso y el *chauffeur* roncó su bocina como un ganso y arrancó a marcha rápida hacia su destino.

Pasaron un puente en Gurabito y luego, al vencer la amplia curva de Cuesta Colorada, aumentó la velocidad para resarcir el tiempo perdido.

Al llegar al alto de la cuesta, volviendo el rostro, admiraron la ciudad de los Caballeros; se deslizaba como una sultana deliciosa sobre una alfombra de flores y verduras, reclinada la cabeza en el Castillo y dejando que jugueteen con sus pies las ondas cristalinas del Yaque, majestuoso y señoril.

En lo alto, un cielo color de lapislázuli, adornado de albos encajes, brillaba de los espléndidos fulgores de un sol magnífico.

Y la máquina resoplaba al ritmo de la velocidad. Un puente y otro, y otro más, se presentaba devorando las distancias en el vértigo de la carrera. El señor Dic-

go de Ocampo, rey de las alturas, dominaba sobre la campiña, enseñando sus flancos cultivados hasta la cima y dejando ver las grandes raspaduras que en sus faldas hicieron los derrumbes sísmicos.

Las Lagunas, el pueblito simpático de las mujeres cultas y graciosas y de los briosos nacionalistas, surgió de pronto del variado kaleidoscopio.

Una breve parada para refrescar el motor y saludar a los amigos Madera duró pocos minutos.

Después volvió a vibrar el rápido automóvil, y volando casi, al lado de los bosques preciosos y al largo de algunas cercas y techumbres, se deslizó por entre una naturaleza pobre y pedregosa.

Atravesó el puente de Las Lavas y ascendió la cuesta, volteando por entre varias curvas, emprendiendo otra vez la rápida carrera.

Cuando la máquina salió de la curva de Estancia de Yaque y enfiló sobre la larguísima recta que va más allá de Navarrete, la velocidad fué vertiginosa. Las vacas que pastaban en las eras parecían chivitos y los caminos sendas, de tal modo los hacía ver pequeños la extrema rapidez: 80 kilómetros por hora.

Llegaron a Navarrete. Una calle infinitamente larga de casas bien construídas es lo principal del poblado. La iglesia enseña su flecha en un costado del pueblo, que queda comprendido entre los cerros del sudeste y la llanura que termina en la estación del ferrocarril; allí principia la cadena de montañas del norte. Las lomas del Guanábano, La Lomota y El Aguacate encuadran por el norte la llanura inmensa.

Navarrete es un pueblo comercial, también rico en ganados, y sus lomas son bastante cultivadas y productivas.

Es una población simpatiquísima, una como sucursal comercial de Santiago, en donde se mueven las actividades de la exportación de tabaco, de café, de algodón y la vigorosa vida de un pueblo de trabajo.

Las mujeres, ¡no se diga!, son tan bellas como cultas, y con frecuencia los poetas cantan el ardor de sus amores, semejante al fuego vibrante de sus soles.

Al llegar el auto fuése derecho a casa de los Serra en donde se desmontó Miguel.



CAPITULO XXV

Las abogadas del diablo

Al llegar Miguel le asediaron sus hermanas a preguntas, creyendo que él había terminado con Santica. Las noticias de Las Matas así lo aseguraban.

Pero fué grande su disgusto cuando supieron lo contrario, de la propia boca de su hermano.

El desconcierto de las jóvenes no era para menos; la más pequeña aventuró una exclamación imprudente:

—¡Y yo que acariciaba la esperanza de que te casaras con Felita!...

—¿Qué dices, Chita, tú estás loca?—opuso Miguel con énfasis—. ¿Tú no sabes que esa es una mujer muy desacreditada?

—¡Mentira, mentira!—exclamaron todas a coro—; las que han inventado esa calumnia son las feas, las envidiosas de su belleza, porque quitar que Felita es una linda muchacha...

—Linda, sí, por su desgracia—replicó Miguel—, pero... ya es tarde para pensarlo, porque dentro de dos meses menos dos días soy un hombre casado...

—¡ Ah! —protestó la mayor con ira—. ¿Y nos vas a abandonar por esa campesina?

—¡ Eso nunca, mi vida! Ni por la hija del sol abandono yo a mis hermanitas ni a mi papá—dijo abrazando con cariño a su interlocutora.

—Menos mal, si no es esa tu intención...

—Sí, pero...—insinuó Clara—, tú bien sabes que Santica piensa que te vayas a vivir a Santiago...

—¡ Bien; y aunque así fuera!, que eso lo veremos... acaso que yo me case o me vaya a vivir a Santiago voy a dejar a mis queridas hermanitas... ¡ qué disparate!

—Sí, pero...—aventuró Angela, la mayor—, si te casaras con Felita, seríamos una sola familia, porque ella con nosotras es muy unida...

—No les durará mucha esa amistad; porque ella no es igual a ustedes.

—Miguel, Miguel—dijo con malos modos la pequeña—; déjate de hablar mal de Felita; te lo he dicho. Y después de una pausa continuó:

—¡ Quién te oye... y enamorado de ella hasta la médula! ¡ Qué hipócritas son los hombres!

—Y las mujeres—acentuó Miguel.

—Pero nunca como los hombres... Ve lo que estás diciendo de ella, y en cuanto la ves parece un corde-rito, se te van los ojos tras de ella de tal modo, que no entiendo yo ese matrimonio tuyo, porque nadie ha visto a nadie casarse con dos mujeres.

—¡ Qué sabes tú lo que dices! Tú no entiendes nada de amores—replicó Miguel—. Y, además, ¿quién te ha dicho que yo estoy enamorado de Felita? ¡ Eso es falso!

—¡ Ay, que no, que no! ¿Crees tú que nosotras no tenemos ojos?—insistió Chita—. Ahorita viene ella para acá. ¡ Veremos cómo te portas con ella, hipócrita, embustero!

—¡ Ay, por Dios! —dijo Miguel encarecidamente—;

no me vayan a comprometer con esa mujer. Si ustedes me quieren, tengan cuidado de no decirle una palabra de esta conversación...

—Adiós, ¿y tú no decías que no pensabas en ella?

—No es por eso, sino que yo le tengo miedo a Felita. Es una mujer muy tremenda y no quiero líos con ella. Me voy a casar y me parece comprender que ella quiere que yo desista de ese matrimonio.

—Lo que yo creo—dijo Angela—, es que ella al fin te hará desistir.

—¿A mí? Solamente papá tiene esa autoridad; ustedes la tendrían si supieran bastante del mundo para dirigirme, pero gracias a Dios son ustedes unas muchachitas inocentes que no saben del credo la mitad...

—Bueno, Miguel—dijo la mayor—, no tengas cuidado por nosotras, pero arréglate que ahí viene Felita, tu dulce enemiga...

Miguel se escapó por el patio y huyó por las cercas buscando al parecer un becerro extraviado.

Llegó la hembra brava, aprestada para el combate con todos los arreos de su belleza.

Estaba encantadora ese día, y sobre todo convencida de su poderío. ¿Qué mujer bella no es sugestiva y peligrosa cuando quiere serlo? Ya la realidad de su amor, si es que lo siente, o la imposición definitiva de su instinto sexual, si es un mero capricho de gustar, son armas victoriosas contra las cuales no saben los hombres sino rendirse mansamente. ¿Puede el varón abroquelarse contra la invitación formal de unos ojos fogosos y atractivos? ¡Imposible! De suceder así fuera un contrasentido del orden natural; pues cuando la mujer invita, la naturaleza obliga al varón a cumplir su noble destino. Hay algo ultrasensible e instintivo que así lo ordena; por eso Felita se presentaba con la seguridad de la victoria, como un acorazado en fecha de combate, mientras Miguel, seguro de su derrota, no osaba resistir.



Por eso huyó como un cobarde. Se sentía débil en presencia de aquella mujer fascinadora, y para cumplir sus compromisos lo mejor era la fuga. ¡ampararse de la distancia!

Además, pensaba que su padre no estaba en casa, y que esa ausencia constituía un nuevo peligro para él.

Don Pedro había ido presuroso al poblado de Esperanza al mortuorio de uno de sus viejos compañeros de la Restauración, y no volvería hasta el día siguiente.

No era prudente, pues, celebrar entrevistas con el enemigo estando la propia plaza entregada al partido contrario.

Felita observó la fuga, y aunque las hermanas solamente, de su conversación con Miguel, le dieron la ingrata noticia del próximo matrimonio, la muchacha, después de un breve desmayo, cuando ella no esperaba tal cosa, recobró su serenidad, aunque aparente, y pensó en los recursos supremos aconsejados por su tía para ultimar la conquista de Miguel.

Había que apelar a los recursos puramente sexuales; había que dominar a aquel varón rebelde, rendirlo con las argucias de la hembra; había que prometerle las delicias de un placer divino; había que quemar las naves del pudor; había que avezarse a todos los atrevimientos, a todos los delirios de la carne para detener una parte siquiera de aquella fortuna que ella debía conquistar... siquiera en parte.

La conversación sobre Miguel fué sobria.

De parte y parte se callaban las mejores razones.

Clara le dijo sin embargo:

—Felita, quédate con nosotras a dormir, que papá no está aquí; se fué a un mortuorio a Esperanza y necesitamos tu compañía; tú sabes que Miguel sale mucho por las noches y tal vez nos deje solas.

—Si tú te quedas—añadió Chita—, él se quedará en casa: tú lograrás halarlo.

—¡Ya lo creo!—dijo riendo Angela.

—Te ayudaremos a sujetarle.

Por fin, a la hora de la cena vino Miguel a caballo, fingiendo haber estado atareado durante toda la tarde.

Felita no fué a recibirle, de intento. Miguel no quiso preguntar por ella, aunque en el fondo de su pecho se estaba librando un batalla recia. Amor no le inspiraba esa mujer, pero no podía engañarse: la deseaba con un anhelo cada vez creciente, y sabía por intuición que las ocasiones serían para él fatales. Esa mujer se atrevería a todo, y él no conocía el arte de la resistencia.

Llegó el momento de la cena, y Felita le saludó con frío dándole la mano furtivamente.

Se sentó algo distante del joven para ver si él se interesaba por ella. Cuando terminó la cena, ya ella se había dado cuenta exacta de la situación, y bien comprendió que el deseo la dominaba y que su mente estaba en ruda lucha.

Respiró libremente al averiguar esa importantísima situación. Y pensó para sí: «¡Este es mío; lo lograré por lo menos una parte de mis aspiraciones!».

Antes de levantarse de la mesa, ella no olvidó recomendarle a Angela que no dejara de rogarle a Miguel que no saliera, puesto que don Pedro estaba fuera.

Miguel ofreció que no saldría, por más que don Luis Bjsonó le había citado para una partida de ajedrez.

Nadie tuvo en la reunión el mal gusto de hablar sobre el matrimonio de Miguel.

Se habló sobre la excelente compañía que actuaba en el teatro de Santiago, sobre otros matrimonios proyectados en Las Lagunas, en Pontón y en Santiago.

Se habló de todo un poco y con tal habilidad se había conducido el hilo de la conversación, que cuando vino a terminar la velada ya Felita y Miguel parecían muy amigos; simulaban ser los mismos que antes de la partida de Las Matas; Felita le rogó que bailaran un fox-trott que tocaría la victrola de Clara, pero Miguel pretextó que se había dado un golpe con un tocón en una pierna, andando las cercas, y declinó el peligro.

Ella no se dió por vencida; se sentó a su lado y le tomó la mano con cierto atrevimiento, diciéndole:

—Miguel, tenemos que concluir la conversacion que comenzamos cuando ibas para Rincón de Piedra.

Miguel, turbado por ese recuerdo, sentía que una atracción poderosa le inclinaba hacia los ojos absorbentes de esa mujer mágica.

Sonrió y abandonó su mano a aquel contacto sedoso y delicioso.

—¡Es mío!—se dijo interiormente la fémima seductora—. Yo sabré reducirle a mi poder.

Miguel, sin embargo, luchaba en su fuero interno; un minuto le dijo la conciencia: «¡Miserable! ¿Así engañas a tu novia? ¿Qué haces, desdichado?...». Violentemente retiró la mano y encerróse en su aposento, con un pretexto cualquiera hasta que la voz melodiosa de Felita le llamó a su lado otra vez, con un pretexto fútil.

El hatero mandó un sirviente al vecindario a comprar helados para ella y sus hermanas. Y la conversación siguió tan amena como al principio.

Así discurrieron las tres horas de la prima noche; cuando ya a la hora de retirarse Miguel salió a la galería y las niñas se fueron a sus alcobas a preparar las camas, Felita aprovechó la ocasión para darle un asalto a Miguel; y saliendo también a la galería se le acercó tanto que sintiera el joven el roce de su di-

vino cuerpo. Díjole al oído con toda la fluidez de su imperio femenino :

—Miguel... no seas tirano... vamos a hablar... tengo mucho que decirte... las muchachas se van a acostar, podemos hablar aquí en voz baja, y nos acostaremos tarde...

Miguel logró contener sus nervios excitados por el aroma que exhalaba el seno delicioso de la hembra, y deshaciéndose como pudo de los brazos que intentaban estrecharle, le advirtió que era imposible semejante conversación a esa hora y en ese lugar, en ausencia de su padre y en presencia de sus hermanas a quienes ofendería aquella libertad.

—No, ¡ imposible !—protestó Miguel—, hablaremos otro día y en otro lugar...

Felita comprendió que no debía insistir, porque el respeto era la norma de aquella casa ; pero se conformó con marearle un poco más, acariciándole el cabello y las espaldas con sus manos de seda, e inauñándole el turbador perfume de su respiración.

Miguel estaba moralmente vencido.

Ella le estrechó la mano con presión, y le dijo al oído, como reconviniéndole :

—Pues no quieres hablar conmigo, me voy a acostar, ingrato. Quizás algún día te pese haberme despreciado—dijo con fingida indignación—. ¡ Cuántos quisieran que yo los tratara como a ti !

—No digas eso, Felita—replicó el joven—. Yo volveré a hablar contigo, pero no en mi casa...

—Pero si no quieres ir a la mía... tú sabes que allí eres dueño y señor de mí y de mi casa...

Miguel, turbado y luchando heroicamente con sus propios nervios, hizo un esfuerzo supremo, se dominó un punto, cerró las puertas de la calle y del patio, mientras ella se sentaba en una silla a la entrada del cuarto de Miguel ; y cuando el joven regresó del patio,

ella le miró intensamente, le impuso el magnetismo de sus ojos poderosos y se le acercó poco a poco con ánimo de besarle; pero Miguel empleó todas las flojas energías que aun le quedaban y se escapó por la cancela del corredor, metiéndose en la cama febril y atolondrado.



CAPITULO XXVI

La seducción

Largo tiempo tardó el hatero en conciliar el sueño. Se agolpaban a sus sentidos los posibles deleites de una mujer tan preciosa, fulguraban en sus ojos los relámpagos de aquellas miradas de pasión que le convertían en cera blanda, mientras persistían en sus sentidos los perfumes persuasivos de la fémína como un hechizo... Pensaba en poseerla, pensaba en ello con la exageración propia de su carácter impresionable. «¡Oh dolor—pensaba—, perder la ocasión de poseer a una mujer tan linda!».

Y luego, cuando hubo lucubrado largo rato sobre los peligros de una conquista que así se le brindaba tan fácil, habló en él el yo interior, el hombre de conciencia, aquel que no miente ni simula, que habla la verdad escueta y nos ordena el deber imperativo.

—¿Qué estás haciendo, Miguel?—gritóle la voz interior—. ¿Has olvidado tus deberes? ¿No eres ya el prometido de Santica, el que la debe fidelidad, aun en su ausencia, el que no debe siquiera ser amigo de Felita?



Y encapotando el ceño le decía :

—¿Qué hiciste, miserable, de tus juramentos ; de la rectitud de conciencia que te enseñó tu padre? Vuelve, desgraciado, a ser hombre de bien.

E inmutado, avergonzado de esta admonición de su yo interior, determinó salir temprano para cualquier parte, inventar un viaje lejos, huir de aquella seductora que ya había conquistado su deseo y que pronto le rendiría en los transportes de un pérfido placer...

Sí; a la maña siguiente, partiría para La Vega con pretexto de vender ganado y se quedaría por allí una semana, iría luego a Rincón de Piedra, y le consagraría a su Santica todos sus pensamientos noche y día. ¡Estaba resuelto!

Al otro día, antes de rayar el alba, había en casa de don Pedro el movimiento cotidiano de las lecherías. Los peones ordeñaban y alistaban las mulas para distribuir los bidones de leche en varias direcciones; las niñas se levantaron temprano a vigilar el trabajo y preparar el café, porque vieron que Miguel no se había levantado: probablemente ese muchacho había dormido mal, pensaban ellas. Y en efecto, sólo muy tarde en la noche pudo lograr acallar su conciencia y dormir un poco.

Felita había encontrado la ocasión que ambicionaba. Se quedó en la cama haciéndose dormida, y en cuanto salieron las niñas al patio, se levantó y se vistió a medias, descubierta el pecho y los ebúrneos brazos, se perfumó con agua de Colonia y se metió con osadía en el cuarto de Miguel, soltóse la asfaltina cabellera, abundante y luenga, y se situó frente al espejo fingiendo peinarse.

Hacía ruido de intento para despertar al joven, y cuando lo logró le dió la espalda y siguió su aparente tarea del peinado, haciendo mimos en el espejo.

Los nervios del pobre Miguel se dilataron, su corazón golpeó con valor inusitado, sus resoluciones



honradas se esfumaron, y volvió a dominarle el ardiente desco.

Ella, fingiendo no verlo, se alzó las enaguas hasta las rodillas y se apretó las ligas, enseñando las más lindas piernas que en su vida había visto Miguel.

No se necesitaba más: estaba rendido el varón.

Solamente se detuvo por el respeto de sus hermanas. Pero Felita, que sabía lo que estaba haciendo, fingió no haberse dado cuenta del despertamiento de Miguel y dió un grito de sorpresa, escapándose para su cuarto diciéndole:

—Espérate que vuelvo ahora...

Rápidamente se puso una bata muy ligera y volvió, cerrando la puerta tras sí.

—¡Estamos solos—le dijo a Miguel, casi en secreto...; las muchachas están en el corral. Hablemos en voz baja para oír si entra alguno.

Y se sentó en una silla a la cabecera de la cama, tan cerca del hatero que sus senos se apretaban contra la cara del doncel.

Y reuniendo toda la potencia de su magia, ella le acarició la frente diciéndole:

—Miguel, por Dios, quíereme que estoy loca por ti; no seas cruel...

Miguel no pudo más, se sentó en el lecho exaltado por el aroma de mujer que exhalaba el seno de la joven, y asiéndola en sus brazos con pasión no contenida, se lanzó sobre sus labios y la besó intensamente; como agua aprisionada largo tiempo estalló su corazón en un impulso erótico, bebiendo a satisfacción la ambrosía perfumada de aquellos labios ardorosos.

Un relámpago triunfal brilló en los ojos de Felita.

Pero no obstante, como ella obedecía a una táctica preconcebida, presto se puso de pie y emprendió la fuga.

Quería medir con precisión el efecto de su primera victoria.

Atisbó la enramada por la puerta del patío, y volvió donde Miguel diciéndole otra vez:

—¡No hay cuidado, nadie viene, estamos solos! Me voy para mi casa hoy, pero a condición de que irás a verme durante el día.

Y le estampó un beso prolongado con que le dejó sentir el delicioso contacto de su carne.

Volvió a escaparse, temerosa, en verdad, de ser sorprendida.

Y dejó al joven trastornado, loco y por completo vencido. ¿Qué milagro no puede obtener la belleza de una mujer que solicita amor? ¿Hay quien pueda resistir a la seducción de unos ojos de fuego, de unos labios de pasión y un cuerpo de diosa?

Los hombres no son diestros en este arte. No fueron hechos para la resistencia sino para el ataque. Es tal vez cuestión de educación; la sociedad enseña a la mujer desde niña a disimular y a mentir, a suprimir sus deseos y a decir que no mientras su corazón palpita de un vivo deseo. Por ese camino se desarrolla en ella el poderío de la negativa; la astucia de la disimulación adquiere en la mujer una fuerza que llega a ser tan formidable que a veces se confunde con la virtud misma. En materia sexual el hombre ignora por completo ese arte no natural, y no sabe sino entregarse, despistado y débil, cuando en un ataque bien conducido, es la mujer quien lleva la ofensiva. Los papeles se han trocado: el hombre no ha aprendido ni a huir ni a defenderse; la victoria es, pues, segura para la mujer que se decide a abrir sus fuegos sensuales sobre un rendido de antemano.

Miguel era un vencido; sus pensamientos estaban trastornados.

Ni siquiera se acordaba de Santica.

Un sólo pensamiento embargaba su carne entusias-

mada: la posesión, de cualquier modo, de esa hembra magnífica de formas esculturales. ¡Ah, así, sería suya de cualquier modo!

La satisfacción de ese deseo era un mandato imperioso de su carne. No importaba que la abandonase, que la cosa pasara en el misterio, que nadie se enterara de su mala acción, que se casara después ignorándolo Santica por toda la vida...

¡Ah, cómo nos engaña, traidor, nuestro propio corazón! Yo creo que en nosotros hay un hombre trino interiormente, y no dual: el uno es la conciencia, el otro el corazón, el malo, el débil, y el otro es el hombre, ni bueno ni malo, que es víctima del anterior.

Miguel, en este caso se dispensaba a sí mismo la justificación de su traición, queriendo pensar que nunca Santica lo sabría, ni su padre, ni sus queridas hermanitas. No contaba con la huéspedada.

Así es la culpa, ciega y sorda a las representaciones mentales de la conciencia.

Y después de la decidida resolución de la noche anterior, de huir lejos, como Telémaco, de aquel sitio de pecado, Miguel ahora pensaba lo contrario.

Estaba resuelto a acometer a Felita con bríos de hombre, y después de todo, debía su amor propio resentirse de ser enamorado por una mujer.

El debía mostrarle sus prerrogativas de varón, y esto debía ser pronto, en seguida, antes de su partida a Rincón de Piedra, para no acobardarse a la vista de Santica.

¡Sí, mañana!

Se levantó presuroso y fué a la enramada, en donde encontró a sus hermanas y a Felita muy disimulada, que le dió los buenos días con cierta estudiada indiferencia.

Miguel hizo lo mismo; apenas le habló teniendo que sus hermanas se dieran cuenta del cambio de

tiempo que había ocurrido en la atmósfera de su corazón.

Felita anunció que después de la comida se iría para su casa, pretextando la necesidad de entregar unas costuras.

Y ese aviso fué un destello de alegría para Miguel. No pudo evitar una mirada de inteligencia cruzada con Felita, en la cual mutuas promesas de un placer infinito llenaron el ambiente.

¡Qué lenguaje expresivo y sin palabras hablan entre sí los corazones que se entienden!

Miguel, satisfecho, se fué a sus ocupaciones diarias. Escribió dos papelitos para mandar a Santiago, y ordenó varias diligencias a los peones y también que le ensillaran un caballo de trabajo, para ir al río Yaque a bañarse y de paso a hablar de un negocio con José Peralta.

En realidad, el joven necesitaba reponer sus nervios demasiado excitados y temía ser comprendido por sus hermanas. Su yo interior se avergonzaba de lo que deseaba su personalidad sensual; era una claudicación como otra cualquiera.

Además, don Pedro llegaría de momento, y no quería ser encontrado por él en livianos coloquios con Felita.

¿Qué más necesitaba él que los ya prometidos deliquios de la cita?

Cuando regresó Miguel de sus varias diligencias encontró a don Pedro acostado, descansando de su mala noche en el mortuario.

Miguel se entró al aposento en donde dormían él y su padre, y encontró a don Pedro despierto; fué a él y lo besó en la frente refiriéndole su nuevo compromiso de casarse dentro de dos meses, lo cual fué muy celebrado por el viejo con apoyo de reiteradas aseveraciones de todo lo que vale la corrección de la conducta y la rectitud de la lealtad; estas razones

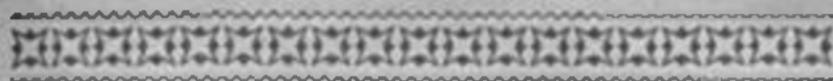
hicieron bajar la frente al joven hatero, de puro herido en la conciencia; el viejo no echó de ver esa impresión, atribuyéndola al natural aturdimiento que debía significar para ese pobre muchacho un cambio de estado tan repentino.

A la hora de la comida, don Pedro no parecía ver con mucha simpatía a Felita a su mesa, después de la escena de la partida de Miguel para Rincón de Piedra, y continuamente vigilaba las miradas de ambos jóvenes, a ver si se entendían.

Pero no hay quien sea más hipócrita que un corazón en peligro, cuando quiere ocultar sus amores.

Ni el uno ni el otro, pues, se miraron ni una sola vez. ¿Para qué?

¡Había una cita de por medio!



CAPITULO XXVII

La cita

Por la tarde del mismo día, Miguel, como por casualidad, pasó por la puerta de Felita; pasó de largo; luego retrocedió, para dar el cambio a los que pudieran verle entrar de primera intención.

Entró al fin, no sin antes cerciorarse de que nadie le había visto.

Felita no estaba en casa, aparentemente; había salido con urgencia, dijo la tía, empeñándose en que el joven esperara tan sólo un momento.

Era una parte de la táctica preparada por las dos ambiciosas mujeres; la tía de Felita aprovechó el momento para irse al grano de las intenciones de Miguel y le preguntó si él intentaba casarse con Felita, pues ella le había dado a entender que tenían amores.

—¿Amores?—protestó el joven—. No; yo no he hablado de tal cosa—dijo a pesar de su decidido interés.

Pero la taimada tía no se dió por ofendida. Mas al contrario, sonrió para expresar su beneplácito del sesgo que iba tomando la amistad de los dos jóvenes.

Y después de insinuarse expresando su cariño a Miguel y a su familia, y lo feliz que serían en adelante, pues ya era cosa convenida y asegurada que Felita estaba rendidamente enamorada de Miguel...

—¡Ay Miguelito!—exclamó con maliciosa perfidia.—Ella ha perdido la cabeza contigo, y yo no dudo que tú intentes hacerla en secreto tu querida... No me la engañes, mi vida...

Miguel guardó silencio; no halló qué contestar. La astuta mujer prosiguió:

—Si ella llega a cometer una falta contigo, que no lo dudo, quiero que me prometas formalmente que no la dejarás en la miseria. Miguel, yo sé que te vas a casar con Santica, y no pienso que debes retirar tu palabra empeñada. Pero, dime, Miguel, ¿qué piensas hacer en favor de mi pobre sobrina? Pues por más que sea en silencio, tu amistad con ella no puede ya ser sino ruinosa para su buena fama. Háblame tú con la misma franqueza con que te hablo yo.

Miguel pensó un momento la respuesta; no tenía nada de lerdo y sospechaba que Felita no era virgen, por las murmuraciones que había oído contra ella. No quería dejarse sorprender.

Luego replicó:

—Yo no estoy pensando, como tú dices, en hacerla mi querida, ni en faltarle de modo alguno; pero tú sabes que soy un caballero y que si cometo una falta también la sé reparar.

—Eres poco franco, Miguel; debes decirme con precisión lo que piensas hacer por nosotras; si no, dentro de un rato me la llevo lejos de aquí, en donde no quede perdida su fama para el concepto público, pues esa muchacha metida en tu casa y tú, que no dejarás nunca de visitarnos... Yo no me opongo, vida mía, a lo que a ella le convenga, pero tú sabes, ella

no tiene hoy más madre que yo, y no tiene más amparo ni más bienes sino su belleza, su juventud y su buena fama. Eres un hombre rico; ella puede ser tuya en secreto, como te conviene a ti, pero debes ampararla en su pobreza: no tenemos patrimonios.

—Déjame pensar—replicó Miguel, aplastado por la fuerza del deseo—, te contestaré más tarde, pero no dudes de mí: soy una persona decente.

—De eso no tengo yo la menor duda. Haz lo que quieras de ella; sé que nunca la abandonarás, pues eres un caballero...

En eso llegó Felita por la puerta del patio, y fingió una gran turbación. La tía se fué para la cocina a trabajar, y Felita echó las aldabas a las dos puertas del patio, indicando sus propósitos más con este acto que con palabras. Se sentó en un rincón de la sala, llamando a su amado con encantadora malicia.

—Miguel: me has vuelto loca: yo no había amado nunca con ese ardor tan fogoso... ¿Qué quieres de mí? Tus besos me han vuelto agresiva, lo comprendo—dijole mirándolo con sus magnéticos ojos.—¿Pero qué voy a hacer con un hombre que hace tiempo me ha hechizado?

Miguel, fuera de sí, la estrechó en sus brazos, la besó muchas veces, hasta que ella, después de una pausa, entró furtivamente a su aposento, se sentó en la cama, e irradiando toda la fuerza de su poder sobre el joven, que la seguía, saltó fuera del lecho en cuanto él se acercó, como para defenderse de él, y volvió a huir para la sala, fingiendo un ataque que en realidad no había.

Entonces, en la sala, fueron otra vez las torturas del deseo todavía no satisfecho, y la joven se resistía a los ataques de Miguel, que esta vez obraba como un loco, sin tener en cuenta la posibilidad de una sorpresa.

Entonces tocó recio a la puerta del patio la tía, y cuando la abrió Felita, exclamó la vieja haciéndose la indignada:

—Oh, ¿y para qué cerraron ustedes las puertas? ¡Qué fuerte les da a ustedes la enfermedad!

Fingieron una excusa, y Felita, hablando al oído de su víctima, le dijo:

—¿Y qué te decía mi tía cuando yo entraba?

—¡No, nada! Me hablaba de interés.

—¡Ah!; no le hagas caso—replicó la joven, fingiendo reprimir su indignación—; mi tía es muy interesada, es insoportable...

—Y yo, si tú quieres ser mía, seré siempre tu esclavo, tu amigo, tu generoso protector.

—Eso lo sé yo. Si no, no te hiciera caso, porque amor no quita conocimiento.

Era decir lo bastante.

Siguieron conversando en secreto los amantes mientras apuraban el café que la tía había traído de la cocina. Y cuando ésta se retiró otra vez a sus quehaceres, se repetían la lluvia de besos y la insistencia de Miguel por obtener la aceptación formal de la hermosa a sus proposiciones de placer.

Finalmente, ella se sentó en sus piernas, e inundándole de ese aroma de mujer que produjo en la mañana la locura de Miguel, pegó su deliciosa boca del oído de Miguel, y le dijo en secreto estas palabras:

—Vete, Miguel, y ven esta noche a las once. Entra por la puerta del campo. Te esperaré despierta. Seré tuya, mi vida, como tú quieras. Me entrego al caballero...

Estampó otro beso en los labios febriles del hatero, y fué a sentarse tranquilamente a cierta distancia, llamando a su tía a grandes voces.

Miguel, tembloroso y perturbado, se despidió y se metió en otra casa del vecindario, para disimular.



.....
A la hora convenida, a favor de las sombras, un hombre con una linterna eléctrica apagada entraba por la puerta de campo en casa de Felita, y luego por la cancela del patio que daba a su cuarto.

Conforme a la consigna, allí estaba Felita semi-vestida y presentada en toda la plenitud de su belleza. India gallarda cual ninguna, con una cabellera nudosa y negra de seda fina, los ojos de un magnetismo seductor y la boca... fresca y tentadora, se erguían sobre el busto elegantísimo su cuerpo alto y delgado, como el de los retratos de Abelardo, se movía con elegantísimo donaire, y sus senos, erguidos y sedientos de deseo, proyectaban como chispas que rápidamente se convirtieron en hoguera.

Cerró la bella suavemente la cancela, asegurándole al mancebo que su tía se había ido a dormir a otra parte.

—¿De modo que estamos solos?—dijo con júbilo Miguel.

—¡Sí, corazón; estamos solos y yo soy tuya! Ya no te resisto. Estoy loca por ti. ¡Me has embrujado!

»Ven, pasa por aquí; encendamos la lámpara si quieres; quiero verte, amarte y adorarte; quiero ser tuya, tuya, mi bien, por toda la vida, y solamente te pediré una cosa que no podrás negarme...

—Sí—dijo el joven, ya fuera de sí—. Te doy lo que me pidas; hasta la vida.

—No, no es nada de interés; yo no soy como mi tía. Es tu corazón que quiero...

Diciendo esto había encendido la lámpara de su cuarto y se había lanzado como una loca en los brazos de su amante...

.....
Cuando la aurora principiaba a pintar el cielo con sus carmines, Miguel, glorioso como un rey conquistador, abrió la puerta del patio para retirarse, y al

darle a Felita el último beso, ésta le dijo con énfasis, con mirada severa :

—Miguel : he otorgado tus deseos y seré tuya para siempre. Nada te he pedido : pero ahora me toca a mí exigirte lo que mi corazón quiere de ti : has de jurarme que no te casarás con Santica, aunque yo sea para siempre tu amante en el mayor secreto.

—¡Sí, te lo prometo!—dijo de mala fe Miguel.

Y se escapó pretextando que era muy tarde.

Y andando por entre los senderos y ahuyentando a los perros que le ladraban, iba pensando :

—La hembra es deliciosa, no hay que dudarlo ; pero, ¡que yo abandone a Santica por ella, ni pensar! ¡Qué locura ! ¡No tiene derecho a tanto !

Y luego le intrigaba saber quién había gozado las primicias de esa dulcísima mujer.

¿Quién sería ?

No fué seguramente su último novio... ¿Y entonces quién ?



CAPITULO XXVIII

La revelación

Tres noches seguidas se repitieron las voluptuosas entrevistas de Felita y Miguel, y siempre en ellas reiteraba el joven su promesa de separarse de Santica, bien dispuesto a hacer todo lo contrario. La joven aprovechaba los delirios del deleite para imponer la perfidia contra su prima.

Pero si el joven hatero era un tanto impresionable, no era ni mucho menos uno de esos que se ríen de su palabra.

Jamás, ni en el paroxismo de su encanto, pensó ni un segundo en una acción indigna. Santica era el ángel tutelar de su vida. Felita no más que la satisfacción secreta de un vivo deseo, de un deseo pasajero que quedaría extinguido, como la sed, al ser satisfecho.

Miguel había comenzado a batirse en retirada, contentiendo las insinuaciones peligrosas de su querida y bien resuelto a cortar en seguida esos amores que repugnaban ya en su conciencia.

Le temía sobre todo a la severidad de su padre.

que no tardaría en ponerse en el hilo de esa felonía. Esta idea le atormentaba a ratos.

Llegó el sábado, el día de sus viajes a Las Matas, y salió, como de costumbre, para Rincón de Piedra, pasando por el pueblo, en donde seguían como un volcán las habladas sobre su matrimonio.

Solamente advirtió que el pueblo estaba dividido en dos partidos. Los unos atacaban, y los otros defendían con igual vigor. Muchos se deban cuenta de la infamia de Juan Andrés, reconocido en toda la comarca como un bandido y un intrigante.

Siguiendo los consejos de su padre, Miguel hablaba con los viejos más respetables de la villa sobre su caso y recibía de ellos excelentes referencias sobre la virtuosa Santica y su respetable familia.

Juan Felipe, el gran amigo de don Pedro, hablando con Miguel sobre el perverso Juan Andrés, le dijo:

—¡Pero tú conoces muy bien a ese malhechor!

—No, solamente de vista; nunca lo he tratado—dijo Miguel.

—¿Que no? Qué poca memoria tienes, Guelín...

—¿Por qué?

—Sí, hombre; este fué el que tú salvaste, que lo iban a fusilar los bolos en Santiago en 1914.

—No, viejo; si aquel era el capitán Juan López, de los comeburros, cobardísimo; que lo cogieron huyendo en un patio...

—Sí, hombre, el mismo: el hijo de Alejandrina López, que estuvo preso y se cambió el nombre por Juan López; tú sabes que su madre es López, y que él es Gómez; pero es el mismo.

Miguel, convencido, abrió ancho los ojos de admiración.

—¡Ah, éste era!...—exclamó estupefacto.

—¡Sí, hombre, el mismo!

—¡Qué sinvergüenza; si yo lo hubiera sabido!...

—No, no te arrepientas, Miguel—replicó Juan Felipe—; nunca se debe uno arrepentir de una buena obra... Aunque nosotros perdimos con que no fusilaran a semejante bandolero, que asuela estos campos robándose el ganado.

En el fondo, Miguel, sí se arrepentía...

Y ayudado de Juan Felipe, recomponía sus recuerdos:

Era el año 1914. Los jimenistas sitiaban a Santiago, defendido heroicamente por el Gobernador César Tolentino, el Jefe Militar Estrella Ureña y los Jefes de Operaciones Manuel Sánchez y Santos García.

El sitio duró muchos meses. De parte y parte la artillería retumbaba sus roncacas voces. Los combates menudeaban; los sitiadores estaban amparados de una mitad de la ciudad, flanqueada de trincheras inexpugnables.

La fusilería no cesaba en todo el día. De cuando en cuando tronaba el cañón sus amenazas de muerte. Algunas veces, del alcázar del Castillo y de la alta posición de La Otra Banda, se suscitaban ruidosos duelos de artillería. Felizmente, los artilleros no sabían apuntar de ninguna de las dos partes.

Pasaban meses y los sitiados no se rendían. Falto de provisiones, llegaron a comer burros, caballos, gatos y frutas verdes, limoncillos nuevos y ciruelas verdes, troncos de lechoza, verdolagas, etc.

Los almacenes eran con frecuencia requisados para obtener partidas de cacao con que racionar la tropa.

Fue notable el combate del 1.º de Setiembre.

¡Cómo recordar ese terrible sitio sin repetir de memoria el luctuoso combate de esa noche!

A las nueve de la noche, decididos los acorralados a romper el sitio, atacaron la casa de altos del señor Bogaert por varios sectores a la vez.

En los altos de esa casa, esquina de «30 de Marzo» y de «Restauración», estaba la posición avanzada de los jimenistas.

Una trinchera alta de ladrillos y cemento cerraba la calle «Restauración» y las puertas de la calle «30 de Marzo».

Otras dos trincheras varaban las esquinas adyacentes.

A las nueve, cuando comenzaban a dormir los atrincherados del alto, volaron a sus puestos medio vestidos para rechazar la violenta sorpresa de un asalto.

El Jefe Militar, parapetado detrás de la esquina del callejón «Santiago», con una pieza Krupp, trataba de hacer volar el edificio atrincherado.

Furiosa granizada de «rapnells» fué lanzada contra la casa. Mientras tanto, César Tolentino rompía fuego con otra pieza de bronce casi a boca de jarro del enemigo desde la esquina de la calle de Beler; la misión de su guerrilla era volar la trinchera con una bomba de mano.

Simultáneamente debía Lulo Fernández atravesar la calle «30 de Marzo», frente a la casa misma, y romper la escalera con una brigada de zapadores.

Pero la suerte no asistió a los asaltantes.

Su atrevido plan fracasó. Lulo Fernández fué descubierto y muerto al comenzar su arriesgada tarea.

La pieza de bronce se desmontó al primer cañonazo. La bomba de mano, heroicamente lanzada sobre la trinchera, no dió ningún resultado.

Trabado ya el combate en toda su enérgia, se batieron como leones en furia, de parte a parte.

Llegó el paroxismo a grado tal, que durante largos minutos combatieron ambos bandos apoyando los fusiles en la misma trinchera, unos de un lado, los otros del otro. Un combate espartano.

Al replegarse los asaltantes sobre la casa de azo-

tea que termina la calle de Beler, se hicieron fuertes definitivamente dentro de esa casa, abriendo mechinales en las puertas para pasar la boca de los fusiles.

El Jefe Militar se hizo fuerte en los altos del doctor Genaro Pérez; desde esa hora tomó el encarnizado combate un nuevo aspecto, que duró varias noches y días seguidos sin cesar.

El ataque se hizo general en las trincheras y en la casa de altos, medio derrumbada, pero en la cual los balcones y ventanas vomitaban torrentes de balas de continuo.

Cuando amaneció el día siguiente del asalto, se vió a un soldado de los que se habían arrojado sobre la trinchera, que estaba muerto, sentado sobre la acera de Ramón Emilio Peralta, respaldado de la pared.

Fué imposible pensar siquiera en retirar el muerto de sitio tan peligroso.

Allí se quedó durante varios días ese cadáver sentado, reventado y pestilente, sin que nadie lograra darle sepultura.

Algunos perros hambrientos venían durante las noches a comérselo; pero también hallaban la muerte y quedaron despanzurrados, rodeando el cadáver en lúgubre compañía.

Durante años enteros permaneció en la acera la mancha terrible del cadáver insepulto...

Fué a consecuencia de ese histórico combate que, tratando de fugarse el capitán Juan López—según él dijo—fué apresado en un patio con sus armas vírgenes.

En el fragor del combate, los bolos quisieron fusilarle, debido a sus malos antecedentes, y lo acusaron de que andaba pillando las casas abandonadas, por lo cual era reo de muerte, según orden del Jefe de los bolos.



Y Miguel, que andaba de jefe de una ronda, ordenó que suspendieran la ejecución, pues no había pruebas, y dispuso que llevaran a ese hombre a Montecristi entre los demás presos.

—No te pese, Miguel— repetía Juan Felipe—; aunque no sirve pa ná ese vagamundo, siempre es hijo de una pobre madre a quien le hiciste un bien.

El joven hatero siguió su viaje para Rincón de Piedra henchido el pecho de nuevas impresiones y cuidadoso de no andar por esos lugares de noche, en los cuales podía tener el mal encuentro de un cobarde asesino.

Bajó todavía con bastante sol el paso de Bajamillo para entrar al valle de «Rincón de Piedra», y prosiguió arrullado en sus pensamientos de amor, por la armonía que producía la brisa entre los pinos y exaltada su alma por los paisajes de verdor preciosos que le acercaban cada vez más a la dama de sus pensamientos.

Llegó a la puerta de campo. Santica voló alegre a abrirle la puerta, sin tener tiempo de acabarse de peinar, suelta la cabellera, y estalló en ruidosas exclamaciones expresando su ventura.

—¡Ay, Guelín; cuánto he pensado en ti! Cuento los días como años y las horas como meses interminables, esperando los sábados de felicidad en que te aguardo. Dime, bien mío, ¿no has recibido mi carta, en que te refería las torturas de un sueño cruel que tuve hace cuatro días, que soñé que me habías abandonado? ¡Ay, mi vida, cuánto sufrí!... Pero no; bien comprendo que Dios nos da malas impresiones durante el sueño para que sepamos estimar mucho más la posesión de la felicidad que nos otorga durante la vigilia.

—¡Ea verdad!—dijo el hatero, disimulando la impresión que le causaban sus recuerdos de traición.

Y para variar, preguntó:

—¿Y mamá Antona? ¿Y papá don Luis y las muchachas? ¿Y tío José?

—¡Ah, todos están bien, gracias a Dios! Las chiquillas color de rosa se casarán las dos; vinieron a pedir las dos excelentes muchachos de Las Matas, y estamos todos contentísimos en ese entendido.

La conversación no señaló nada de particular, ni tampoco Antona ni don Luis tuvieron nada que decir que no fuese tratar algunos detalles imprescindibles del matrimonio, que ya se acercaba a ojos vistas.

El joven esta vez había extremado sus manifestaciones de cariño con Santica, como para indemnizarla por el secreto que de vez en cuando le avergonzaba la conciencia en presencia de la reina de sus pensamientos.

Ella, tan hermosa, tan inocente, tan entusiasta por amarle, y él... ¡que se permitió engañarla! ¡Y con su peor enemiga!

Esto último, sobre todo, atenaceaba por momentos la conciencia del hatero.

Y determinó una vez más su resolución definitiva de no ocuparse más nunca de la pérfida Felita.

La curiosidad y el deseo estaban ya satisfechos. Entre esa mujer ambiciosa e impura y él había un abismo. Santica, su novia purísima, y el propio honor del caballero.

No; estaba resuelto que no volvería jamás a de-searla.

Y después de esa muda conversación de sus dos yo interiores, surgían de sus ojos destellos de amor por su Santica, que se contemplaba en ellos dichosa y abrevada el alma por la próxima realización de sus dorados sueños.

Antes de la partida de Miguel quedó convenido que a la semana siguiente irían Antona y Santica a

Santiago, acompañadas de Miguel, para que la niña ordenara su «trousseau» de boda y su traje triunfal para esa fiesta.

—¡Adiós, mi vida!—al despedirse, exclamó Miguel, repleto el corazón de amables impresiones

—¡Adiós. Guéln mío! Cuando recibas mi carta, rómpela; ya no necesita respuesta. ¡Recuerda siempre a tu adorada, que no te olvida ni un minuto!

—¡Adiós!

Y aun al voltear el recodo del camino, él, de lejos, volviendo el rostro, le lanzó un beso con la mano.



CAPITULO XXIX

Ocaso y tempestad

A su regreso a Navarrete, Miguel les habló con seriedad a sus hermanas asegurándoles que había hecho graves y seguras averiguaciones sobre la vida de Felita, que no le permitían consentir más su amistad con sus hermanas.

Y como las niñas insistieran, roncó Miguel con legítimo coraje :

— ¡ No quiero yo ! ¡ No quiere papá ! ¡ No sean ustedes tercas ! No consentiremos nosotros, porque ustedes no lo entiendan, que el público tenga razón para murmurarlas.

Ante este argumento las niñas bajaron la cabeza, vencidas, aunque no convencidas.

Y viéndolo Miguel, continuó :

— ¡ No faltaba más que se viniera a turbar la honra de la casa por la presencia de... esa aventurera !

— ¡ Miguel !— se atrevió a contestar Angela.

— ¡ Silencio ! ¿ Tú qué sabes ? Para ti son todas las mujeres inocentes como tú.

Y Clara, más prudente que las demás, replicó :

—Pues yo no lucho más. Si los hombres de aquí dicen que no, yo, por mi parte, se acabó la amistad. Ellos saben lo que dicen.

—¡Jum!—añadió Chita, con cierta desconfianza.

Don Luis fué interpelado por Miguel sobre el asunto, y con su acostumbrada gravedad dijo el viejo :

—Yo me alegro que esa iniciativa partiera de Miguel. En eso no puede negar que ha aprovechado los principios de honor que le he enseñado.

»Tengo motivos para creer que esa joven no goza de buena fama, y además la he visto cometer algunos desaciertos.

»Yo iba justamente, sin que pasara de hoy, a prohibirles a ustedes que la admitieran más en esta casa, en la cual tengo yo la responsabilidad de su custodia.

Nadie se atrevió a chistar.

Al cabo de un largo silencio, Chita observó :

—Bueno, papá, ¿y cuando Felita venga aquí, qué le decimos?

—Esa es cuestión mía. Usted me llama : y yo sabré lo que le diga.

Quedó entendido.

Miguel no volvió más a poner los pies en casa de Felita.

Ella misma decidió retirarse de la casa de don Pedro por el rudo ceño que él le mostraba, y porque comprendía que él no tardaría en expulsarla de allí.

Se conformaba con escribirles con frecuencia a las niñas ; pero su astucia le indicaba a las claras que las breves respuestas no eran de las mismas amigas de antes.

¿Se habían dado cuenta, acaso, de los amores de ella con Miguel?...

Una tarde venía el joven de la estación del ferrocarril, montado en su mula de viaje.

Ella le mandó a llamar con un chiquillo, y él vino hasta la puerta, y no quiso desmontarse.



Y llorando con lágrimas fingidas le dijo :

—¡ Ingrato ! Sea posible que me hayas abandonado por esa Santica... Ven a mis brazos, Miguel, no abandones a la mujer que te adora, a la que da la vida por ti...

—Lo he pensado bien y debemos separarnos.

Mas como si un áspid hubiera mordido su corazón, la fogosa india irguió la frente iracunda, perdió de momento sus encantos, y echando fuego por los ojos dijo resueltamente :

—¿ Separarnos ? ¿ Separarnos ? Eso es imposible : he perdido mi crédito por ti, y también la amistad de tu familia. Te amo con una pasión loca, y cuando he llegado hasta el sacrificio por quererte, ahora me arrojas a la calle, como una cualquiera, después de haberme jurado muchas veces que no te casarías... ¡ Eres injusto, Miguel !

—¿ Acaso crees tú que yo soy un sinvergüenza ? ¿ Me comprometo yo con una mujer honrada para cometer una canallería ? Te hice esos juramentos en broma, como broma era todo ese delirio de pasión fugaz.

« Eres una insensata si pretendes que yo pague tus errores pasados... Yo no te debo ninguna reparación de honor... te ofrecí ayudarte en tu posición y le hablaré al notario para que te asegure una pequeña posesión que te he señalado.

« Por lo demás, ¡ adiós !

—No, espérate ; tengo algo más que decirte. ¿ Y tú crees que yo voy a aguantar que te burles de mí en esa forma ? Eso nunca. No es una limosna lo que te pido, sino que no te cases con esa hipócrita que te engaña por interés al matrimonio.

Y moviendo la cabeza como quien sabe secretos que no quiere decir, iba a continuar, fulgurante la mirada de odios, cuando Miguel la paró corto :

—¡ Silencio, atrevida ! Soy capaz de matarte si te atreves a murmurar una palabra siquiera contra la

más pura e inocente de las niñas--dijo el hatero con amenazante actitud.

Y arrendando la acémila se iba retirando, cuando la impura soltó una carcajada de burlona perfidia y cerró la puerta de repente, temiendo acaso una réplica terrible.

Miguel se detuvo, un relámpago de cólera brilló en sus ojos; pero por primera vez en la vida logró contenerse. Lo que hubiera hecho sería demasiado trágico. Miró de arriba abajo la cerrada puerta, y lanzó una imprecación hiriente.

—¡Maldita! ¡Despreciable ramera! Ya me la pagaré—iba diciendo con rabia contenida.

En adelante, ya no había nada de común entre los dos. Eran enemigos. El la despreciaba, ella lo odiaba.



CAPITULO XXX

La intriga

Pocos días después viajaban de Rincón de Piedra a Jánico Antona, Santica y Miguel, acompañados de un peoncito.

Atravesaron por los Montones Arriba, a caer al camino de Juncalito, desechando a Las Matas y el camino real de costumbre.

La mañana fresca permitía apurar las monturas para evitar el sol de mediodía.

Las frondas soñolientas y aromosas brindaban sus verdes y el perfume de los pinos como ovación al pasar la pareja de los felices jóvenes.

De vez en cuando se paraban a admirar los detalles del armonioso paisaje o síntesis de la lejana cortina de montañas; mirando hacia atrás se divisaba la altura avanzada del Cerro de Angola, con sus abruptos detalles; más allá, bastante lejos, el pico geométrico de Higua, con sus faldas equidistantes y las enormes tapias que comunican el cielo con la tierra: los picos del Rubio, del Gallo, de la Medianía y de Jicomé. A la derecha del camino, entre un millar de montículos que se ven allá, muy abajo, el rumoroso Bao, corrien-

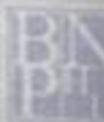
do veloz y azul con sus adornos de espuma, el río de policromas orillas que arrastra en sus raudales riquezas infinitas de oro y vida, de luz y de alegría.

Y a hurtadillas la adorable Santica admiraba el porte viril y la negra cabellera de su novio. Le parecía el mejor mozo de los hombres. ¡ Con cuánto garbo y gentileza arrendaba la soberbia de su potro ! ¡ Con qué elegancia de jinete medioeval se tiraba del caballo cada vez que ella le insinuaba asegurarle una espuela o pasarle una varita ! Indudablemente su corazón estaba pleno de amor y de satisfacción inenarrables. No había en su preferencia por ese joven ni la más remota idea de interés de posición, sino la inclinaba a adorarle el cúmulo de virtudes que adornaban a Miguel, la presteza de sus ademanes, la gentileza de sus actos y sobre todo la sabia opinión de Antona, que no cesaba en repetir su certidumbre del alto valor moral de Miguel.

Por su parte, el joven hatero no disimulaba la felicidad que le embargaba, al pensar en las delicias de su enlace. « Faltan treinta y dos días » decía él entre alegre y triste. Triste, por los días interminables de un plazo que nunca llegaba y alegre por las dulzuras inefables de los deleites que en sus delirios columbraba.

Al día siguiente volvía a contar : « Faltan treinta y un días... » Y así cada día se repetía el recuento del plazo de la gloria.

¡ Qué felices son esos momentos de la juventud ! No parece sino que la Diosa de la Vida, la misteriosa Naturaleza, risueña y generosa, colma de protecciones y favores a la ardorosa juventud. En los arcanos de lo ignorado se ve a las claras que cada edad tiene sus glorias. Pero ninguna tan brillante, ninguna tan amable y dulce, tan a tono con la Naturaleza misma, como esa felicidad de vivir que alumbra, como un segundo sol, las floridas sendas de una pareja de jóvenes enamorados, soñadores vibrantes que hacen de



la vida un cielo de venturas, y sienten palpitar con enérgicos transportes sus corazones ebrios de ternura, electrizados por los goces misteriosos de la alegría de la vida...

Antona iba también contenta de ver que su hija querida aseguraba un buen partido. No sin lamentar la próxima separación. ¿Pero qué hacer? Es la misión de las madres: sacrificar su propia alegría en holocausto de la dicha de sus hijos...

Al doblar un recodo del camino, Antona le llamó la atención a Miguel:

—Mira, muchacho; tú que preguntabas ayer por el antiguo fuerte de Santo Tomás de Janique. Esta es la entrada; bajando esa cuesta, allá abajo estaba la fortaleza construída por Colón. No quedan de ella más vestigios que dos fosos casi imperceptibles dentro de un cercado. La inclemencia de los siglos y el fragor de los terremotos destruyó la obra de la fuerza humana y se llevó en polvo hasta la última señal de esa, por entonces, formidable atalaya.

Miguel no contestó sino vagamente. Sus pensamientos estaban muy lejos: se acordó de las referencias que le hizo Juan, el fidelísimo campesino del Cupeyar, sobre las ruinas de ese antiguo baluarte de Alonso de Ojeda, en que se estrellaron impotentes las huestes libertadoras de Maniocatex. Y por asociación de ideas, pensando en Juan y en sus acertadas indicaciones sobre los enemigos de Santica, no pudo evitar pensar en la perversa, aunque deliciosa Felita.

En medio de su actual embriaguez, poseído por las pudorosas miradas de su Santica, una espina cruel laceraba su pecho; añoraba el delirio de su traición con esa depravada, y se arrepentía de la liviandad de su conducta, de la debilidad con que había caído en las redes de Felita.

Y a ratos tenía miedo. Instintivamente sentía que debía aprestarse a una lucha formidable con esa am-

biciosa mujer; comprendía que ella no retrocedería ante ningún obstáculo por tratar de impedir el matrimonio.

La lucha a él no le arredraba, sino el temor de que Santica fuese víctima de las maquinaciones de unos enemigos tan desalmados.

El silencio taciturno del joven llamó la atención de Antona, que hábilmente le interrogó.

El joven le contestó con acertada energía, asegurándole que él se había enemistado con Felita, a consecuencia de sus calumniosas maquinaciones, y que don Pedro le había ordenado a sus hijas cancelar toda amistad con esa joven, bien seguro de que no era cosa buena.

La noticia alegró muchísimo a las dos mujeres, que le preguntaron por qué no había dicho eso antes de preguntárselo.

—Porque odio tanto a esa infame, que ni siquiera de ella me acuerdo—dijo Miguel—; además, no quiero molestarlas a ustedes con ideas desagradables; no es necesario.

Ambas mujeres cruzaron una mirada de satisfacción, muy seguras de que era esto la pura verdad.

Ya bajaban la cuesta del río y aparecía alegre y bien pintado el limpio caserío de Santo Tomás de Jánico; las campanas sonaban alegres las doce, mientras un sol brillante doraba las calles de su lumbre sana; los vecinos veían pasar la pareja de novios con una sonrisa de simpatía y la saludaban con la efusión de su proverbial simpatía.

Después de una parada de algunas horas para descansar, saludar a los amigos y almorzar, los alegres viajeros montaron en un automóvil Cadillac y partieron para Santiago dichosos, como en un carro triunfal, bordando el pueblo sobre las curvas complicadas de los barrancos.

.....

Cuando la tarde comenzaba a distribuir sus aljófares y ya el sol preparaba su sueño magnífico, los viajeros atravesaban el puente de Los Borbones con la lentitud reglamentaria y comentaban la alegría y el bullicio de Santiago.

El selectivo ganó la graciosa curva del puente y se deslizó con pausa por la primera calle, en donde numerosos jóvenes de ambos sexos se dirigían al vecindario de Bella Vista, del otro lado del Yaque, convertido por las tardes frescas en risueño sitio de paseo.

El *chauffeur* ascendió la cuesta de la calle «16 de Agosto», frente al asilo, rodeó el Parque Duarte, alegre y poblado en esa hora, se internó en las calles más centrales de la ciudad, y llegando a la calle Beler paró frente a una de las mejores casas de huéspedes de la ciudad.

Miguel, después de recomendar a sus compañeras de viaje y de recomendarlas con reiteradas insinuaciones a la bondadosa dueña de la casa, partió para su hospedaje, prometiendo volver por la noche.

—Ven temprano, Guelín; deja por mí a tus amigos; y vamos a pasear esta noche por el Parque. Yo he de vivir en esta ciudad algún día y quiero reconocer mis viejas amistades y presentarme contigo orgullosa a todas partes—dijo la joven cariñosamente.

—Sí, mi vida; en cuanto salude a mi tía, dentro de una hora, estaré aquí.

Al regreso, no fué ningún baño de rosas lo que le aguardaba, sino una impresión por demás desagradable.

Santica, previamente aleccionada por su madre, le simulaba mal la indignación que la sublevaba. Con visible exaltación, al llegar Miguel le entregó una carta de Felita diciéndole:

—¿No te dijo mamá que esa mujer era capaz de todos los grados de la infamia? Mira hasta dónde llega su gran atrevimiento...

La carta había sido entregada por una mujer del pueblo que sólo aguardaba la llegada de Santica para desempeñar su odiosa comisión.

Miguel, conteniendo sus nervios, leyó:

«Señorita María de los Santos García.

Santiago.

«Mi querida prima: Siento mucho tener que interrumpir tu felicidad confesándote que ese infame de Miguel, que te engaña vilmente, me ha violado.

«Aprovechando una ausencia de mi tía, se metió aquí una noche y abusó de mis fuerzas, agotadas en una lucha de algunas horas. Primero me juró que había terminado su compromiso y en Las Matas circuló la noticia de tu rompimiento con él.

«Ahora me hallo engañada y deshonrada por ese miserable, a quien yo no creía capaz de semejante crimen. Desde luego, intentaré una reparación y debo obtener de cualquier modo que se case conmigo. Yo tengo amigos y parientes que me defenderán.

«Me apena mucho que tú también hayas sido víctima de este lance criminal, pues me sorprende saber que era mentira lo del rompimiento. Pero no hay más remedio que el matrimonio para reparar mi honor.

«Perdóname el mal que te causo, primita querida, pero parece que es un destino fatal que me persigue.

«Tu afectísima,

»Felita.

«P. D.—Te suplico reserva hasta que llegue el momento, pues el hecho hasta ahora es solamente conocido de su familia, que me apoya. Don Pedro le ha ordenado que se case conmigo.»

Miguel se irguió sobre el asiento, se puso de pie, y demudado por una sofrenada rabia, gritó:

—¡Esa es una calumnia infame! ¡Qué mujer tan cínica! De mi casa la han botado por atrevida y por sus malos antecedentes... Te juro, Santica, que nada de eso es verdad. Esa mujer, de un corazón sin piedad, se ha propuesto explotar mi fortuna de acuerdo con su tía, tan perversa como ella, y no recula ante ninguno de los medios que ella inventa... ¡Miserable!

Y dándose paseos por la sala, agitando los brazos y con una voz entrecortada por el desbordamiento del odio, repetía los epítetos más inconvenientes:

—¡Desvergonzada! ¡Prostituta! ¡Comerciante!

—No, Miguel, eso no—protestó la generosa Santica—; yo comprendo que ella es mala en el sentido de que se valdrá de todos los medios por asegurar su posición, y todo lo que quieras; pero en cuanto a su conducta, no la llames prostituta.

—¡Tú qué sabes, Santica! Tú sabes de ti, que eres un ángel de pureza, ¡pero esa, esa...!

«Es una hipócrita, una taimada comediente que ha engañado al mundo; pero a mí no, porque he sondeado la bajeza de su alma, desde que no tuvo empacho en asociarse con el ladrón de Juan Andrés para sus fines criminales...

Y echaba chispas por los ojos, murmurando entre dientes palabrotas que no se atrevía a lanzar en alta voz.

Antona, que asistía a esta escena oculta detrás de la persiana de su cuarto, creyó prudente intervenir, y entrando en la sala le dijo:

—Cálmate, muchacho, cálmate; no hagas caso de esos indignos ataques. Nosotras conocemos a Felita; a lo menos yo, que soy su tía segunda y la he calado hasta el fondo. Por mi parte nunca he de caer en la

necedad de dejarme engañar de una marchanta como esa...

Y luego añadió:

—Esta, inocente y sencilla, como lo es, con esa alma piadosa y noble que Dios le ha dado, al principio dudó, pues sus ojos lloraron al leer la infame carta; pero yo en seguida le demostré que la insidiosa mentira está manifiesta en toda esa carta; a la penetración de la experiencia no se le escapa que ese es el lenguaje de un envidioso calumniador que quiere, de cualquier modo, impedir un matrimonio. Todas las fresas respiran un odio fulminante contra Miguel; y una mujer como ella, ni honrada que fuera, no odia así en esas condiciones...

—¿Cómo, mamá? ¿y ella no era honrada?—preguntó con sorpresa Santica.

Antona se contentó con un gesto evasivo. Y luego añadió:

—Hay cosas que deben callarse...

Una venda cayó de los ojos de la joven, que esta vez, completamente convencida, se fue donde su novio, le pasó la mano con cariño por la frente, le limpió el sudor con su pañuelo y lo condujo a su mesclora, diciéndole con cariño:

—Siéntate, Guelín, y no pensemos más en ese incidente. Esa infeliz quiere hacernos daño, pero no ha de lograrlo, porque no somos nosotros tan bobos. Al contrario, serénate, y vámonos a pasear; ¿no es verdad, Guelín? ¡Vamos!

—Si tú lo mandas, así—dijo el joven, ya fingiendo una calma que no tenía.

Le había tomado el pulso a la osadía de Felita y sus consortes de la infamia, y comprendió instintivamente que se encontraba en lucha a muerte frente a enemigos formidables.

De modo que, no estando del todo seguro, procuró hacerse ratificar dos o tres veces por su novia la se-

guridad de que ella creía positivamente que esa carta era una pérftida invención.

Salieron a pasco, repuestos de sus desagradables impresiones y alegres y orgullosos de que los paseantes les vieran presentarse por las aceras del Parque Duarte a título de novios, acompañados de la noble «doctora», que de vez en cuando lamentaba la ausencia de sus enfermos más necesitados de Rincón de Piedra.

Aunque no era noche de retreta reglamentaria, una banda de música de la capital, que iba de paso, obsequió al público con un brillante concierto. Los viajeros rincomedrenses consideraron esa casualidad como una prueba de su buena suerte y se sintieron embriagados de una felicidad suprema cuando los clarines atacaron los bélicos sonos de la «marcha de trompetas» de la ópera «Aida».

Las oleadas de curiosos que pasaban indagando con el gesto quiénes eran los novios, la brillantez de la luz eléctrica y las gentiles alegrías de las masas elegantes que circulaban, unidas a los gratísimos acentos de la música, exaltaban el entusiasmo de la joven pareja, que ahora no hablaba más que de la gloria ya muy próxima de su enlace.

En sus delirios, ella se insinuó:

—¡Ay, Miguel! Yo no debía decírtelo; quizás me juzgarás mal; pero no puedo ocultarte que en veces siento como una desesperación secreta, porque encuentro que no llega nunca el día venturoso de nuestra unión.

—Es que a mí me pasa lo mismo; vivo inconforme con la lentitud del tiempo; por mi parte me casaría ahora mismo, si no fuera por las inclementes exigencias sociales. Mi amor se exalta al pensar en las dulzuras de tus futuras caricias.

La niña sorprendió una tentación demasiado carnal

en el incendio de los ojos del joven, y le dirigió una mirada de inteligencia, como si le dijera :

—¡ Mira que nos oyen, que mamá está presente !

Miguel sonrió y guardó silencio, desoyendo la música del concierto, seguramente muy inferior a la de sus secretas esperanzas, cuando algunas semanas después, en esta misma ciudad tal vez, alcanzaría la gloria de poseer en plena libertad a su bella Santica, y podría embriagarse en secreto en las dulzuras incéfables de su contacto divino, en vaciar el odre del deseo, bebiendo de él toda la borrachera del placer. « ¡ Oh, ventura de los dioses ! », pensaba.

Mientras ella, adivinando sus pensamientos y lucubrando en otras ideas menos sensuales, los mismos deseos, le llamó la atención por su silencio :

—¿ Qué piensas ?

—¿ Yo ? En ti.

Y una doble sonrisa expresó la mutua esperanza de sus amorosos corazones.

La retreta había terminado ; los sonoros cobres y los parches bélicos poblaban el aire de los vivos acordes de un pasodoble. Las trompas vibraban de sus agudas notas al compás de la alegre marcha, mientras los grupos de jóvenes se disgregaban en la plaza, retirándose a los teatros los unos, a sus hogares los otros, y lamentando los más la hora siniestra en que cesaban las locuras del « flirt ».

Los novios se retiraron también, con la embriaguez de una futura gloria cuya felicidad parecía aumentar a medida que pasaban los días y las horas en la clesidra del tiempo.

CAPITULO XXXI

La bruja

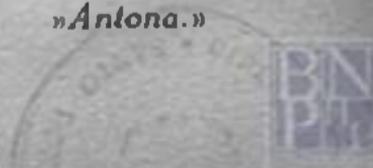
El día siguiente llegaba Miguel en el tren a Navarrete. Era portador de una carta abierta de Antona para Felita, que remitió en seguida, después de enseñársela a su padre y a sus inocentes hermanas. Estaba concebida en estos términos :

«Felita :

«Le he prohibido a Santica que te conteste tu carta, porque ella es demasiado sencilla para entenderla. Yo sé lo que quieres porque te conozco a fondo y sé de lo que eres capaz. Tus calumnias no tienen más fin que el de interrumpir el matrimonio de mi hija, pero pierdes tu tiempo, que debes emplear en enmendar tu conducta, bastante mala desde hace tiempo.

«Como no has ganado nada con tu atrevida carta, lo has perdido todo, porque en adelante no te trataré como familia ni te admitiré más en mi casa, siendo tú como tú misma lo dices, una mujer perdida, lo cual hace tiempo que lo sabíamos.

»Antona.»



Esta carta fué una revelación para las niñas de don Pedro Serra : Felita era una perdida, lo decía Antona, su tutora y parienta... ¡Luego era cierto!... Su amistad manchaba... ¡Era preciso despreciarla!

Don Pedro fulminó de nuevo su excomunión contra la joven, y desde ese momento ya Felita había caído completamente en el descrédito.

Cuando ella leyó la tremenda respuesta de Antona, sintió una amarga decepción, pues ella contaba para sus planes con la inexperiencia de Santica y con el carácter impulsivo de Miguel. Una explicación entre ellos podría traicionarle y provocar un disgusto que ella se proponía explotar en su provecho. ¡Esgaños del corazón, que alientan siempre, como de Luzbel, las acciones infames con esperanzas de un éxito seguro! ¡Expectaciones de resultados infalibles que mueven los satánicos resortes de la maldad y del crimen!

Felita no lloró; si embargo, como la mujeres débiles, al recibir el triple golpe de esa terrible respuesta, comprendió que su ambición la había llevado demasiado lejos; había hecho una confesión de su deshonra que la desacreditaba y que estaba ahora en manos enemigas. ¡Qué imprudencia!

Sin embargo, pronto reaccionó la mujer fuerte, al considerar su error, con esa consistencia propia de las almas templadas.

No podía desistir de sus funestos propósitos; ahora menos que nunca, cuando ya no había honra que defender: ella había arrojado al agua con inaudita ligereza el último sostén de su buena fama.

No le quedaba más remedio que insistir en la reconquista de Miguel, en seducirlo otra vez y en dar un escándalo público y sonado para triunfar sobre su rival; una mujer de honor como Santica rompería inmediatamente con Miguel. Seguramente.

Meditó un momento, inventando la posibilidad de

una entrevista por sorpresa con su antiguo amante; ¿pero cómo? Ya no tenía la ventaja de contar con las ocasiones que le brindaba la hospitalidad de los Serra.

Volvió a leer la terrible carta de Antona con la desesperación con que oye un reo su sentencia de muerte, y la quemó con un fósforo, como una prueba peligrosa.

Volvió a sus meditaciones maquiavélicas, y al cabo de algunas horas, poniéndose de acuerdo con su tía, maduró un plan atrevido y arriesgado. Su situación no permitía andarse con retardos ni titubeos. Había que obrar en seguida con la mayor decisión.

Se vistió y salió con un muchacho que solía acompañarla; dobló una esquina y desapareció por uno de los caminos que van al Yaque; después de andar algunos kilómetros entró a un rancho en donde vivía una titulada bruja y decidora de la buena ventura.

La vieja, al verla venir de lejos tomó una actitud hipócrita y misteriosa frente a sus santos y amuletos, rodeada de unas cuantas pailas y envases varios en que fulguraban multitud de mechas encendidas dedicadas a los demonios.

Al principio fingió no ver a la joven; pero cuando hubo terminado sus aparentes oraciones, díjole:

—Ya sé a lo que vienes. Un negocio que se te ha tratado y que te interesa mucho. ¿Asunto de amore, no é vedá?

—¡Sí, justamente! Me quiero casar con un hombre que se empeña en casarse con otra, y vengo a ver en las cartas qué resultará de mis esperanzas.

—Mejoy é vélo en la lú. Compra una vela ahí enfrente y to lo má mínimo te sale.

Momentos después, con un ceremonial impresionante, propio de la osadía de los charlatanes, la vieja, exigiéndole de antemano el medio peso de la consulta, para pegarlo a la vela, se la hizo encender a Fe-

lita indicándole que pidiese secretamente lo que su corazón deseaba.

En cuanto la llama estuvo bastante grande comenzó la falsa sibila su clásica farsa :

—El hombre e regulac de tamaño, ni grande ni chiquito, jove, no feo y hombre generoso...

«Adió, pero veo una mujé no tan buena moza como tú, pero que te tiene muy mala voluntá. Y si te decuida te jace un daño. Esa mujé si no te reguaeda acaba contigo... Sí señó, tú tiene que encendé una lámpara pa librac de ella... pero pronto... Ahora ete hombre ta enamora loco de la otra y no ta poe ti... pero tú le jace tae, y con aeguna habelidá tú lo consigues... Sí, tú lo consigues poeque é le da l'epaeda a la otra... pero dime una cosa, ¿esa mujé no vive aquí?

—No ; muy lejos de aquí.

—Yo sabía... poeque la veo como entre una flore y en otro lugac no muy ceeca... Ella le tiene una luce prendía ae que tú quiere, y eso é poeque se te trajtona tus amore...

La taimada vieja prosiguió :

—¿ Bueno y uno cuacto que yo veo que son pa ti y quiay un impedimento?

—¡ Ah, sí! Esa es la cosa que yo quiero saber, porque lo que me interesa es más su dinero que su amor.

—¡ Jutamente—prosiguió la adivina—, eso e lo que yo veo que tú lo quiere ma poe interés..., pero tú sabe bien, tú sabe bien, tú trunfa si tú sabe prendecele su lamparita y jaceele lo rezo a l'ánima sola ; yo te pueo jasé eso casi poe ná, poequ'ihay que sabe.

Estudió la impresión de sus palabras y terminó diciendo :

—Sí, el hombre no se llega a casae con la otra poeque se va a aemae un brimbrán de no te menea. Pero eso tiene tú qu'i aemaelo a fueeza d'ioracione—dijo, y apagó la luz temiendo alguna otra pregunta que la pusiera en aprieto.

—¿Y qué se necesita para ese trabajo?—dijo la consultante.

—Ah, poca cosa, yo no te llevo interés a ti; tráeme tre peso pa lo materiale y te repondo de que tú l'echa ee pie a tu contraria.

La joven, llena de credulidad, ofreció mandarle los tres pesos esa misma tarde para que comenzase el «trabajo» sin pérdida de tiempo y le dió los nombres de Santica y de Miguel escritos en un papelito, para los efectos del pretendido sortilegio.

Con esa pérvida esperanza la joven se sintió poderosamente armada para el combate y no dudó un momento de su victoria...

¡El Anima Sola!... con esa potencia formidable, manejada por una bruja de tanto renombre como siña Jesusita, no se puede perder.

Volvióse, pues, a su casa, cavilando más y más sobre su atrevido plan y lo maduró bien.

Esa noche y la siguiente su tía se disfrazó de hombre y se puso a espiar la casa de Miguel en cuanto obscureció para avisarle a distancia a Felita, encendiendo un fósforo, el momento en que él saliera a sus frecuentes visitas nocturnas.

A la noche siguiente, como a las ocho, la vieja desalmada vió salir a Miguel y sacó de su bolsillo una linterna eléctrica que levantó en alto y encendiendo y apagando rápidamente hizo la señal convenida.

A favor de la obscuridad, Felita, oculta en cierto lugar despoblado de la carretera, esperó que Miguel se acercara, y cuando ya el joven estaba a algunos pasos de ella, se arrojó sobre él, llorosa y espantada, diciéndole:

—Soy yo, Miguelito; tu despreciada Felita que te pide amparo. ¡Estoy en un gran peligro!

—Peligro... ¿qué te pasa?

—¡Ay, Miguelito mío!—dijo arrojándose con miedo entre sus brazos—. Un ladrón, un asesino, quizás,

se ha metido en casa, sabiendo que somos mujeres solas...

Y dejándole sentir las pomas de su pecho y el turbador perfume de su boca, fingiendo un terror que era en realidad alegría, se asió más del joven y le gritó nerviosa :

—¡No me abandones, Miguel, defiéndeme, ten piedad de esta pobre mujer que te... pero no debo hablarte más de eso... Defiéndeme, Miguel! Aunque me odias, sé que eres un caballero, un hombre generoso...

—Pues vamos a ver de lo que se trata—dijo el joven completamente engañado, y un tanto comprometido en su amor propio.

Y emprendieron el camino de pocos pasos para llegar a la casa. Miguel sacó el revólver para entrar él primero por la puerta de campo, pues las de la calle estaban cerradas. La casa estaba alumbrada, los muebles en desorden y había vestigios de un robo aparente, aunque todo era un lazo para atraer al joven.

Una vez dentro del aposento se constató el atropello cometido por el ladrón, y Felita explicó que su tía había ido a buscar a Miguel para que viniera a defenderlas.

—¿A mí?—dijo el hatero con extrañeza.

—Seguramente; ¿a quién voy a llamar? No pensé en otro, pues en ti es en quien pienso noche y día...

Y comprendiendo que el joven había comenzado a turbarse, gritando en él la voz de la sangre, ella no perdió tiempo y se arrojó en sus brazos, le asaltó como una fiera enamorada y llegó a inflamar sus labios con algunos besos, que él no devolvía, pero que iban visiblemente minando la fuerza moral del varón.

Ella le asediaba con sus mimos de hembra ardiente, los negros ojos vibrantes de pasión, esos ojos tan

expresivos en los momentos normales que ahora fulguraban relámpagos de lujuria; el pecho acelerado por una respiración violenta, y ella, toda entera con su cuerpo casi desnudo y pegado de la débil resistencia de un varón ardiente, ya se debilitaba la aparente energía de Miguel, ya sus ojos se entornaban y sus labios entreabiertos titubeaban para besar a la encantadora mujer que le rogaba, mientras colgada de su cuello le arrastraba a la cama; él en la agonía de sus fuerzas argumentó con debilidad una última excusa:

—Yo volveré a las once.

—No, Miguel, mi vida, tú no vuelves, tú no me quieres, no me has comprendido, no sabes que te adoro con incurable locura, que no quiero la vida si no eres mío, que no quiero siquiera privarte de que te cases, pues he reflexionado que eso es imposible...

Y estudió el efecto de esa nueva confianza. Pareciéndole muy hábil, prosiguió:

—Miguel, vida mía, consuélame, quíereme por Dios, no abandones a una mujer a quien tú has enseñado a amar, a tu Felita que desprecia la vida si tú no la consuelas. Ven, Miguel—dijo ya luchando a la fuerza contra el rebelde varón—; ven y dame un minuto siquiera de felicidad...

Y como viera que aun así vacilaba, ella se abrió el vestido mostrando desnudos los deliciosos senos, y lanzando torrentes de fuego por los ojos, díjole resueltamente:

—Entonces, hiéreme, quítame la vida sin misericordia; es preferible que me mates antes que despreciarme; y si no—dijo con énfasis altivo—, yo misma me mataré...

Miguel quedó vencido bajo el dardo de este golpe teatral. Era la mujer deliciosa que le había hecho sentir los más dulces placeres que en su vida había

probado. Bajo la magia de su belleza secreta y apri-
sionado por la evocación de sus recuerdos, de sus
delicias de varias noches que en ese mismo cubito
vislumbrara, presintiendo las caricias más divinas,
se decidió, por fin, y con su pañuelo enjugó las lá-
grimas de la joven.

Ella, sonriente, lo besó y se acordó de los vatic-
nios de la bruja: ¡era invencible!

Miguel, ya vencido y asegurado del secreto de su
nueva traición, que ella prometía, oyó de repente un
tumulto en la carretera que perturbó a los amantes.

Parece que un automóvil había estropeado a una
pobre vieja. Y se oían palabrotas de indignación
contra el *chauffeur*.

El automóvil, por asociación de ideas, le trajo a
Miguel la imagen de Santica y vislumbró del fondo
de su conciencia un rayo de razón.

—¡Qué infame soy!—pensó.

Y saliendo precipitadamente del aposento, con pre-
texto de ir a ver lo que pasaba en la carretera, Feli-
ta, ya desnuda, con todo el prestigio de su hermo-
sura, le varó el paso con imperio.

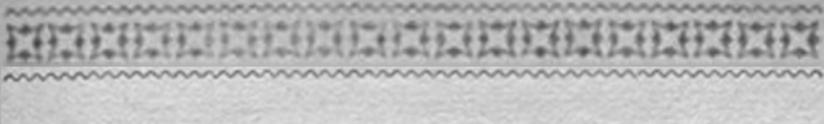
Y segura de su triunfo, con despotismo sexual se
le encaró diciéndole:

—¡Tú no te vas! Que ya eres mío...

Miguel vió claro esta vez, y empujándola con des-
precio para pasar, le fulminó en el rostro esta pa-
labra:

—¡Nunca!

Y lleno de ira salió reconstruyendo sus ideas y
dándose cuenta de que la historia del ladrón era una
hábil patraña para hacerle caer en una trampa. Ya
él tenía una nueva experiencia de la supina habili-
dad de las hembras pérfidas.



CAPITULO XXXII

La conspiración

Al día siguiente, una cartita de Felita con nuevas tramoyas e invenciones no llegó a manos de Miguel. Y luego una lluvia de papelitos y mandados que eran invariablemente rechazados.

Una mañana la tía de Felita le dijo :

—He encontrado a Miguel y me ha hablado en una forma en que creo que debemos perder toda esperanza de él. No quisiste aceptar las tareas de tierra que te regaló y ahora ni eso te dará. Está indignado contra ti. No sé lo que pasa. Dice que tú quieres convertirlo en un sinvergüenza y que él no puede dejar de cumplir su palabra con Santica.

—Pero si yo le expliqué que ya no pretendo que él deje de casarse...

—Entonces, no comprendo...

—¡Ah! Es que los hombres son así cuando se empernan... Pero yo no pierdo las esperanzas, porque siña Jesusita me aseguró mucho que la partida la ganaba yo.

—No digas eso; no estés creyendo en Jesusita, que es una buena explotadora; ¿quién la conoce mejor que yo? A mí también me dió ella buenas en-

gañadas; pero ahora ya estoy curada de pasmo. No le des tus cuartos a esa embustera.

Reflexionando un poco, Felita añadió:

—Por lo menos, ahora no me está saliendo bien su vaticinio. Estoy creyendo ya que sus lámparas y oraciones diabólicas no sirven pa ná...

—¿Cómo no? Sí sirven... ¡pa sacarte los tres pesos, boba! Y los que faltan.

—Eso es así.

Y luego, después de meditar un rato, suspiró la hermosa y vertió su amargura en una exclamación propia de su carácter agresivo:

—¡No importa! Seguiré luchando; emplearé otros medios; llamaré al cielo, ya que el infierno no quiere escucharme; rezaré novenas a la Virgen, haré una promesa; perseguiré a ese hombre hasta rendirle; sí, porque él es débil conmigo... Y cuando no... —dijo dirigiendo a su interlocutora una mirada diabólica—, cuando haya perdido toda esperanza... ¡yo sabré lo que haga!

La tía se encogió de hombros considerando la amenaza como una simple bravata.

Pasaron algunos días durante los cuales la resuelta Felita no cesaba en sus ataques contra Miguel, ora le escribía papelitos que él nunca recibía, ya le llamaba al pasar por los sitios en que él vacaba en sus negocios, sin que él en ningún caso respondiera, y así fracasaba en pleno cada vez que le mandaba algún rogado a hablarle en su favor.

Miguel paraba corto a cualquiera a la primera palabra alusiva a esa «deavergonzada», como él la llamaba. Su odio era ahora un sentimiento definido, sólido. El joven había penetrado en el fondo de la sentina, que era el corazón de esa peligrosa mujer, encantadora como las sirenas, pero como ellas cruel.

Se había apagado definitivamente el sol de la influencia de Felita. Ella sentía con desesperación cre-



ciente que no llegaría el momento ambicionado de la reacción.

Miguel, por lo visto era inasequible. Un hado fatal parecía complacerse en alejar cada día al hombre que había de resolver en adelante el arduo problema de su situación...

El infierno no quiso oír sus súplicas, encomendadas a los sortilegios de siña Jesusita, pero tampoco el cielo se mostraba con ella misericordioso.

¡No había esperanza!

Algo muy parecido al amor atormentaba con crueldad a la desdichada joven. Y Dios sabe si entre las profundidades de su corazón no habría a ratos algo de sincero en ese afán desgraciado. Ella era, al fin y al cabo, mujer ardiente y bella, sus nervios se habían apacentado durante tres o cuatro noches en los voluptuosos delirios del amor... Miguel era simpático, valiente y bien plantado. Rico por más señas. De modo que al lado de la cuestión sacramental del interés, también había para ella en esa pasión un poco mercantil, una vaga claridad de amor.

Y la pobre mujer, torturada sin cesar por el desprecio, mostraba ya en su físico las huellas de un recio desgaste material; sus ojeras, más negras que de costumbre, habían añadido al encanto de su rostro si la anemia intensa de una tristeza continuada no hubiera decaído con una sombra plácida la apagada lumbré de sus mejillas y curvado hacia abajo su boca tentadora con el signo característico de un prolongado dolor. En pocos días se había adelgazado de tal modo que ya no era tan interesante como antes. Las vigiliás de cada noche habían sobreexcitado sus nervios por alarmante modo. Su misma tía la hallaba insoportable. Su carácter alegre y decidor se había agriado hasta el punto de mantenerse días enteros en un mutismo inusitado que, para un

ojo observador, era el signo precursor de una tempestad violenta.

Un día le trajo el correo una carta de Las Matas. «¿Quién me escribe a mí de Las Matas?», pensó.

Y con poco interés arrojó la carta sobre un velador. Allí la encontró por la tarde la tía, que la despegó, la leyó y abrió tamaña boca de pura admiración.

Y tendiendo la carta a su sobrina, le dijo de un modo enigmático:

—Ve lo que dice tu gran amigo.

—¿Quién?

—Juan Andrés.

—¡Ah! ¡De nada me ha servido ese zoquete!

—Pero sabe Dios para lo que te sirve: los hombres son todos necesarios y útiles; la cuestión es saber utilizarlos cuando los necesitamos. No lo disgustes, que puede sacarte un día de un empeño...

En tanto la joven, algo desconcertada por la lectura de la carta, casi sorprendida, no pudo al fin reprimir una como sonrisa al enterarse de los osados propósitos del pillo de Juan Andrés.

El gavillero del Carrizal le decía con marcado cinismo que, puesto que habían fracasado por completo sus mutuas tentativas de romper el matrimonio de Santica, a él le parecía una buena solución que Felita lo quisiera a él... y le hacía los ofrecimientos de costumbre, que resultan cursis con frecuencia. ¿Qué podía ofrecer un sinvergüenza y un miserable como él? ¿Matrimonio? No hablaba ni indirectamente siquiera de semejante cosa... la tendencia de su carta era otro género de relaciones.

Felita de buena gana hubiera insultado a Juan Andrés. ¡Canalla!, un pelagatos como él, un nadie, proponerle hacerla su querida. ¡qué avilantez! ¿Tan poco valía ella que no mereciera un jinete de más altura? ¡Qué atrevido! ¿Quién era él? Un la-

drón de cerdos y de vacas que vivía asolando a los honrados criadores de Las Matas, amparándose de sus relaciones con los del Gobierno, un «apoyao» que no tenía siquiera cierto valor como guapo. Y para colmo de desvergüenza, era un pobre, un cualquiera, un arrastrado...

Cuando la bella hubo desangrado su herida con estos pensamientos y ultrajado por modo justo las pretensiones del equívoco personaje, la tía de Felita, mujer experta en achaques de maldad, le hizo atinadas reflexiones, recordándole su extraña situación social, en que era peligroso para ella suscitar la enemistad de un cómplice, de un perverso como Juan Andrés, que tomaría empeño en desacreditarla por completo en cuanto se percatara de que ella había sido la querida de Miguel.

—Sé prudente, Felita—le decía la vieja con insinuante autoridad—; no te digo que lo quieras, ¡eso ni pensarlo!; debes aspirar a un hombre de figura y de lujo, aunque sea casado... pero este vagamundo puede sernos útil el día menos pensado; y cuando no, trata de explotarlo; nadie sabe... ¡algunas veces de entre las piedras más blancas sale tamaño guabá!

Ambas mujeres trataron largamente la cuestión, y por fin Felita escribió con lápiz, bastante de mala gana, la siguiente carta:

«Mi estimado Juan Andrés:

»Me ha sorprendido tu carta y hasta me coge de susto. Yo no estoy pensando más que en asegurar un buen matrimonio y aguardaré con paciencia que se me presente la ocasión; todos los días se me presentan muchos pretendientes, pero no he encontrado todavía el que me conviene.

»El hecho de que yo no acepte tus proposiciones,

que con franqueza no comprendo, no quiere decir que haya entre tú y yo ninguna diferencia en nuestra buena amistad.

«Te distingue siempre, tu afectísima amiga.

»*María.*»

La carta fué aprobada por la vieja con la siguiente observación:

—Lo mejor que tiene es la firma, porque la letra está muy cambiada y no eres tú quien firma.

Entre tanto, ya no faltaban más que dos semanas para el matrimonio de Santica. Los esponsales habían sido fijados y publicados.

Corrían las amonestaciones, Miguel iba y venía febrilmente en la faena de los preparativos de su nueva vida, y cada día que pasaba era una nueva esperanza para la gentil Santica, la candorosa virgen de los pinos que cada noche al acostarse besaba la estampa de la Virgen, la dadora de su felicidad, la que derramaba a manos llenas en sus labios venturosos la ambrosía de la victoria sobre su despreciada rival.

Pero, la pobre, ella ignoraba que el infame Luzbel velaba en la sombra...

Cada día que pasaba iba agravando más y más la crisis mental de Felita. Se había vuelto casi loca empujada por el «golpe de retroceso» de sus perversos sortilegios, y ahora una gran sed de venganza quemaba sus entrañas.

Juan Andrés estaba ya al cabo de toda la intriga y sospechaba que fueran ciertos los rumores de que Miguel fuese el amante de Felita.

Esa nueva rivalidad, sumada a la de Santica, que ya no se atrevía ni a pensar, había sublevado todos sus odios contra el pobre joven.



Y casi todos los días le escribía a Felita reiterándole, cada vez con más descaro, sus lúbricas esperanzas.

Un día creyó propicio el momento para una explicación frente a frente con Felita, y se le apareció precipitadamente en Navarrete.

Quedó sorprendido del gran cambio que se había operado en la joven que ayer era alegre y chispeante, ahora irascible y taciturna, ayer hermosa y grácil, ahora estaba flaca y ultrajada por la pena, trascendiendo a su triste semblante la consunción moral que la embargaba. Sólo sus ojos, enardecidos más que nunca por la lumbre de los suspiros profundos, mantenían el timbre de belleza que la distinguía como a una deliciosa.

Juan Andrés era un producto podrido de la vida de «cantón», como se llamó entre nosotros el crupamento revolucionario que ha sido la escuela de crimen y de irresponsabilidad corruptora del carácter nacional. Allí se había desarrollado ese perfecto tipo del bandido simpático y sociable, que era el perverso Juan Andrés, mozo atrevido, desvergonzado, insolente con los débiles y acostumbrado a valerse hasta de la fuerza para violar a las mujeres.

De modo que iban a lanzarse a la arena del combate dos gladiadores armados de las espadas de su propia maldad.

La lucha fué larga y tomó varias fases. Para desventura de Felita, ese día había sido el más terrible de los de su derrota: su propia tía le había dicho que Miguel la aborrecía y había arrastrado por el suelo el buen nombre de ella; que él mismo le mandaba decir «que sujetara su lengua de prostituta, si no quería que él la hiciera botar del pueblo como a una desvergonzada».

Ese último ultraje había llevado al colmo la exacerbación de la infeliz mujer. Esa nueva amenaza era

un peligro nuevo que se unía al insufrible desprecio.

Y la fobia de la envidia de la felicidad ajena se enfocaba cada vez más en la tremenda idea fija de la venganza.

Y el ánfora roja de los odios, vertida con infernal insidia por Mefistófeles sobre Juan Andrés y Felita, hacía callar por largos minutos sus labios que no osaban traducir las tinieblas de sus almas.

Un diálogo de miradas expresivas puso a tono la maldición de sus locuras. Al uno le empujaban los odios furibundos y la ira de una lascivia criminal. A la otra, ya en plena locura, la poseía hacía ratos el demonio de la venganza; y sólo pensaba en ideas de muerte, en matar por su mano a Miguel, o a su rival; y cuando no, en suicidarse con versión sangrienta, en morir, en matar, en ahogar con borbotones de sangre la rabia de sus celos, el afán indescriptible de beber, desesperada, el dulce néctar de la venganza...

Juan Andrés comprendió...

Los perversos tienen el privilegio de entenderse con facilidad. Una escena larga y muda mantuvo un silencio tenebroso.

Ambos contendientes presentían que el ala fatídica del cuervo del Destino los cubría al pasar de funestas sombras.

Y no se atrevía a hablar...

De pronto, pues, era casi de noche, Juan Andrés se levantó y se apercibió a salir, prometiendo volver a primera hora después de la oración, para «acabar de hablar».

La joven lo despidió con visibles muestras de interés, recomendándole que no tardara mucho, pues tenía que someter a prueba su pretendido amor.

—Es lo que yo quiero—dijo con énfasis el miserable, al retirarse.

Felita lo vio partir y se quedó inmutada, como si realmente estuviese enamorada de aquel bandolero

de leontina gruesa y espuelas plateadas. Pero no era el amor lo que la hacía suspirar, era precisamente el odio a Santica y a Miguel y no sé qué valor imperterritito que anima a las almas cuando una vez se han empeñado por el desfiladero del mal consejo.

Un automóvil pasó por la carretera y tiró en una casa un paquete de periódicos de Santiago, que anunciaban los esponsales de Santica y de Miguel y el próximo pomposo matrimonio de los novios.

Felita leyó con los ojos en furia la noticia. El áspid de la envidia royó su corazón, las rosas del furor agolparon sus pétalos sobre las descoloridas mejillas, un *tic* neurótico desfiguraba su boca, y a medida que sus ojos se cerraban enrojecidos por tenebrosos pensamientos, una palidez de cadáver mutilaba su belleza.

Y volvía a leer la noticia horrible que transformaba su corazón en una hidra de cien cabezas... Pensaba... ideas siniestras emanadas de un volcán en furia cegaban su razón.

Largo tiempo estuvo ciega y fuera de sí, combinando un crimen, inventando un veneno, un lance cualquiera en que ella saliera ilesa del peligro y de la responsabilidad.

Pero tuvo buen cuidado de no consultar con su tía los nuevos rumbos de sus ideas, porque no fuera a desaprobarnos. Ella estaba resuelta y no debía consultar con nadie.

Cuando regresó Juan Andrés, a las siete de la noche, le extrañó mucho no encontrar a Felita en su casa. La tía le dijo solamente que ella había salido para casa de una mujer del vecindario, en donde le estaba aguardando, que fuera en seguida.

El joven salió a la carrera para el sitio indicado, y por el camino iba pensando:

—¿Será una cita? Mas si tenemos libertad de ha-

blar en su casa, ¿para qué me va a esperar a otra parte?

Le intrigó mucho al joven esa circunstancia, de la cual esperaba sacar algún provecho.

Y no se equivocaba. Al entrar, la dueña de la casa le indicó al joven que pasara a una pieza del patio resguardada de la indiscreción, en donde podía hablar con Felita en plena libertad.

Juan Andrés penetró en la habitación, seguro de su triunfo. Y cuando ya se preparaba a una escena de pasión, ella lo recibió con frío, sentada frente a una mesa. Le indicó que se sentara. Y con una voz de inusitada gravedad, mirando al joven en el blanco de los ojos para fijar bien la energía de sus palabras, le dijo:

—Hace tiempo que me he acostumbrado a impresionarme poco de las palabras. Soy mujer, pero las flores me gustan solamente en el jardín. En lo positivo de la vida soy una mujer de hechos que no se vence ni se convence con palabrerías ni ofertas vanas...

Juan Andrés no pudo disimular su sorpresa, cuando esperaba a una mujer rendida a sus pies.

—Si estás realmente enamorado de mí y dispuesto a que yo te quiera, debes estar listo a hacer algún sacrificio por mí...

—¿Cómo no? Vamos a ver: te doy lo que me pidas.

—No se trata de pedirte, sino de someter a prueba tu pretendido amor, y de saber lo que pretendes de mí.

Juan Andrés explicó que por ahora deseaba que ella le amara sin poner freno a sus deseos, que le exigiera lo que ella quisiera, y que más tarde, cuando su posición se afirmara con un negocio político que él aguardaba, se casaría con ella.

—No hablemos pamplinas y tonterías. Vámonos al

grano. Tú odias a Miguel, ¿no es verdad? Primero por Santica, luego por mí, ¿no es eso?

—Es decir...—protestó el joven—, le odio... más por ti que por ella... ¡Yo no estoy pensando en esa Santica!

—Está bien—dijo tomando una expresión diabólica—, le odias; yo también, engañada por él, deseo matarle, quiero impedir la felicidad de esa hipócrita de Santica, cuyas noches he de envenenar para el resto de su vida. Es necesario que haya sangre para lavar mi afrenta... Ni tú ni yo podemos esperar que pase el carro triunfal de nuestros enemigos sin tratar de impedirlo... Yo estoy resuelta y por mi parte lo impediré... pero si tú me quieres y tienes interés en que yo sea tuya...

—Lo mataré yo—concluyó el joven con resolución.

—Principio a creer en tu amor—insistió la joven, sonriendo por primera vez en muchos días.

Y después de un largo silencio, en que hicieron su camino de conquista las saetas de sus ojos, enardecidos por la sombra oscura de sus intensas ojeras, la magnífica hembra puso en juego la oscilación de sus seducciones; de tal modo que Juan Andrés, impulsado por sus lujuriosos apetitos, creyó llegado el momento de la acción y dió un paso sobre ella.

Pero estaba previsto; ella se desquitó parándose y poniendo una silla entre los dos. Añadió con calma:

—Ya te dije que no soy mujer de dejarme vencer con palabritas, sino con hechos.

Y mirándole fijamente con altiva serenidad, le reiteró:

—Si quieres amor y placeres, sacrificate por mí y mátale... ¡seré tuya!; me habrás merecido.

Al decir estas palabras terribles había una hermosura feroz en aquella mujer, que dejó un punto de

ser seductora para convertirse en una Judith vengadora.

Juan Andrés se sintió entonces inferior a esa mujer poderosa por la magia de su influencia y por la ocasional resolución que le daba la venganza.

El joven, dominado por la hipnosis de una mirada tan decisiva, bajó los ojos y contestó, dándole la mano sólidamente:

—¡Cuenta conmigo, Felita! Soy tu esclavo. Además, voy a ejercer yo también mi venganza.

Ella ultimó las explicaciones de su plan diciéndole que había de desafiar a Miguel «mañana mismo al bajar del tren» y «no dejarse ganar de ninguna manera», recargando las palabras con una mirada de fiera.

—Pierde cuidado, de eso respondo yo...

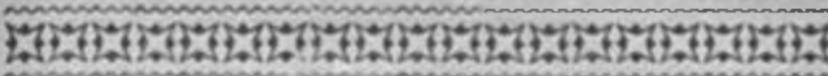
Entonces explicó Felita que había querido evitar que Juan Andrés volviese a su casa en la noche, para evitar comentarios, y que tratase de no volver a ella hasta que él no la mereciera.

—Mañana, a la llegada del tren, procura encontrarte en la estación...

—Cuenta conmigo, mi vida. Voy a mi...

Y Felita, para afirmar más esa resolución, se le acercó para decirle adiós; le dejó sentir el roce divino de sus senos y sorprendió al joven estampando sobre su boca dos besos que, aunque falsos, habrían bastado para encender un sol.

Y escapándose, desde el umbral volvió a lanzarle otro beso con la punta de los dedos.



CAPITULO XXXIII

La tragedia

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, aguardaba Juan Andrés impaciente la llegada del tren de Santiago. Caminaba solo, por lugar apartado del bullicio, temeroso de encontrar quien descubriera sus intenciones criminales.

Tenía colgado su caballo de un cambrón y estaba listo para una larga fuga. En el fondo de su pecho campeaba cierto temor, pues era cobarde; pero la esperanza de poseer a Felita animaba su cobardía con el mal consejo de sus odios.

—Lo mataré a la mala... ¡qué importa! nadie me ha de ver—pensaba el asesino ruin—. Y luego, mi partido en el poder me dará la justificación...

Esa y otras ideas criminales dominaban al perverso, mientras escuchaba acercarse cada vez más el pito del tren ordinario.

Paró, por fin, el tren, y Miguel montó en un caballo que le había llevado un peón.

Juan Andrés se le acercó hipócritamente, le dió la mano afectando cierta amistad, y le dijo:

—Amigo Miguel, yo desearía que habláramos dos palabras en privado. Como usted va a caballo podemos ir conversando.

Ya los autos habían partido llevándose para el pueblo los pocos pasajeros de Santiago.

Miguel comprendió que se trataba de una celada y le contestó:

—No tengo inconveniente, porque yo soy hombre como quiera; pero como te conozco, vamos a hablar en aquel monte, detrás de la línea, así que parta el tren.

El tren desapareció en seguida y los dos jóvenes partieron a caballo por un sendero; Miguel iba delante como más práctico.

El otro, cobarde y pérfido, sacó el revólver rápidamente mientras corrían, disparó y le atravesó el brazo izquierdo a Miguel, tumbándole del caballo, que se espantó con los disparos.

Y creyéndolo perdido, siguió disparando sobre él tiro sobre tiro.

Miguel rugió:

—¡Asesino! ¡Perro!—y al caer logró sacar su revólver; disparó desde el suelo...

El miedo se apoderó de Juan Andrés, que no esperaba el ataque, arrendó su potro para huir, dió las espaldas y partió en fuga, pero no bien espoleó el caballo que dió un salto, y rodó a la barriga de la bestia gravemente herido por la espalda. El caballo lo arrastró estropeándole de mal modo, y cuando paró, otro balazo le desfiguró la boca. Estaba horrible. Se moría: borbotones de sangre le salían del pecho, mientras su contendiente a cierta distancia, le voceaba:

—¡Cobarde! ¡Asesino! ¡Párate a pelear!

No tardaron en llegar los peones del ferrocarril y otros vecinos que habían presenciado a cierta distancia los detalles del lance.

Llamaron por teléfono al médico y al jefe del puesto de policía, mientras los vecinos daban a los heridos los primeros auxilios.

La herida de Miguel no parecía grave, pero era evidente que había sido herido a mansalva, por detrás, y que la caída al suelo había podido matarle. En cuanto al otro... estaba moribundo... sus ojos casi cerrados tenían el velo de la muerte, se le había desencajado la mandíbula dándole de antemano el aspecto de una calavera amarilla, de una palidez horrible.

Y vómitos de sangre se sucedían, indicando que la muerte era segura e inmediata.

Transportaron a los heridos a la estación; a Miguel lo sentaron en una mecedora. A Juan Andrés lo acostaron sobre un catre, y una señora piadosa le puso la vela del alma encendida entre las manos, le acercó a los labios una pequeña cruz de oro que ella portaba, y le dijo con piedad:

—¡Hermano, ten fe en Dios! Arrepiéntete de tus pecados, que la misericordia de Dios es infinita. ¡Arrepiéntete y salva tu alma!—dijo, y comenzó a rezar en alta voz, siguiendo con caridad la agonía que había comenzado.

Llegaron el médico, la policía, los amigos y familiares de Miguel, y más atrás una gran multitud de amigos y curiosos.

El médico examinó a Miguel, y sonriendo le dijo:

—¿Y a mí para qué me han llamado? Usted no tiene gran cosa.

—No, doctor, para mí no es; yo no tengo más que el estropeo de la caída; pero el otro, el que vino a asesinarme, creo que se le salió el tiro por la culata... —dijo con ironía—. Ahí está agonizando, según creo.

El médico apartó a la buena señora de la cabecera del herido, lo examinó e hizo un gesto negativo. Luego añadió:

—No me explico cómo está vivo todavía. Para transportarlo al pueblo hay que llevarlo sobre ese

mismo catre, muy despacio, y puede morir en el camino.

Miguel no quiso oceptar un automóvil que le ofrecían, se montó en su caballo, y siguió lentamente para el pueblo, con el brazo amarrado al cuello y acompañado de un centenar de amigos, casi todos a pie.

Más tarde los peones del ferrocarril llevaban en hombros a Juan Andrés, moribundo; que ya en el pueblo se le creía muerto.

Felita, furibunda, como una arpía infernal, rabiosa y desesperada de que triunfaran una vez más sus enemigos, se exaltó con tal furor cuando vió pasar el cadáver de Juan Andrés, que tuvo un acceso de locura; se despedazó el vestido con los dientes, trémula de ira maldijo en palabras groseras a Santica, a Miguel, a su propio destino; y cuando parecían terminar los burdos apóstrofes de sus imprecaciones, desmelenada y fea, semejante a una Furia, se lanzó a la calle en medio de la multitud, se abrió paso por entre los peones portadores de la litera, los detuvo, y creyendo muerto a Juan Andrés, se lanzó de rodillas en medio de la calle, levantó las manos y los ojos iracundos hacia el cielo, y con grito de insaciada desesperación vociferó:

—¡Dios mío, te pido justicia... en tus manos pongo mi venganza!—dijo, y cayó sin sentido en el filo de la acera.

Esta escena horrible llenó de espanto a la multitud. Sobre todo cuando el moribundo, reconociendo a Felita en su agonía, reunió las fuerzas que le quedaban, la fijó con una mirada en que se adivinaba el odio, y dijo distintamente:

—¡Por ti, maldita seas!

Al día siguiente llegó Santica a Navarrete, acompañada de don Luis y de uno de sus hermanos, creyendo que no decía verdad el telegrama dirigido

por vía de Jánico y Las Matas, en que le anunciaba Miguel el sangriento lance. Ella temió que la herida de su amado fuese grave, y asendereada por crueles anhelos, vino presurosa a descifrar el enigma.

Encontró a Miguel acostado por prescripción médica, después de habérsele operado para la extracción de la bala. Dentro de diez días podría levantarse y estaría del todo bien.

Miguel refirió en pocas palabras lo ocurrido e indicó el horror de la escena de la maldición de Felita, de la cual infirió la voz pública que ella había sido la verdadera autora de la odiosa tentativa de asesinato.

En eso intervino don Luis y con su bondadosa energía díjoles a los novios:

— Me parece inútil que ustedes piensen más en estos sangrientos sucesos. Lo hecho está hecho, y así regocijémonos mejor que perpetuar los odios y saturar nuestras almas de ideas negras. Piensen ustedes en su felicidad y sean dichosos. ¡Que la mala voluntad de los malvados resulta al fin castigada por la divina Justicia!

Tenía razón don Luis; no se volvió a hablar más de los perversos, considerándolos demasiado bien castigados. Los días se pasaron en alegrías seráficas para los novios, que seguían descontando las fechas en el almanaque de su dicha. Faltaba apenas una semana para el día venturoso del enlace, cuando Miguel fué dado de alta por el cirujano.

Los visitantes de Rincón de Piedra y Miguel partieron una mañana en automóvil para Jánico, de donde se separaron los felices prometidos: Santica siguió el viaje a caballo para su lar querido, en donde la aguardaba su madre adorada; y Miguel tenía que volver a Santiago a ultimar algunos preparativos para la boda.

En general la presencia de Santica en Navarrete



fué de muy buen efecto. La gente se dió cuenta de que Miguel había hecho una elección de novia por todos conceptos magnífica: no se trataba de ningún modo de una campesina adocenada, como muchos creían, sino de una joven graciosa y fina, con una regular instrucción y una virtud perfecta: una muchacha seria, honorable y bella.

Don Pedro estaba contentísimo del matrimonio de su hijo, y hasta las niñas, después de los acontecimientos sanguinarios inventados por Felita, se habían convencido de que ésta las había engañado vilmente, haciéndoles creer que Santica era una cualquiera, una campesina ignorante y ambiciosa.

¡Nada de eso! Y en la comparación necesariamente la vieja tirría de las niñas se convirtió en exaltada simpatía, favorable a la recién llegada en la familia.

Miguel pensaba vivir un tiempo en Navarrete, para hacerle grato su matrimonio a sus hermanas; pero don Pedro había dispuesto otra cosa en previsión de la malquerencia de Felita, y era que Miguel se distanciase lo más posible de ella viviendo en Santiago.

Esa noticia alegró muchísimo a Santica, que no exigía tanto; pero realizaba, sin embargo, desde el primer momento, uno de sus sueños dorados: vivir en Santiago, en un centro de cultura y de progreso en que la vida discurre con algunas distracciones y novedades, muy distintamente de lo que pasa en la existencia compestre y en la de los pueblos pequeños.

La última semana de los preparativos matrimoniales fué seguramente de gran actividad.

Miguel tenía empeño en hacer una fiesta espléndida, quería «quebrarle los ojos» a muchas primitas y amigas envidiosas que se mantenían murmurándole, porque no habían merecido ellas el honor de ser elegidas por el rico hacendado navarretense.





CAPITULO XXXIV

La boda

¡ Amaneció por fin el día dichoso !

La naturaleza ese día estaba ataviada de sus más galanas vestiduras.

La mañana estaba fresca. Los tonos verdes de la selva se destacaban sobre los esfumados azules de las lomas. Y sobre ellos predominaba el eminente pico del Yaque, coronada la cabeza patriarcal por un cendal de nubes blancas.

Las linfas cristalinas de Bajamillo parecían discurrir más alegres y con más sonora música, mientras los jilgueros, ocultos entre las altas frondas, cantaban con sus flautas misteriosas sus amores primaverales y sus amplias libertades.

Ese día, desde por la madrugada acudían a casa de don Luis interminables caballerías de los vecinos campos; se preparaban los grandes desposorios. En el campo la gran fiesta se reduce a comer mucho, a hartarse de una manera increíble, con la exageración brutal propia de la gente ordinaria.

De modo que para el desayuno solamente, se había abatido un magnífico novillo y como diez cerdos

para ser asados en palos. Esto sin contar el montón de gallinas, de huevos fritos duros por ambos lados con apetitosa salsa de cebollas y vinagre, de los cuales cada comensal agarra media docena con sus correspondientes fritos amarillos y casabe mojado en cantidad.

Pero antes del banquete fué el café.

Lo menos doscientas personas que acudieron a primera hora tomaron el delicioso café de Antona, asesorada en su ruda tarea por una docena de mujeres de trabajo.

Y una hora después se sirvió la comida colosal sobre una docena de largas mesas rústicas construídas sobre horquetas en el patio. El «puerco asado» era el plato principal; éste era traído en hombros de dos peones, perfectamente asado a la brocha en un largo palo, y colocado sobre la mesa, en donde era sin muchas ceremonias despedazado por mil manos hambrientas. Chillaban los cueritos tostados del asado entre los dientes de los campesinos, mientras otros devoraban con un placer pantagruélico los grandes trozos de carne sabrosa, boyando en la salsa del picante «mojo».

Un indio bravo para el trabajo, pero de un diente devastador, devoraba los huevos por docenas y apuraba de vez en cuando un trago de vino tinto, lanzando en alta voz las risotadas estridentes de su alegría.

La cantina, por otro lado, instalada en un almacén, detallaba grandes existencias de aguardiente y de cerveza, mientras de un aposento salían los jóvenes con sendos azafates, a servirles a las mujeres vinos generosos.

Y a las ocho se apareció el padrino, un rico comerciante de Navarrete, y dió la orden de marcha significando que el sol iba a picar.

Apareció por fin la novia, vestida de amazona con

elegancia sobria, montada sobre su caballo rucio, y acompañada de sus dos hermanos, de don Luis, que a la verdad no parecía estar muy alegre, y de Antona, la cariñosa madre que sí expresaba su contento, aunque en el fondo de su alma presentía la futura soledad de su vida, sin su hija más idolatrada.

La enorme cabalgata emprendió una marcha acelerada. En los desposorios campestres se estila correr, correr mucho para que la fiesta quede buena.

Miguel iba junto a la novia, risueño y feliz como un héroe llevado en carro triunfal. Hablaba poco; pero miraba mucho a la novia, a quien encontraba esa mañana maravillosamente bella; sonreía de puro júbilo.

Los jóvenes del campo corrían, corrían a todo el andar de los caballos, echando a veces parejas con las muchachas, que le daban a la cabalgata una nota pintoresca, con sus abigarrados trajes de colores chillones y variados.

Pasaron por fin las caballerías el paso del río y comenzaron a escalar la interminable rampa de caracol que sube al pueblo de San José de las Matas.

La subida es larga y pesada; dura por lo menos media hora y termina en plena calle. El pueblo entero vió el desfile de centenares de jinetes de todas las clases y aposturas, los unos bien montados con equipos elegantes, los otros encaramados en pencos jadeantes, echando el boste por haberlos sacado de su trote en carrera larga.

Al llegar al pueblo la larga comitiva se disolvió; cada cual se alejó por donde pudo; los García se desmontaron en la casa de Juan Felipe, que había sido blanqueada y pintada de nuevo para la memorable fiesta.

Miguel, por su parte, se desmontó en casa de su tía Generosa en donde las niñas Angélica, Rosa y

Anita le expresaron su alegría por verle al fin tocar la gloria por la cual tanto había luchado.

—Y que por poco me cuesta hasta la vida—dijo Miguel, con cierto énfasis.

—¡Ay, sí!—contestó la mayor—. ¡Qué mujer tan mala es esa Felita! Pero hoy no es día de recordar lo malo, sino de glorificar a Dios por haberte dado la dicha a manos llenas.

Vinieron a buscar a Miguel para avisarle que ya se acercaba la hora del matrimonio. Fué a vestir y se transformó en un momento, presentándose a casa de Juan Felipe, en donde se encontraban don Luis, Antona, los hermanos y hermanas y numerosos parientes de la novia, además de una inmensa concurrencia casi toda en la calle. En medio de la sala una mesa de centro llevaba un enorme ramillete de flores y estaba rodeada de los novios, los padrinos y los testigos.

El notario en funciones de Juez Civil, procedió al matrimonio civil: leyó los esponsales, el Capítulo II del Código Civil, y por fin, después de declarar solemnemente casados a los contrayentes por sus mutuas voluntades, leyó el acta de matrimonio que fué firmada por la mano impresionada de Santica; luego, con un nervioso temblorcito, por el novio, radiante de ventura, y después por numerosos testigos.

El funcionario de la ley se quitó los lentes, y expresó que habían terminado las ceremonias oficiales. Dirigió entonces sus expresivas felicitaciones a los novios y a sus padres en frases llenas de entusiasmo.

En seguida partió la comitiva hacia la iglesia, que ya estaba repleta de curiosos.

Entraron los novios y causaron sensación. Se acercaron a la verja del altar y aguardaron al sacerdote.

La novia, mucho más bella que de costumbre, bajo la magia de su blanco velo, llevaba en la mano izquierda el simbólico manojó de azahares. El brillante

cedal de seda de su traje daba a sus formas de mujer joven y pura la elegancia que sobresalía de las líneas de su silueta majestuosa. Una sonrisa discreta, en que se adivinaba el júbilo de su alma, daba un tinte de atractiva simpatía a sus modales sencillos y distinguidos.

La iglesia estaba repleta, la gente hablaba en alta voz olvidando por el momento la santidad del lugar, para hacer elogios de la novia y hasta del novio, a quien hallaban muy bien tallado, bajo el corte maestro de su levita, su chaleco blanco y sus guantes de cabritilla.

Apareció el cura, mandó hacer silencio imperativamente sobre el desorden ambiente, y se restableció la calma.

El oficiante leyó las banales ritualidades de costumbre, preguntó en alta voz si «alguno de los presentes tenía que hacer algún impedimento al matrimonio; era el momento de manifestarlo», y reinando el silencio siguió la ceremonia. Llegó el momento sacramental, y dirigiéndose a la novia le preguntó:

—Señorita María de los Santos García, ¿recibe usted por esposo, de su espontánea voluntad, a don Miguel Serra?

—Sí recibo—contestó sonriendo la novia.

—Y usted, don Miguel Serra, ¿recibe cristianamente por su esposa a la señorita María de los Santos García?

—Sí, padre; ella es mi felicidad.

Después de la ceremonia del anillo se dieron la mano; el oficiante impartió su bendición al nuevo hogar que Dios formaba, y cuando hubo terminado las ritualidades religiosas, y toda la concurrencia, entusiasmada, comentaba otra vez a media voz, el cura habló de esta forma:

—Usted, señorita, una de las herederas principales de esta común, por la distinción y honorabilidad

de su familia y por las prendas morales que la adornan, de una virtud purísima y de una educación esmerada, yo aseguro que usted sabrá unir a las virtudes que la adornan esa otra joya preciosa, la tolerancia, que no ameritan los contrayentes jóvenes en todo su valor y que es, sin embargo, el más valioso talismán de la paz conyugal. Y usted, caballero de elevada posición social, hijo de uno de los próceres de nuestra Restauración, de un perfecto maestro del honor y persona de la más alta consideración, representa usted, del mismo modo que la novia, una selección de familias que está llamada a perpetuarse en los retoños que han de surgir de esta unión bendita. Recordad, caballero, que la Iglesia os dió una compañera de mérito inapreciable y no una sierva, como pretenden entenderlo las corrompidas costumbres mundanales. También a vos os recomiendo la tolerancia para que sepáis sobrellevar las contrariedades de la vida. Si así lo hacéis, felices jóvenes, la gloria que en este momento regocija vuestros corazones será eterna; así lo deseo del fondo de mi corazón, y no dejaré en mis oraciones de formar los votos más ardientes por que seáis tan dichosos en vuestra vida matrimonial como lo merecen vuestras nobles virtudes.

Un murmullo de general aprobación fué como un aplauso al oportunísimo discurso del párroco. La animación cundía; la iglesia fué desalojada lentamente en medio de un relativo desorden, pues todo el mundo quería ver de cerca a la novia, que estaba lindísima, según decía todo el pueblo.

La comitiva era ya tan numerosa que llevaba proporciones de procesión. Atravesó la plaza del Parque, pasó bajo los almendros de la avenida, se empuñó en una calle principal, y a poco entraron los novios seguidos de su séquito a casa de Juan Felipe, en donde la novia y el novio fueron agasajados

por una lluvia de felicitaciones, más o menos ardorosas las unas, y las otras Dios sabe hasta dónde ocultaban el hálito de la envidia.

La fiesta entró en su mayor esplendor. La cantina funcionaba con su mayor alegría; media docena de jóvenes vestidas de negro hacían los honores de brindarle a las damas licores y dulces en profusión. mientras los hombres eran llamados al comedor, los del pueblo, y al patio los del campo, a tomar sin tasa cerveza, licores, brandy y otras bebidas finas. Antona mandó a un hijo a distribuir un talego de «clavaos» entre los pobres, en celebración de la alegría colectiva.

Y la novia, en tanto, radiante de donaire y de sutil gentileza, circulaba en la sala con unas tijerillas picando su ramilletes de azahares fingidos, para distribuirlo botón por botón entre los jóvenes concurrentes, con una frase de simpatía, deseándoles a los solteros un pronto matrimonio.

Llegó el cura, reiteró sus felicitaciones, brindando por la feliz pareja; hablaron luego los notables del pueblo: el alcalde, Juan Felipe, que era de los «tutumpotes» más influyentes y que sabía hasta dónde dormía el diablo, hizo el elogio de la novia con algún sarcasmo indirecto, entre las palabras, contra los que habían chismeeado contra Santica. Por su puesto, nadie se dió por aludido en las insinuantes medias palabras de Juan Felipe, que era, por más señas, el presidente del Ayuntamiento.

La orquesta del pueblo llegó un poco retrasada de un campo lejano y tocó algunas piezas que acabaron de desbordar los ánimos; ya éstos estaban mal contenidos dentro de la frecuencia incesante de los jóvenes repartidores de copitas de licores rosados, verdes, amarillos, de todos los aromas y apariencias.

Se trataba de bailar, pero la cosa no cuajó porque

en casa de doña Genoveva, la tía de Miguel, todo estaba preparado para un banquete regio que había ofrecido don Pedro, el padre de Miguel, a los miembros de la familia, a los padrinos y a los testigos.

Los acompañantes del campo fueron llamados a casa de una buena señora que les dió de comer con abundancia. Y así la fiesta iba recordando las novelescas bodas de Camacho. Nunca se había registrado en las efemérides de Las Matas un matrimonio tan costoso y tan espléndido. Así lo deseaba Miguel con dejo de justo orgullo.

Hacia las dos de la tarde, cuando el sol estaba en todo su apogeo, iba una cabalgata numerosa camino de Jánico, acompañando a los novios hasta allí en su viaje a Santiago, en donde pensaban residir durante una quincena, para emprender luego su viaje de novios hacia Puerto Rico y regresar un mes después.

La cabalgata iba saturada de las intensas alegrías de la fiesta. Solamente la novia iba en realidad un poco triste, sintiendo ya la separación de su cariñosa madre... pero ese natural sentimiento quedaba por demás compensado con el triunfo que acababa de realizar cumpliendo los anhelos de su corazón.

Y la brisa de la tarde, la variedad del paisaje, el aroma de los pinos, la cortina azul de las montañas y los numerosos parientes y amigos que la acompañaban, eran otros tantos motivos de alegría que aumentaban su ventura.

Al bajar una cuesta cerca de Jánico, un encuentro desagradable inmutó un momento la comitiva.

Llevaban una litera unos hombres hacia El Carrizal. Los peatones parecieron por su silencio algo extraños; ni siquiera saludaron, pareciendo como si quisieran esquivar la presencia de los novios y su comitiva.

Era a Juan Andrés a quien llevaban, todavía mal-

trecho de sus graves heridas, con la boca horriblemente mutilada.

Los del séquito de Miguel no vieron ese triste espectáculo, ni la novia siquiera se enteró de ese desgraciado encuentro, pero algo misterioso había en ese choque al parecer casual en que se cumplía una de las tremendas sentencias del Destino.

Los miserables, humillados por sus propios odios, arrastrando una existencia en adelante desmedrada, asistían también en cierto modo al regocijo de sus vencedores, del mismo modo que en los tiempos antiguos iban los vencidos, como esclavos uncidos al carro triunfal de los guerreros.

Juan Andrés, mutilado y moribundo, iba a ocultar su vergüenza y su ruina física en los antros del castigo, mientras Felita, demente y miserable, recogía los odios implacables de su cómplice, arrepentido de un crimen tan funesto.

Porque la Justicia Divina habla siempre. Es a veces tardía, pero inexorable... Porque los dolores que sufrimos no son sino la consecuencia lógica e ineludible de nuestros errores pasados.

Miguel era generoso; la ruina de su rival le impresionó un momento. Hubiera pagado caro por no tener ese encuentro tan desagradable.

Por fortuna, la presencia de su esposa, a quien amaba tanto, borró pronto aquella impresión triste, y para que ella no se enterara del encuentro, él se mostraba tan alegre y dichoso como en todo el día.

Así bajaron un cerro y atravesaron el poético río de Jánico, cruzando por varios filones de roca que parecen salir de entre la verde fronda.

Aguardaron a los jinetes retardados mientras bebían los caballos. Y cuando estuvieron todos reunidos, entraron al pueblo formando una numerosa caballería.

Allí se desmontaron en casa del popular Danie-

lito, que sorprendió a los novios con la declaración siguiente:

—Yo recibí su telegrama de Las Matas encargándome prepararles dos automóviles para llevarlos a Santiago; pero no quise cumplir su encargo por juzgarlo innecesario...

—¿Cómo así?—dijo Miguel sorprendido.

—Porque tiene usted un magnífico selectivo aquí de su propiedad.

Y como no era comprendido, le tendió a Miguel un telegrama de don Luis que decía así:

«Don Daniel: Usted recibirá hoy de Santiago un automóvil para los novios. Es mi regalo de bodas a Santica. Ella no sabe nada. Le encargo a usted la sorpresa.—Luis García.»

—Allí lo ven ustedes. Es una máquina Peugeot fabricada en Francia; creo que no hay ninguna por acá tan superior. Como caben en él siete pasajeros, me eximí de buscar los carros que me pediste, Miguel—añadió el amigo Danielito.

Fueron a admirar la fineza del auto y era realmente un regalo de valor. Los novios se sintieron muy felices de poseer una prenda tan selecta que ellos necesitarían con frecuencia para sus comunicaciones de Santiago a Navarrete.

Partieron casi en seguida, después de recibir las felicitaciones de los numerosos amigos de Jánico y de brindarse algunas copas y unos dulces con ese agradable motivo.

La lujosa máquina hacía su primer viaje llevando a los novios, al padrino, a don Pedro y a las tres adorables hermanitas de Miguel, Francisca, Luisita y Clara.

Arrancó el flamante vehículo partiendo de una verdadera manifestación pública de simpatías; casi

todo el pueblo vino a despedirlos. Y resonando la bocina sin cesar mientras caminaba lentamente, partió la máquina bordando el pueblo sobre las alturas que lo dominan y desapareció al doblar una curva.

La tarde comenzaba a declinar. Los paisajes, dominados desde las alturas de Piedra Clavada y de Zalaya, parecían pintados expresamente en un horizonte feérico para recrear la dicha de los dos mimados de la fortuna.

¡Ay, pero qué caro les había cobrado el Destino de antemano por esa dicha inefable!

Primero destiló su corazón la pena amarga, cuando la insidia pretendió vulnerar, con armas viles, la felicidad de una mujer inocente. Luego, la gloria de un amor triunfal esplendía sobre sus frentes la corona de la felicidad.

En esa hora en que comienza a declinar la luz, aumenta el dominio del espíritu, porque el contraste también es ley de la Naturaleza.

La luz es la divina materia; parece que se transmuta en espiritualidad cuando el sol da menos brillo. Los novios, contemplando desde la altura los paisajes, ya no pensaban en los estremecimientos del placer con que soñaban; y entregaron sus mentes a religiosa meditación, santificada por la hora solemne, por la frescura del ambiente y la grandiosidad del amplio panorama del lejano horizonte.

El primero que despertó con una sonrisa fué Miguel, reparando en la mirada vaga de su novia, en su perfil delicioso y en su actitud absorta de honda meditación.

Sonreía, como debió sonreír Escipión al rendir a Cartago, y entre tanto su fantasía semirrústica sentía un no sé cuál ensueño misterioso, un resplandor espiritual de ufano misticismo, una sensación de glorias inmortales como de un Nirvana infinito, sobrehumano, pleno.

Contemplaba a su consorte cautivada por la grandiosidad de la Naturaleza o tal vez absorta rindiendo acto de gratitud al Eterno por las mercedes que le otorgaba, cuando Miguel la llamó, murmurando un suspiro a su oído:

—¡Santica!

Y ella, como descendiendo a la realidad de un despertar humano, pronunció como con el alma el dulce nombre de Miguel:

—¿Qué quieres, amado mío? Estaba en el mundo divino, hablando con Dios, que ha coronado mis ensueños..., y mientras hablaba, con monísima sonrisa irradiaba de sus apasionados ojos una mirada profunda...

Miguel tuvo la rápida visión de su frustrada pasión por Felita, la posesión de aquella semidiosa de la forma pasó por su mente como un pesar, como una vergüenza de su debilidad, como una indigna traición; y disimulando la mirada, ahogó en un suspiro su arrepentimiento.

Ya el automóvil había descendido las abruptas montañas, y al atravesar el puente de Zalaya, sito en el arco de una curva, el maquinista, cansado de ir con cautela, se aprestaba a volar un rato a buena velocidad por la llanura. Tenía sed de pulsar las posibilidades de su máquina nueva, que iba deslizando, como un águila, sin tocar casi la carretera, creciendo en velocidad a medida que desaparecían las curvas y se empeñaba en los amplios cañaverales de la Cruz del Copeyar.

De pronto, Miguel, que adivinó cierto temor en su consorte, empuñó por el brazo al *chauffeur* y le dijo:

—¡Buen hombre, reduce, reduce...! ¿Olvidas que aquí llevo todo mi tesoro?

Y el interpelado, riendo, respondió:

—Queda aplazada la prueba; mañana andaremos un rato usted y yo a cien kilómetros por hora...



¿Quiere usted sentir el vértigo del kilómetro por medio minuto?

A lo que contestó rápidamente la novia :

—No, Miguel; piensa que ya no te perteneces; no hay necesidad de exponer tu vida inútilmente. Andaremos tú y yo muy juntos a las velocidades que tú quieras, pero quiero ir contigo... Yo no tengo miedo sino cuando voy sola.

Miguel asintió con un gesto de amor, mientras la bocina cantaba su alegría al doblar la esquina del suburbio de Villa Bordón (Bella Vista). Se entraba a la ciudad por entre los chalets y los jardines del vecindario, iluminados todavía con la póstuma oleada de claridad del sol que va a morir; en esa hora vecina de la noche, es cuando deviene más imponente la Naturaleza, porque el cielo se adorna de sus más bellos ropajes para dormir al Sol; en esa hora magnífica para el sentimiento, en que también el hombre rinde su orgullo como ovación al astro-rey.

Y al doblar la curva del puente apareció de improviso la ciudad altiva de los Caballeros.

Miguel hizo parar el carro y los viajeros admiraron bajo una luz rosada la pintoresca ciudad, recostada en un plano inclinado suave que parecía un guerrero dormido, descansando su frente en la atalaya del Castillo, mientras jugaban con sus pies rumorosas e inquietas las ondas del Yaque, esas ondas transparentes que se escurren, adulando al héroe soñador, con el recuerdo de su glorioso triunfo, de la épica batalla del «30 de Marzo», cuando esas mismas ondas se hinchaban con la sangre ambiciosa del haitiano, que huyó despavorido a su antro de occidente.

Miguel sintió que esas ideas de victoria le pertenecían. El también, como la ciudad altiva, era un héroe, un valiente que debía a la energía del bra-

zo y al temple del corazón su espléndida victoria actual.

Con un gesto de triunfo miró a Santica; sus ojos, en visión profunda y elocuente, parecían decirle: «llegamos por fin a la puerta del cielo»; y con una sonrisa de ternura indescriptible, estampó en sus mejillas un beso, insuficiente para expresar los anhelos ardorosos de su alma.

Ella suspiró hondamente; bajó los ojos como avergonzada de aquel beso que encendió en su rostro divino las amapolas del deseo. Su sér se estremeció de una impresión jamás sentida.

Y era que la virgen pudorosa sentía ya trocarse el candor de la inocencia por el delirio abrasador, por el fuego creador que en la carne enciende, aunque sea virgen, la tea vibrante del Amor.

¡Arcano profundo de la Naturaleza, llena de misterios, que hace del Amor la ley fundamental de la existencia!

FINIS

INDICE

		<i>Págs.</i>
<i>Prólogo.</i>		5
CAP.	I.—Amor dichoso.	15
»	II.—Cantaba el ruiseñor.	21
»	III.—Delicias del campo.	27
»	IV.—Lluvia renovadora.	29
»	V.—Calumnia odiosa.	33
»	VI.—Entre los pinos.	39
»	VII.—De Jánico a Santiago.	45
»	VIII.—La seductora.	49
»	IX.—La confabulación.	57
»	X.—El aguijón mortal.	61
»	XI.—La prueba infamante.	67
»	XII.—El insulto.	73
»	XIII.—Sombras, luz.	81
»	XIV.—Cartas boca arriba.	87
»	XV.—La jira.	93
»	XVI.—Felicidad y arrepentimiento.	101
»	XVII.—Ráfagas.	111
»	XVIII.—La fiesta.	117
»	XIX.—Evidencias de un complot.	127
»	XX.—Hacia el país del sol.	137
»	XXI.—La vieja Quisqueya.	143
»	XXII.—La batalla del Naranja.	155
»	XXIII.—Indiscreción a.	161
»	XXIV.—El aeroplano y la carretera.	167
»	XXV.—Las abogadas del diablo.	171
»	XXVI.—La seducción.	179
»	XXVII.—La cita.	187
»	XXVIII.—La revelación.	193
»	XXIX.—Ocaso y tempestad.	201
»	XXX.—La intriga.	205
»	XXXI.—La bruja.	215
»	XXXII.—La conspiración.	223
»	XXXIII.—La tragedia.	235
»	XXXIV.—La boda.	241

